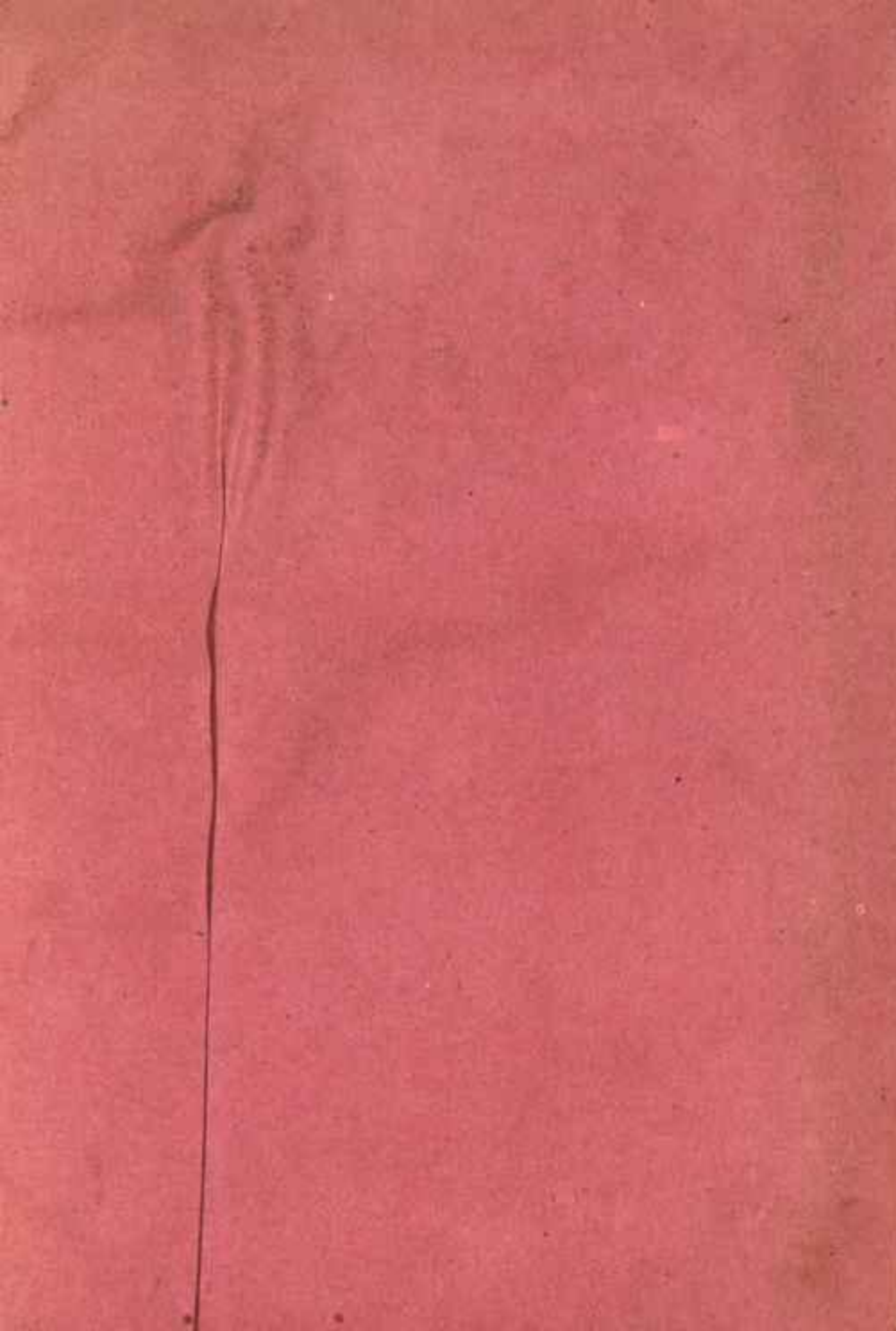
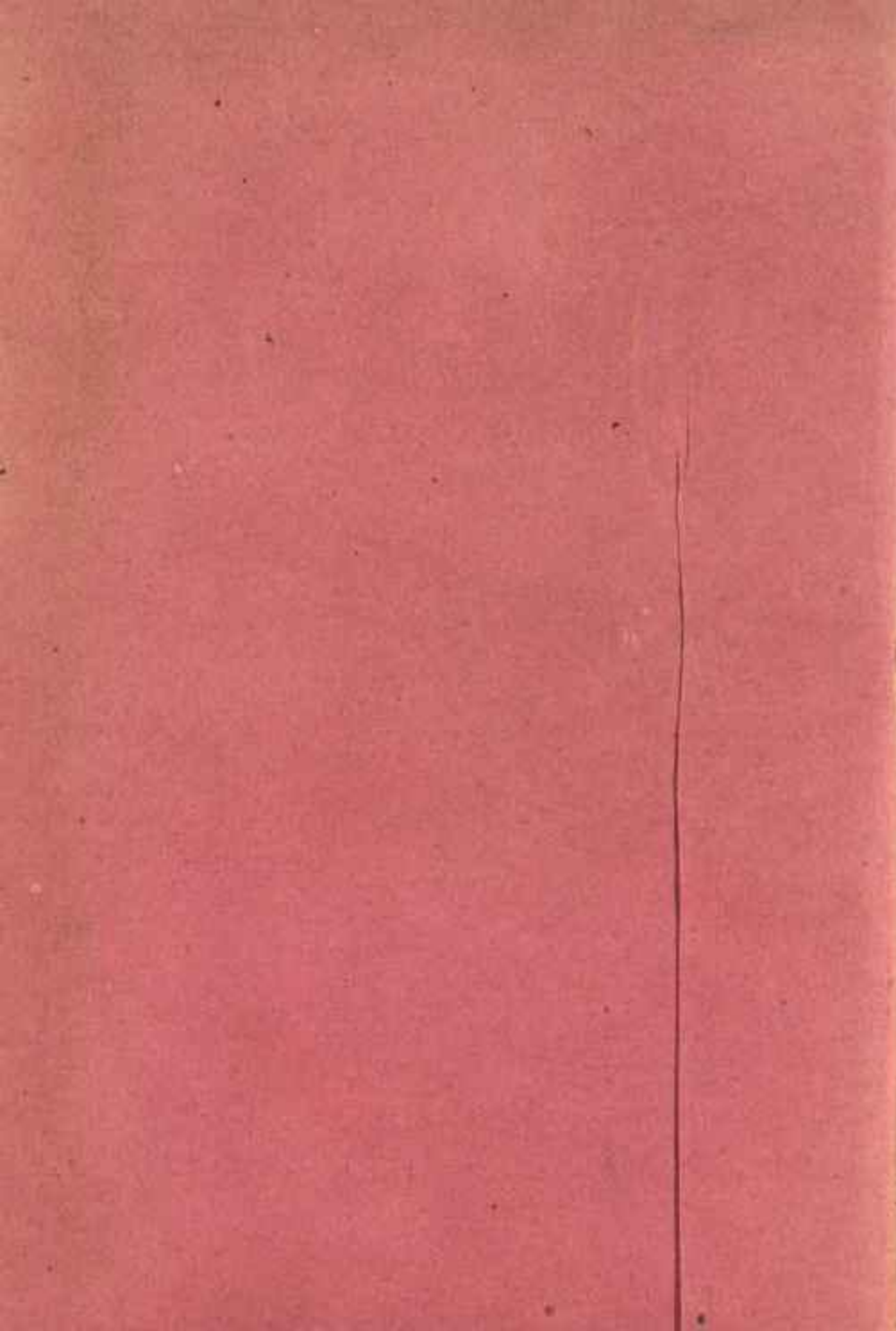


~~7 19~~

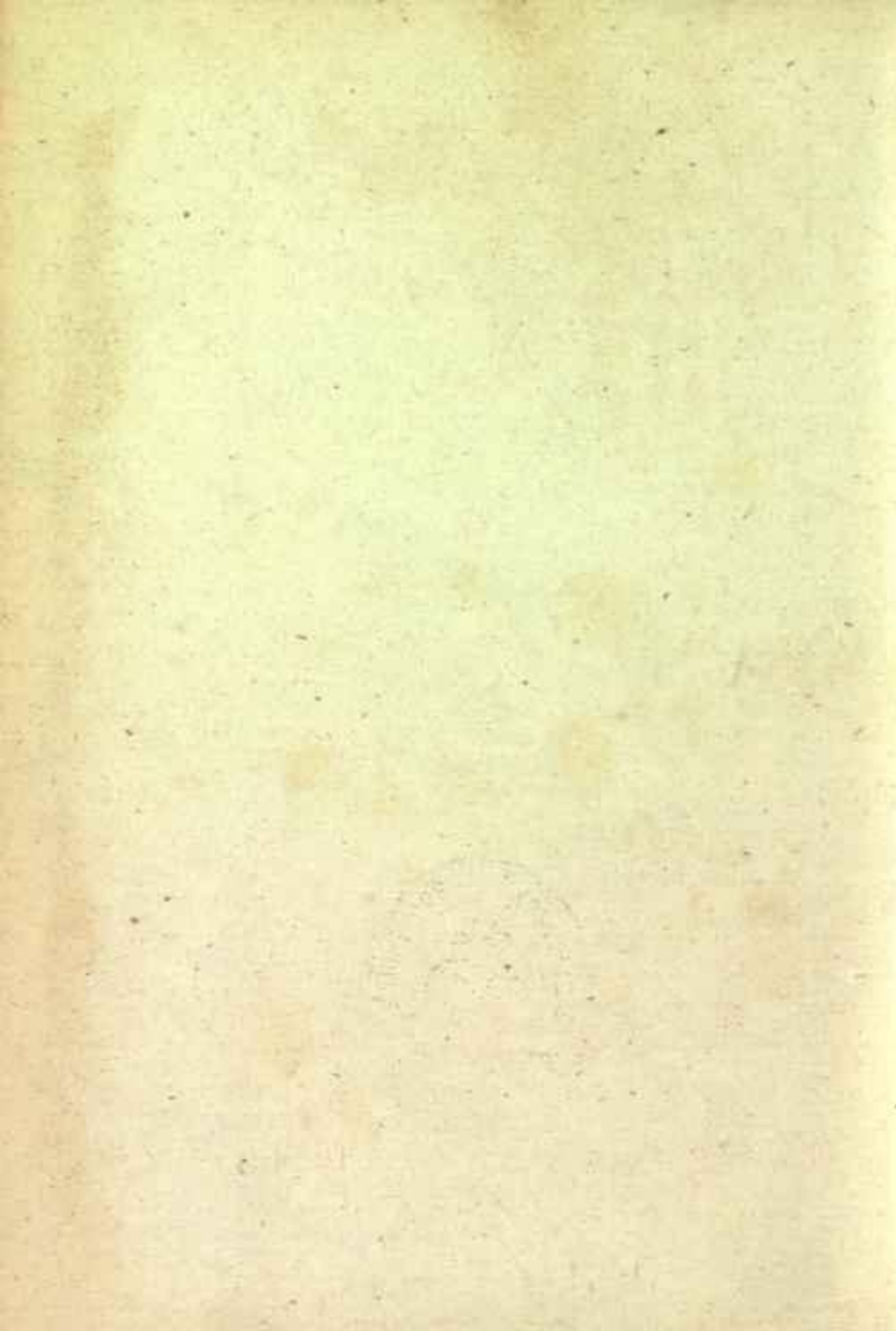




ESPRIT

HYPOCRATISMO





DEL HIPOCRATISMO
DEL
HIPOCRATISMO

EN SU EVOLUCION CONTEMPORÁNEA.



61

39-161.

ESPIRITU

HIPOCRATISMO

EN SU EXPLICACION CONTEMPORANEA



12

XIX
889

ESPÍRITU DEL HIPOCRATISMO

EN SU EVOLUCION CONTEMPORÁNEA :

OBRA ESCRITA

POR

DON MANUEL DE HOYOS-LIMON,

PARA SERVIR DE

INTRODUCCION

AL

REPERTORIO UNIVERSAL DE MEDICINA HIPOCRÁTICA.

*Artem denique Medicam videmus, si à
NATURALI PHILOSOPHIA destituatur, empiri-
corum praxi haud multum præstare.—
F. BACON. De dign. et augm. scien.*



SEVILLA.—JUNIO DE 1854.

JOSÉ M. GEOFRIN, IMPRESOR HONORARIO DE LA REAL CÁMARA DE S. M.,
calle de Olavide, números 4 y 5.

ESPIRITU DEL MODO

EN REFORMA CONTINUA

DE

LA

REPUBLICA DE BOLIVIA

DE

INTRODUCCION

El autor se reserva el derecho de propiedad que se le concede, ó en lo sucesivo se le conceda por las leyes.



SEÑALA—BIBLIOTECA

Por el presente se declara que el autor de esta obra se reserva el derecho de propiedad que se le concede, ó en lo sucesivo se le conceda por las leyes.



A mis queridos, respetables y sabios maestros:

Mr. J. LORDAT, Profesor de Fisiología de la Facultad de Medicina de Montpellier; oficial de la Legion de Honor; Miembro corresponsal de la Academia Imperial de Medicina; de la Academia de Medicina práctica de Barcelona; Miembro honorario de la Sociedad Médico-Quirúrgica de Brújas; Miembro corresponsal de la Academia de Medicina de Atenas, etc.;

EL Sr. D. FRANCISCO VELAZQUEZ DE LOS REYES, Doctor del Claustro y Gremio de esta Universidad literaria en el de Medicina; Decano de los médicos de esta ciudad; ex-profesor de Clínica médica; sócio de varias corporaciones científicas, etc.,

Y

Mr. H. KÜHNHOLTZ, Bibliotecario y Profesor-agregado de la Facultad de Medicina de Montpellier; Miembro titular de la Sociedad Arqueológica y de la Academia de Ciencias y Letras de la misma ciudad; Miembro corresponsal del Ministerio de Instrucción pública para los trabajos históricos; de la Academia nacional de Medicina de París; de la Academia Real de Medicina y Cirugía de Madrid; de la Real de Medicina práctica de Barcelona; condecorado con la gran medalla de oro de los sabios de los estados Sards; Caballero de la Orden militar y religiosa de los santos Maurício y Lázaro etc. etc. etc.

El hombre que, en medio de su nulidad, ha recibido de vosotros, mis queridos y generosos maestros, las muestras mas indudables de amor paternal y de noble deferencia; el hombre que, en su modesta posicion, ha recibido de vosotros constantemente las lecciones mas saludables; el que os debe lo poco que es y puede ser en lo sucesivo, y que está á la vez en la persuasion de que la mas noble de las virtudes es el agradecimiento; no puede dejar de recordar vuestros nombres con la mas profunda emocion, ni de ofrecer, como una débil é insignificante muestra del reconocimiento que abraza su alma, su primera produccion científica.

Si, mis amados maestros: entre vosotros está el ilustre profesor que, comprendiendo el cosmopolitismo de las ideas, y sobreponiéndose á las estrechas miras de los que creen hallar diferencia entre los hombres dedicados al cultivo de una misma ciencia en los diferentes paises, se ha dignado prestar atento oido, durante mas de dos años, á mis importunas exigencias; el

hombre inimitable, digno gefe actual de la gran familia hipocrática, que, lleno de fé en el porvenir y del mas noble entusiasmo por la ciencia que con tanta gloria profesa, me ha alentado con sus exhortaciones é ilustrado con sus consejos, para llevar á cabo la obra de popularizar el hipocratismo, si bien con las desventajas hijas de mi insuficiencia; el amigo que, cediéndome con paternal solicitud y mano liberal lo que mas aprecia, el pasto de su espíritu, libros de su propio uso, se ha hecho acreedor á mi mas profunda y eterna gratitud; el anciano venerable, demostracion viviente de la perpétua juventud del alma, que me ha honrado con sus deferencias amistosas, hasta el punto de no serme posible el expresarlo.....

Entre vosotros está el hombre que, nacido en este suelo, y por todos venerado, supo á la vez conducirme con el mas esquisito tacto científico, y con la mayor bondad, asiduidad y benevolencia, en mis primeros estudios clinicos, y grabar en mi alma para siempre el hábito del trabajo, el ferviente deseo de ser útil á mis semejantes, y la noble ambicion, si no de igualar, al menos de imitar sus virtudes cívicas y médicas, de que siempre ha sido un modelo acabado.

Entre vosotros, en fin, está el hombre que, dirigido desde sus mas tiernos años en el sendero de la ciencia y de la virtud por una mano sábia, dotado de admirables disposiciones científicas y morales, y adornado de un fondo de conocimientos y de una erudicion sorprendentes, me ha dispensado mas de un señalado favor, me ha sacado de mas de un error, que, sin sus consejos, hubieran llegado á serme funestos, y me ha distinguido con su fraternal confianza.....

No es, pues, la vil lisonja, ni ninguna otra pasion bastarda, lo que me ha llevado á dedicaros este escrito, así como los trabajos científicos que pueda ejecutar en el largo curso de la obra que emprendo, y á la cual sirve aquél de introduccion. Nó; un sentimiento, el mas noble del corazon, la gratitud, es el único móvil que me ha impulsado á obrar de este modo.

¡Pluguiera al cielo que, al poner vuestros nombres al frente de mi primera produccion, fuera ésta, por su mérito, en algun tanto proporcionada á vuestra ilustracion y á vuestro renombre....! En esto consistiria mi mayor honor y complacencia. Pero si, como es de creer, no fuere así, dignaos acogerla con benevolencia, estad seguros de las rectas intenciones que me animan, y no dudeis jamás de que, al honrar estas páginas con vuestros nombres, solo me he propuesto manifestar públicamente el profundo respeto, la admiracion y el eterno agradecimiento, que os tributa vuestro amigo y discipulo

Manuel de Hoyos-Limon.

ESPÍRITU DEL HIPOCRATISMO

EN SU EVOLUCION CONTEMPORÁNEA.

Quæ fundata sunt in natura, crescunt, et perficiuntur; quæ verò in opinione, variantur, non augentur. Hoc ultimum accidere potissimum in re Medica, quando hypothesi minus certæ, ac MERÈ OPINATIVÆ innititur, quotidie observamus. Imò si diligenter quispiam inquirere velit, quid præ cæteris impediverit, quò minus certum aliquod systema de re Medica determinari potuerit, non alia de causa factum id esse inveniet, quàm quod MEDICI, VIRES MENTIS VIRIBUS EXPERIENTIÆ DEBITÈ ACCOMMODARE ATQUE ADJUNGERE NOLUERUNT. BAGLIVUS. De praxi medica lib. I. cap. XII.

Novi veteribus non opponendi, sed quoad fieri potest, PERPETUO JUNGENDI FOEDERE. BAGLIVUS. De praxi medica lib. I. cap. I. monitum V.

NOCIONES PRELIMINARES.

SECCION PRIMERA.

Necesidad de la estricta observancia de las reglas del método inductivo para que progresen las ciencias experimentales en general, y en particular la medicina.

RESÚMEN.

- I. Necesidad de los principios del conocimiento, como se les denomina en las escuelas filosóficas, para constituir la ciencia.—
- II. Aun cuando, segun la rigurosa acepcion de la palabra *principio*, solo debiera admitirse una sola clase de ellos, en la que todas las demás radicasen, no obstante, el uso los ha dividido en tres clases: 1.^a filosóficos: 2.^a matemáticos: 3.^a experimentales.—
- III. Causas de esta division, y motivos que, á pesar de su inexactitud, nos obligan á admitirla.—
- IV. Caracteres de los principios de la primera clase. Comprobacion.—
- V. Caracteres de los de la segunda. Comprobacion.—
- VI. Caracteres de los de la tercera. Comprobacion.—
- VII. Consecuencias generales que

de lo dicho hasta el presente se inferen.—VIII. Á pesar de que todas las ciencias experimentales se componen de principios de la tercera clase, y tienen necesidad, por consiguiente, de seguir el mismo método, se dividen, no obstante, atendiendo á la naturaleza diferente de las *causas experimentales*, en dos órdenes, que son: 1.º FÍSICAS: 2.º BIOLÓGICAS.—IX. Carácter de las causas del orden físico. Comprobacion.—X. Carácter de las del biológico. Primera prueba de la diferencia de estos caracteres. Segunda, apoyada en reflexiones médicas.—XI. Consecuencias de la division que hemos establecido en el párrafo octavo.—XII. Consecuencias generales de todo lo dicho, y confirmacion de la primera máxima de Baglivio.

Necesidad de los principios del conocimiento para constituir la ciencia.

I. Que la ciencia pueda existir sin *principios*, es inconcebible. Siendo, en efecto, incuestionable que lo *individual, accidental y contingente* no puede constituir la, ha de resultar por necesidad de pensamientos generales, de que puedan deducirse todos los demás que les son subalternos en el dominio de cada una; pensamientos que, por no haber otros que les sean superiores, y porque de ellos deduce la inteligencia humana las demás *verdades secundarias*, pertenecientes á la ciencia particular á que aquellos corresponden, llevan con razon el nombre de *principios del conocimiento*, (*principia cognoscendi*) ó de *principios formales*, segun los filósofos alemanes.

Division de dichos principios.

II. No son necesarios grandes esfuerzos de reflexion para convencerse de que, si un principio del conocimiento es el último límite á que la inteligencia humana puede ascender, ó una verdad en la que todas las que son secundarias estan comprendidas, y pueden por consiguiente ser deducidas de ella, la denominacion de *principio*, si se toma en su rigurosa acepcion, solo es aplicable á las *verdades primeras*, de que al hombre no es permitido dudar, y en las cuales, en último resultado, todas las demás radican. Esta es la razon por que la *metafisica*, que se ocupa exclusivamente de estos primeros principios del conocimiento, debe colocarse en un lugar mas elevado que todas las demás ciencias humanas: pues las verdades pertenecientes al

dominio de éstas últimas, se fundan en la de los de la primera. Pero comunmente se acostumbra admitir tres clases diferentes de principios, que son: 1.^a los *filosóficos* ó *primarios*: 2.^a los *matemáticos*, y 3.^a los *experimentales*.

III. Esta division está fundada, en primer lugar, en el diferente grado de evidencia que á los principios de cada una de estas clases corresponde; y en segundo, en el diferente método que para encontrarlos se pone en práctica. Pero es fácil comprender que la anterior clasificacion adolece de un grave defecto, cual es el de elevarse, segun ella, á una misma categoría los tres miembros que la componen; siendo así que, aun cuando se ha dado á los *matemáticos* y á los *experimentales*, del mismo modo que á los *filosóficos*, el nombre de principios, tal denominacion, rigurosamente hablando, solo corresponde á los últimos. Los primeros, en efecto, esto es, los *matemáticos* y los *experimentales*, solo son principios á la manera que lo son las premisas con respecto á la consecuencia que en ellas se contiene, pero cuyo carácter se borra en el momento en que se les compara con otras proposiciones mas generales, y, con mucha mas razon, cuando se les pone frente al principio racional en que se funda la verdad de todo racionio.

Causas de esta division.

No obstante, habiendo el uso sancionado la division que precede, la conservaremos, aun cuando no nos sea posible dejar de considerar á los *filosóficos* como *primarios*, y á los *matemáticos* y *experimentales* como *secundarios*: verdad que se nos hace necesario demostrar, para que, penetrados de la índole de los principios de la ciencia médica, podamos dar á la primera de las máximas citadas de BAGLIVIO el inmenso valor que tiene. Para ello manifestaremos los caracteres propios de cada una de las clases de principios de que hemos hablado, y los comprobaremos con ejemplos; consiguiendo por este medio que nadie pueda ponerlos en duda.

IV. Los principios de la primera clase, los *filosóficos*,

Caracteres de los principios

de la primera
clase.

que tambien se denominan *racionales* y *absolutos*, están necesariamente adornados de los caracteres siguientes: 1.º Tienen tal ascendiente sobre nuestros juicios, que imponen el sello de su verdad á los principios de las otras dos clases, de tal modo que, si fuese posible que aquellos vacilasen, caería por tierra, por este solo hecho, todo el edificio científico, que á costa de tanto trabajo ha sido construido por la humanidad. 2.º Es tal el grado de evidencia que poseen, que fuerzan nuestro asentimiento hasta el punto de sernos absolutamente imposible concebirlos de otra diferente manera de como los concibe y afirma la humanidad en masa. 3.º La verdad de que por su medio nos hacemos poseedores es *absoluta*, *necesaria* y *universal*. 4.º Ningun hombre, que goce de su sana razon, puede prescindir de usarlos: estos principios son, en efecto, las premisas de multitud de racionios, formados instintivamente aún por los hombres de menos conocimientos. 5.º Finalmente, los principios de que hablamos se presentan á nuestra inteligencia en el momento en que cualquier hecho exterior fija la atencion de nuestra alma; pero no por eso se crea que la experiencia es su *causa productora ó eficiente*, ni que, por consecuencia, la verdad que les es propia-sea su resultado: la experiencia no nos presenta sino hechos *contingentes*, *relativos* y *particulares*, y ya hemos visto, en el tercero de los caracteres que estamos exponiendo, los que adornan á los principios de que nos ocupamos. Siendo, pues, esto así, es imposible que verdades de tal categoria radiquen en la experiencia, que tiene los mas opuestos atributos.

No obstante lo que acabamos de decir, como es inadmisibile que la observacion externa carezca de todo género de influencia en la primera manifestacion de tales principios, pues sin ella quedarían en mera posibilidad, sin llegar á realizarse; se hace necesario considerarla como la *ocasion* ó el *pretexto*, con cuyo motivo nuestra razon se vé obligada á sacarlos de su seno, poniéndose en juego sus *leyes primordiales*.

Solo del modo que queda expuesto, es como creemos que

deben ser considerados los principios filosóficos.

Si alguno se negare á prestar su asentimiento á lo que, relativamente á los principios de la primera clase, acabamos de exponer, que medite, que reflexione detenidamente sobre uno de los contenidos en ella, cual es el siguiente: Todo EFECTO TIENE UNA CAUSA QUE LO PRODUCE; y se convencerá de la verdad de cuanto hemos dicho. Conocerá que multitud de principios pertenecientes á las ciencias experimentales, no tienen, en último resultado, otro fundamento que la verdad que nos vemos obligados á conceder al principio últimamente citado: que no nos es posible creer lo contrario de lo que en él se afirma: que el concepto que se establece en el mismo principio, no está expuesto á experimentar cambio de ninguna clase: que lo mismo el niño que el anciano, el indocto que el sábio, tienen que hacer uso de él en infinidad de ocasiones, y todos le prestan el mismo grado de confianza: que, en fin, lo mismo el primero que el último de los fenómenos observados por todo hombre, han sido igualmente sellados por su verdad; circunstancia que, unida á las otras de que acabamos de hablar, comprueba del modo mas evidente que la *experiencia* no es la causa *eficiente*, sino solo la *ocasion* que nos ha llevado á establecerlo.

Comprobacion.

V. Los principios de la segunda clase, aun cuando no tienen la preeminencia que los filosóficos, pues son solo *deducciones* de éstos, aplicadas á la idea de cantidad, y, como tales, suponen la verdad de los *filosóficos*, sin la cual no tendrían ninguna; no obstante, supuestos verdaderos los de la primera clase, los de que ahora nos ocupamos, esto es, los *matemáticos*, fuerzan nuestro asentimiento, y tienen la mayor parte de los caracteres que á los anteriores hemos asignado.

Caractéres de los de la segunda.

En comprobacion de ello, analicemos el siguiente principio: *Los tres ángulos de un triángulo son iguales á dos rectos.* ¿Quién podrá dudar de que en esta proposicion se supone el triángulo perfecto, que nadie ha visto, y que en ella está

Comprobacion.

contenida la idea de igualdad absoluta, que jamás ha entrado por los sentidos? Y si esto es así, ¿esta última idea y la de triángulo perfecto serán sensibles? No; son racionales. Por otra parte, todo objeto igual á otro, en el sentido que se toma la igualdad en este ejemplo, tiene cantidad, y esta idea, en realidad, tampoco proviene de los sentidos. Nosotros no vemos sino objetos que pueden ser mayores ó menores; pero la idea de cantidad en general, no la hemos adquirido por sensacion y percepcion: es abstracta, y por consiguiente, *racional*.

Para confirmar aún más la independencia en que están los principios matemáticos del yugo de los fenómenos contingentes, presentaremos el siguiente ejemplo, que nos convencerá de ello hasta la evidencia. ¿Qué papel haría, á los ojos del hombre que conociese la índole de los principios de que ahora hablamos, y la de la ciencia á que se refieren, el imperito que, con el compás en la mano, tratase de demostrar la igualdad *absoluta, perfecta*, tal como la razon la concibe, de la suma de los tres ángulos de un triángulo, comparándola con la de dos rectos? ¿Qué papel haría....! El que tal hecho observára, procedería como hombre de ciencia, dirigiendo al novel ó poco inteligente matemático la amonestacion siguiente: la verdad de las proposiciones matemáticas no se *percibe*, sino se *concibe*; no es del dominio de la *sensibilidad*, sino del de la *razon*: no os afaneis, pues, en vano; lo que buskais por medio del compás, solo os lo puede hacer conocer la *reflexion*.

Caractéres de
los de la ter-
cera.

VI. Finalmente, los principios de la tercera clase, los *experimentales*, que son los que constituyen las ciencias que genéricamente llevan el mismo nombre, suponen, como los matemáticos, la existencia y la verdad de los filosóficos; pero el método que se pone en práctica para hallarlos y establecerlos, es el *inductivo*; siendo así que, como hemos visto, la *deduccion* es la que nos hace poseedores de los de la segunda. Por consecuencia, en vez de proceder de lo general

á lo particular, marcha que seguimos para adquirir los matemáticos, y que da por resultado el dominar con la razon el campo de ciertos hechos á ella sometidos, se nos hace indispensable, por el contrario, para poseer los principios de la tercera clase, seguir un método enteramente opuesto por su naturaleza. De aquí resulta que, para establecer los principios experimentales, partimos de los hechos, y, por medio de los procedimientos lógicos de la *observacion*, ó del *experimento* en caso necesario, de la *comparacion* mas escrupulosa, de la *abstraccion* mas reflexiva, y de la *generalizacion* mas circunspecta, llegamos á apoderarnos de ciertas proposiciones generales, verdaderos principios, que reasumen en sí las leyes á que están sometidas en su accion las causas de los fenómenos; conocemos estas causas, aunque no en sí mismas, pues á esto no alcanza el procedimiento experimental; y, siendo establecidos aquellos principios á beneficio de un método en que, por medio de uno de sus procedimientos preliminares, la abstraccion, se prescinde de lo *accidental* y *contingente*, reservando solo lo que es general é invariable, y característico por consiguiente de todos los individuos ó fenómenos particulares, nos hacemos dueños de las claves generales con que logramos dominar la infinita diversificacion de los hechos contingentes.

Fácil es inferir que los principios de que hablamos no tienen, ni pueden tener, ese grado de evidencia que caracteriza á los de las dos primeras clases. Infinitas concausas influyen en ello. En primer lugar, exigiendo por su naturaleza el método, que para apoderarnos de ellos usamos, que se proceda de los hechos *particulares* á los *generales*, y no siendo aquellos cognoscibles sino á beneficio de la *sensacion*; ¿es de extrañar que nos equivoquemos al generalizar é inducir, cuando la *observacion* ó el *experimento*, preliminares necesarios para ello, y que se fundan en la *sensacion*, están por su naturaleza tan expuestos á errores, que desde el principio pueden extraviarnos?

Por otra parte, la *comparacion*, *abstraccion* y *generaliza-*

cion, procedimientos *lógicos* que, como hemos dicho, son necesarios para inducir, pueden practicarse sin observar estrictamente las reglas á que cada uno de ellos debe estar sometido; de donde resultan multitud de errores, que necesitan ser rectificadas. ¡Cuántas dificultades para hacernos dueños de la verdad en las ciencias experimentales!

Mas aun cuando se prescinda de los inconvenientes de que acabamos de hablar; aun cuando se observen todos los requisitos que se exigen para establecer legitimamente los principios experimentales, no por eso se crea que podemos concederles una autoridad tan omnimoda, ni un asentimiento tan ilimitado, como á los de las dos primeras clases. Sin el *principio de induccion*, en efecto, principio por el que afirmamos que lo que hoy sucede ha sucedido y sucederá; por el que, en su consecuencia, presuponemos la constancia de las leyes de la naturaleza, nos sería imposible establecer las proposiciones generales de que se componen las ciencias de observacion.

No es solo el principio de induccion el que necesitamos para conseguir el objeto que nos ocupa, pues tambien el de causalidad influye hasta tal punto, que muchas verdades generales de esta tercera clase lo suponen como condicion suprema.

Es, pues, evidente: 1.º que los principios inducidos, que son, digámoslo así, la cúspide de las ciencias experimentales, exigen, para ser establecidos, un método opuesto al que ponemos en práctica para hacernos dueños de los matemáticos; 2.º que la verdad que tienen, la deben á los principios racionales; 3.º que esa verdad no es ABSOLUTA, UNIVERSAL ni NECESARIA, como la de las dos primeras clases, pues no se opone á nuestra razon suponer en la naturaleza un orden diferente del actual; 4.º finalmente, que están expuestos á infinidad de errores, procedentes, ya de los vicios de la sensibilidad, ya de la inobservancia de las leyes lógicas, á que los procedimientos preliminares de la induccion deben estar sometidos.

El que quiera convencerse hasta la evidencia de la ver- Comproba-
cion.
dad de lo que hemos expuesto, relativamente á los princi-
pios de la tercera clase, que reflexione con detencion en el
siguiente: *La atraccion obra en razon directa de las masas,
é inversa del cuadrado de las distancias; ó en este otro: la
principal obligacion del médico, al dirigir las evoluciones de
las enfermedades humanas, con el objeto de curarlas, es la
de ser el ministro y fiel intérprete de la naturaleza.* En estos
dos principios se observa, en efecto, que se ha partido de los
casos particulares, para llegar á formular la ley que en su
accion sigue la causa de los fenómenos atractivos, y la
norma que el médico en todos sus actos ha de tener siem-
pre presente.

Ahora bien; si no se hubiesen observado cuerpos en el
acto de atraerse; ¿hubiera sido posible establecer el primer
principio de que hemos hablado? Y si no hubiésemos pre-
senciado multitud de hechos clínicos, en que ni la mas com-
pleta *privacion de todo auxilio médico*, ni la *administracion
de medicamentos idénticos* en enfermedades de la *mas opues-
ta índole*, ni la aplicacion de medios de *contraria natura-
leza* en estados patológicos *esencialmente los mismos*, han
sido suficientes para *impedir* que se restableciese el estado
de salud: si no estuviésemos además plenamente conven-
cidos, por haberlo observado infinidad de veces, de que,
cuando la naturaleza *no atiende* á las incitaciones medica-
mentosas, son realmente ineficaces todos nuestros recursos;
¿podríamos afirmar la existencia de la *autocracia* de la *natu-
raleza*, ni la de los *esfuerzos conservadores* de la misma,
ni establecer, en fin, como principio de alta medicina, el
que, como ejemplo, hemos presentado? No: ciertamente que
ni el uno ni el otro de aquellos principios se hubieran esta-
blecido, si no se hubiesen observado estos hechos.

No se nos objete que el atrevido vuelo del genio ó la
casualidad, pudieran habernos llevado á formularlos, sin su-
jetarnos á la observancia estricta de las leyes del método,
y, por consiguiente, sin partir de la experiencia. Nosotros

no nos opondrémos á este aserto, pues no es antilógico el admitirlo; pero lo que sí afirmamos es, que, si á las proposiciones precitadas ú otras análogas, se les supusiese tal origen, ínterin la experiencia no las comprobara, quedarían en la clase de las posibles, no en la de las reales. Mas como para tal comprobacion se hace indispensable observar las reglas de dicho método, se infiere legitimamente que, *en último resultado*, la observancia de las reglas prescritas para inducir rectamente, es la que autoriza y da validez á los principios experimentales.

Como antes hemos dicho, la verdad de los principios de que ahora tratamos, se funda en la de los racionales; y esto se demuestra, en los ejemplos que hemos expuesto, por el hecho de que, sin los principios de *inducción* y *causalidad*, no podríamos prestarle ningun asentimiento.

Nadie podrá en fin dudar de que los principios inducidos no son *absolutos* ni *necesarios*, á la manera que lo son los racionales, pues no es contradictorio concebir que la atraccion siguiese otra ley al producir los fenómenos que le están subordinados, ni que el médico debiera observar otra conducta en la asistencia de los males humanos. ¡Cuántos sistemáticos irreflexivos han demostrado con sus consejos, y aún con su conducta, que, en vez de preciarse de ser los ministros é intérpretes de las necesidades de la economía humana, querían erigirse en verdaderos dictadores de la misma!

Consecuen-
cias genera-
les de lo di-
cho hasta
aquí.

VII. De todo lo dicho se infiere: *que los principios del conocimiento no tienen todos una misma naturaleza ni una misma gerarquía; que los mas influyentes son los filosóficos, despues los matemáticos, y por último los experimentales; que, al establecer estos últimos, podemos cometer graves errores; y que el único medio de evitarlos, consiste en observar las leyes del método inductivo.*

Division de
las ciencias
experimenta-
les.

VIII. Sentado lo que queda expuesto, se nos hace necesario, para dar á la primera máxima de BAGLIVIO todo el

valor que en sí tiene, establecer otro antecedente. Las ciencias experimentales ó de observacion, á pesar de que todas ellas se valen del mismo método, se dividen, no obstante, en dos órdenes muy diferentes, que son: 1.º el *físico*, y 2.º el *biológico*; division fundada en la diferencia esencial de las *fuerzas ó causas experimentales* que producen los fenómenos de los dos órdenes referidos, pues como la índole de tales fenómenos es totalmente diversa, no pueden ser producidos por causas de una misma naturaleza. En comprobacion de esto, harémos notar las circunstancias que acompañan á la produccion de cada uno de los órdenes de fenómenos que hemos admitido, y quedarémos convencidos de la verdad de la division que precede. Este trabajo preliminar es tanto mas indispensable, cuanto que, sin él, nos sería imposible probar de un modo evidente, que, perteneciendo la medicina, considerada como ciencia, al orden de las *biológicas*, no debe gemir bajo la tiranía del génio de las *físicas*, las cuales, aun cuando son análogas á las del segundo orden, es decir, á las *biológicas*, por el método que tanto en las unas como en las otras debe observarse, el inductivo, se diferencian, sin embargo, de ellas, por la diferente naturaleza de las causas que presiden á la produccion de sus fenómenos respectivos.

IX. Los del orden físico están sometidos á la mas imperiosa, ciega y fatal necesidad; son producidos de una manera *siempre igual*, cuando *circunstancias accidentales* hacen que se presenten; siempre existe la mas exacta proporcion, lo mismo en *cantidad* que en *naturaleza*, entre la impulsión exterior y el fenómeno producido; éste *siempre* se presenta *en el mismo instante* en que la causa impulsiva ha obrado, la cual, por consiguiente, debe considerarse como la verdadera *causa eficiente* del hecho que ha principiado á realizarse.

Caractères de las causas del orden físico.

Como prueba de lo que acabamos de decir con respecto á los caractères de los fenómenos físicos, pongamos un

Comprobacion.

ejemplo, que podrá aclarar nuestro pensamiento. Supongamos un cuerpo suspendido en el vacío, que, estando en quietud, es impelido en varias ocasiones al movimiento. Es imposible que, en esta suposición, pueda nadie negarse á admitir los hechos siguientes: 1.º la existencia de una causa que retiene en quietud al cuerpo, causa que, á no experimentar el choque externo, le retendría eternamente en el mismo estado: 2.º un movimiento producido; y, por una necesidad racional, una causa que venza la resistencia, sea la que quiera, que le ha de oponer la de que hemos hablado en el número anterior: 3.º la igual resistencia que la causa que retiene en quietud al cuerpo, opone, en todas ocasiones, á la que sobre ella obra, tendiendo á producir el movimiento. Todos se verán tambien en la necesidad de considerar el fenómeno que ha principiado á existir, es decir, el movimiento del cuerpo, adornado de los caracteres siguientes: 1.º el principiar á existir desde el momento en que ha obrado la causa impulsiva. 2.º el ser exactamente proporcional al exceso de poder con que la causa últimamente nombrada supera á la otra, pues como la que propende á la quietud, segun hemos antes dicho, en todas ocasiones resiste con igual grado de energía, el movimiento producido tiene siempre la exacta proporción de que hemos hablado.

Caractéres de
las del bioló-
gico.

X. Si de los hechos físicos pasamos á los vitales, ¡qué inmensa diferencia! Los fenómenos, en efecto, que se observan en los seres dotados de vida, tienen caracteres totalmente opuestos á los que acabamos de mencionar. Ni ellos se presentan con *esa especie de necesidad* que preside á la producción de los físicos; ni se manifiestan con la *igualdad* que los de la *materia inerte*; ni se observa en ellos la constante proporción *cuantitativa* ni *esencial* con respecto á la acción de las causas externas, que observamos en los fenómenos físicos, pues, á pesar de que las causas, de que últimamente hemos hablado, pueden influir en algún tanto, cuando ejercen su acción sobre seres vivos, pierden la cate-

goria de eficientes, y pasan á ser solo ocasionales; finalmente, los fenómenos de que hablamos, no toman origen *constantemente* en el momento en que las causas externas han hecho sentir su influencia, sino que, por el contrario, puede en ocasiones mediar un espacio de tiempo bastante considerable, sin que se presenten los resultados.

Para probar evidentemente las verdades que acabamos de exponer, es decir, que los fenómenos vitales no tienen los caracteres que los físicos, creemos necesario recurrir á los hechos. Supóngase que un sér vivo, un hombre, experimente, en diferentes momentos de su existencia, el influjo de una misma causa exterior: en tal suposición, ¿corresponderá constantemente á esta *provocacion*, á la manera que el sér físico cede á la *impulsion* que se le comunica? La experiencia responde negativamente. Ésta nos prueba, en efecto, que en todas ocasiones se manifiesta la *actividad espontánea* de la causa de la vida, siempre que la agresion exterior no sea de las que, dirigiendo su influencia física sobre nuestra parte material ú orgánica, están á la vez dotadas de tal grado de intensidad, que necesariamente la destruyen, hasta el punto de impedirse, por falta de instrumento, todo acto reactivo. La observacion mas detenida, escrupulosa é imparcial, nos muestra á cada paso que, cuando la causa de la vida puede rehacer, unas veces el mismo fenómeno se presenta *espontáneamente*, es decir, sin necesidad de *causas ocasionales*; otras, á *incitaciones poderosas*, son consiguientes efectos, ó *nulos*, ó *casi insignificantes*; otras, finalmente, por el contrario, con una *pequeña ocasion*, se producen los *efectos mas monstruosos*. Estos son hechos que ningun médico reflexivo, entregado á la observacion clínica, puede haber dejado de observar.

Pero se nos hace necesario insistir en las incontestables razones que confirman que los fenómenos físicos y los vitales tienen diferentes caracteres, y que, por lo tanto, son producidos por causas diversas; á fin de que se arraiguen hondamente en el ánimo de los lectores estas verdades, y

Primera prueba de la diferencia de estos caracteres.

Segunda prueba apoyada en reflexiones médicas.

queden, en su consecuencia, plenamente convencidos, 1.º de que hay dos órdenes de ciencias experimentales, las *físicas* y las *biológicas*; 2.º de que, aun cuando todas ellas se construyen por el método inductivo, la aplicación de este método es mucho más difícil en las del segundo orden que en las del primero, á causa de la complejidad é inestabilidad de los fenómenos pertenecientes á su dominio; 3.º de que el materialismo médico, ó sea el sistema en que se supone que los fenómenos observados en los seres vivos dimanar de la combinación de las moléculas materiales, es de todo punto falso.

No es solamente la desproporción que existe entre los efectos producidos y las causas externas, que influyen en su presentación, la única razón en que podemos fundarnos para sostener la proposición en que establecimos la diferencia de naturaleza de las *causas físicas* y de las *biológicas*; al contrario, bajo cualquier aspecto que los seres vivos sean considerados, nos vemos en la necesidad de afirmar aquella diferencia.

Para comprobar este aserto, enumeremos los diferentes puntos de vista que nos presenta el orden *biológico*, y después veamos si todos ellos nos confirman en la misma opinión: si así sucede, nuestro convencimiento debe ser el más profundo.

Hé aquí la más sublime *synthesis* que, á nuestro entender, se puede formular de los caracteres distintivos del orden biológico, debida á la pluma del eminente profesor actual de fisiología de la facultad de MONTPELLER. (1) *ORTUS, NUTRITIO, ORGANORUM PLASTODYNAMICA, ETATES, PROPULSIO, MORBUS, MORS, GENERATIO*. Adoptando, como adoptamos, los caracteres que en esta fórmula se contienen, y comparándolos con los que nos presenta el *orden físico*, nos convenceremos de la diversidad *absoluta* que existe entre éste y el

(1) J. LORDAT, *Idée pittoresque de la physiologie humaine*, pag. 63.

biológico. Nada de lo que en esta gran *síntesis* se expone, puede observarse en el sér físico; nada que pueda asimilarse al nacimiento, á la nutricion, á la formacion plástica de nuestros órganos, á las mutaciones que el sér vivo experimenta á consecuencia de las edades, al desarrollo que, segun sus especies respectivas, se observa en los séres dotados de vida, á las enfermedades, á la muerte ni á la generacion. Y si no existe la mas mínima analogía entre los dos órdenes de fenómenos de que nos ocupamos, ¿cómo se nos podrá convencer de que los séres vivos, como los inertes, son regidos por causas que no están dotadas de *espontaneidad*? Creemos imposible que el médico que reflexione sobre los hechos que diariamente le ofrecen la observacion clínica, pueda caer en un error tan craso. Él, en efecto, observa á cada paso los hechos siguientes, de los que se vé obligado á deducir la consecuencia mas opuesta á la paradoja con que se le trata de fascinar: 1.º á cada momento tiene ocasion de contemplar hechos, ya fisiológicos, ya patológicos, que no le dejan la mas mínima duda de que todos los fenómenos vitales tienen un íntimo enlace, y que todos están relacionados de una manera maravillosa, para conseguir el fin de la conservacion del individuo. Si esto es así, ¿quién podrá negarse á admitir una verdadera *unidad* en el sér en quien esto se verifica? ¿y podrá ésta existir sin una causa que la produzca? Hay, pues, una causa de unidad vital. Y si en ningun cuerpo del órden físico es posible observar los hechos en que nos apoyamos para afirmar la existencia de esa causa, ¿podrémos admitirla en el mismo órden?

2.º Ningun médico ha dejado de observar que, producida una enfermedad, pasa por ciertos períodos antes de su terminacion; períodos que la sana práctica, á despecho de los que creen en la posibilidad de *yugular las enfermedades*, diariamente nos presenta. Y cuando la terminacion del estado morbooso es la de la salud, obtenida en multitud de ocasiones, y aún en los estados mas graves, sin recursos artísticos, y solo á beneficio de sacudimientos críticos manifiestos,

¿son las fuerzas físicas las que tal efecto producen? ¿las fuerzas físicas, que, obrando de un modo necesario y ciego, carecen de toda *espontaneidad*...?

3.º En ocasiones, el sér vivo, despues de haber padecido un gran cataclismo morboso, adquiere un grado de energía hasta entonces desconocido en la historia del individuo; en una palabra, se *reconstituye*. Cuando esto se verifica, ¿son las causas físicas las que tal efecto producen?

4.º En gran número de casos, cuando de un modo brusco, intempestivo y violento, se curan, á beneficio de recursos enérgicos, poderosos, enfermedades *inveteradas* ó de *una índole especial*, tales curaciones ceden en detrimento del enfermo, hasta tal punto, que la muerte es su consecuencia. En las alteraciones que se observan en las máquinas inertes, cuando el artista trata de corregir el maleamiento de sus resortes, ¿tiene que esperar una época, una ocasion oportuna para conseguir su objeto?

5.º Innumerables hechos nos ofrece la práctica, en los cuales, á beneficio de la absorcion intersticial, se resuelven infartos profundos, aún de las visceras mas vasculares, quedando éstas en el estado que tenian antes de ser congestionadas. ¿Son las leyes físicas las que hacen que la causa destructora de tal congestion no ataque la trama orgánica de la parte fluxionada, y que, por el contrario, respete lo útil y destruya lo perjudicial? Para la explicacion de un fenómeno tan admirable, ¿no se hace necesario admitir una causa que obre cual *inteligencia conservadora*? ¿y podrán desempeñar este papel las del orden físico?

6.º En los diferentes períodos de la evolucion vital, aparecen partes que, en el momento de su formacion, no tienen objeto alguno, pues entónces ni obran ni pueden obrar; pero estos órganos se hacen necesarios para llenar las funciones que, en las fases ulteriores de nuestra existencia, son absolutamente indispensables. ¿Qué causa, sino una causa final, puede producir tan sorprendente fenómeno? ¿Hay algo análogo en el orden físico? ¿Son, finalmente, las

causas de este orden, las que aíslan ó eliminan los cuerpos extraños introducidos en el seno del organismo, y las que influyen en la produccion de los tan conocidos y sorprendentes efectos del hábito?

XI. Es, pues, indudable, inconcuso, de eterna verdad, *1.º que el sér dotado de vida no cede á las sollicitaciones externas, del mismo modo que el que está privado de ella: 2.º que las causas que producen los fenómenos físicos, y que retienen á los seres de la misma clase en su estado habitual de quietud, no tienen la misma naturaleza que las que sostienen en su estado normal á los seres vivos: 3.º que estos dos órdenes de causas están sujetos á las mas opuestas leyes: 4.º en fin, que la causa de los fenómenos vitales tiende á conseguir un objeto; es simple por consiguiente, y, usando del lenguaje bacónico, pertenece al orden METAFÍSICO: obra RATIONE MORIS, como decían los antiguos, en oposicion con las de los fenómenos físicos, que lo hacen RATIONE ENTIS.*

Consecuencias de la última division.

XII. Habiendo llegado á este punto, nada nos es mas fácil que apreciar en su justo valor la primera de las máximas de BAGLIVIO. Si todo lo que hemos dicho con respecto á las ciencias experimentales, tanto físicas como biológicas, es positivo; si, lo mismo las unas que las otras, para encontrar sus primeras verdades, además de los principios racionales, han menester de la aplicacion del mismo método, el inductivo; si éste es mas difícil de aplicar á las del segundo orden que á las del primero; si, en fin, el único papel que el hombre puede desempeñar en las ciencias de observacion, es el de intérprete de la naturaleza, de tal suerte que, sin la atenta observacion de ésta, le sería imposible dar un paso en ninguna de dichas ciencias; si todo esto es cierto, repetimos, queda fuera de toda duda la gran verdad que nos dejó consignada BAGLIVIO en la primera máxima que hemos citado. Esta máxima es, pues, de la mayor importancia, y ningun médico debe jamás olvidarse de ella.

Consecuencias generales, y confirmacion de la primera máxima de BAGLIVIO.

Si; las opiniones que se fundan en la detenida observacion de la naturaleza, léjos de ser perecederas, adquieren consistencia y desarrollo, y llegan á todo el grado de perfeccion de que, segun su índole, son susceptibles; al paso que, las que son producto de elucubraciones *exclusivamente* especulativas, desaparecen, sin poder resistir á los embates del tiempo. Si; la causa que mas se ha opuesto á los verdaderos progresos de la medicina, ha sido, segun nuestra opinion, conforme con la de BAGLIVIO, *el no haber querido multitud de médicos aplicar y acomodar debidamente las fuerzas de su entendimiento á las de la experiencia; ha sido, en último resultado, el no haber observado con exactitud las leyes del único método aplicable á esa ciencia y á todas las demás de la misma clase.* Nosotros, en su consecuencia, estamos convencidos de que *la causa que ha dado por resultado la infinidad de sistemas hipotéticos, que se disputan en nuestros dias, y antes de nosotros se han disputado, el dominio exclusivo de la medicina, y que, por consiguiente, se ha opuesto á que todos los médicos se agrupen al rededor del hipocratismo, profesado en la práctica por BAGLIVIO, no ha sido otra que la ignorancia, el olvido ó el desprecio de las leyes del método, y la tendencia que en todos los tiempos han tenido muchos médicos á entregarse sin freno á inventar hipótesis.*

SECCION SEGUNDA.

Necesidad de unir los conocimientos de los antiguos á los de los modernos, para que la ciencia médica marche en el camino del progreso.

RESÚMEN.

I. Fundamentos en que se apoya la segunda máxima citada de BAGLIVIO.—II. Causa que constantemente se ha opuesto á que haya sido admitida.—III. Consecuencias que se deducen de lo dicho en esta seccion, y comprobacion de aquella máxima.

I. Si el desprecio de la máxima, de que acabamos de hablar, ha dado el resultado que hemos expuesto, los efectos que ha producido el olvido de la segunda, no han sido menos directamente perjudiciales al progreso de la medicina.

En todas las épocas históricas de esta ciencia, el carácter inseparable y esencial de todos los innovadores sistemáticos, ha sido el de mirar con un exclusivo apego sus ideas ó inventos, desatendiendo, con un irreflexivo é intolerable desden, las opiniones de sus predecesores. Pero nada es mas opuesto á la verdad que este género de conducta. Nada, en efecto, es mas erróneo, que esa intolerancia con que el espíritu de sistema ofusca aún á las inteligencias mas aventajadas; pues, mientras nos sea necesario considerar el *pensamiento de la humanidad, lo mismo que el de un individuo*, rectificándose y perfeccionándose á través del tiempo; mientras una época histórica cualquiera, ó el giro intelectual de una generacion dada, sean totalmente inexplicables, si no se buscan sus antecedentes y sus fundamentos en los acontecimientos científicos anteriores; todo médico estará imprescindiblemente obligado á *no oponer las opiniones de los modernos á las de los antiguos, sino, por el contrario, á esforzarse en reunir, en lo posible, las creencias de los unos á las de los otros, y á apoderarse del vínculo que une la generacion presente á la pasada*. Porque debe estar convencido de que la série de las diferentes generaciones representa una grande y no interrumpida cadena, en la que cada eslabon está unido á los inmediatos, y, por su intermedio, á todos los demás, del modo mas estrecho y necesario.

Si alguno, despues de lo dicho, aún dudase de las verdades que acabamos de exponer, bastará, para que desaparezca toda duda, que fije su atencion en que la inteligencia humana, como todas las demás cosas creadas, *tiene sus leyes propias* á que está sujeta, leyes con que le plugo adornarla á la INTELIGENCIA SUPREMA, y sin las que sería imposible su existencia; siendo por consiguiente imposible que la cien-

Fundamentos
en que se apo-
ya la segunda
máxima de
BAGLIVIO.

cia, en su *calidad de producto intelectual*, no esté sometida en sus evoluciones al influjo de esas mismas leyes.

Causa que se ha opuesto á la admision de dicha máxima.

II. Sin embargo de todo esto, y á pesar de que el estudio de los hechos contenidos en la historia de la civilizacion humana, lo mismo que el de los consignados en la de cada ciencia particular, comprueba los asertos que acabamos de emitir, en todos tiempos ha existido, como existe en la actualidad, una causa que, teniendo sus raices en la misma naturaleza del hombre, se ha opuesto á que se haya apreciado en su justo valor, el papel que desempeña cada generacion en el progreso de la ciencia. Esa causa no es otra que el orgullo y el engrimiento con que, en cada una de las diferentes épocas históricas, ha contemplado el hombre los adelantos y mejoras científicas correspondientes á cada una de aquellas. Este orgullo y este engrimiento toman origen del inmenso deseo, que en el hombre existe, de poseer á todo trance la fórmula que contenga la resolucion de los multiplicados y complicadísimos problemas que la observacion de la naturaleza le ofrece; llevándole tal *deseo*, á la vez que su *amor propio* y su *limitacion*, á enagenarse de gozo cuando consigue descubrir una verdad, que, por insignificante que sea, la exagera hasta el punto de creerla, en su delirio, de mayor importancia que todas las demás descubiertas hasta entónces.

Consecuencias: comprobacion de la máxima citada.

III. Despues de lo que acabamos de decir, á cualquiera le será fácil convencerse de las verdades siguientes: 1.^a *que nada es mas contrario á la indole de las ciencias experimentales y á su verdadero progreso, que la intolerancia desdenosa con que, en cada época histórica, se consideran las conquistas científicas hechas en las edades anteriores: 2.^a que, aun cuando es natural al hombre enorgullecerse con los adelantos y mejoras que adquiere la ciencia á beneficio de sus propios trabajos, debe hacerlo dentro de ciertos límites, reconociendo siempre que el verdadero fundamento de todas las*

verdades por él descubiertas, consiste en los adelantos científicos obtenidos por nuestros antepasados, y en la exacta observancia de las reglas del método: 3.^a que es necesario tener siempre presente la segunda de las máximas citadas de BAGLIVIO, si queremos marchar con paso firme por el camino del progreso científico: 4.^a en fin, que las ciencias experimentales, en sus evoluciones, están sujetas á ciertas leyes.

CONCLUSION GENERAL.

Convencidos ya de la verdad de las dos citas que hemos puesto á la cabeza de este escrito, nada es mas natural que inducir la proposicion siguiente: LA ESCUELA MÉDICA QUE RESPETA LAS DOS VERDADES DE QUE HEMOS HABLADO; QUE OBSERVA CON LA MAYOR EXACTITUD LAS REGLAS DEL MÉTODO INDUCTIVO, Y QUE DA Á LAS PRODUCCIONES CIENTÍFICAS DE NUESTROS ANTEPASADOS EL LUGAR QUE REALMENTE LES CORRESPONDE, TIENE DE SU PARTE TODAS LAS RAZONES QUE PUEDEN EXIGIRSE, PARA QUE LA DOCTRINA QUE PROFESA SEA POR TODOS ADMITIDA.

DIVISION.

Sentados estos preliminares, necesarios á nuestro entender para que se nos comprendiese en lo sucesivo, pasaremos á manifestar el orden que nos proponemos seguir en este escrito.

1.^o Hablarémos del estado actual de la medicina, y expondrémos, como consecuencia, la causa que nos ha llevado á publicar un **REPERTORIO UNIVERSAL DE MEDICINA HIPOCRÁTICA.**

2.^o Mas como tal causa es, en último resultado, la existencia de un mal que, aun cuando transitorio y quizás necesario, no por eso deja de aquejar á la medicina contemporánea; mal que creemos corregible, pero cuyo remedio tiene que apoyarse en los hechos históricos; harémos una reseña histórico-crítica del último período de la medi-

cina, y expondrémos las leyes del progreso científico.

3.º Este resúmen, con las reflexiones que los hechos en él contenidos nos sugieran, nos pondrá en estado: primero, de apoderarnos de la fisonomía general de ese período, del espíritu que á las opiniones en él profesadas es común, y del génio de la filosofía que las ha producido. Segundo: conocidos estos datos, deducirémos las consecuencias que de tal filosofía, aplicada al desenvolvimiento científico de la medicina, debian necesariamente resultar. Tercero: establecidos estos preliminares, nos explicarémos, del modo mas satisfactorio posible, el estado actual de la medicina. Cuarto: colocados en esta altura, deducirémos, como lejitima consecuencia, cuál es el remedio que el mal de que hemos hablado exige. Este remedio consiste en difundir una doctrina que tiene por fundamento un método riguroso, método que, en las otras ciencias experimentales, sus congéneres, ha producido ya los efectos mas admirables, y que, por su índole, se apodera de todo lo útil, despreciando solo lo exagerado é hipotético.

4.º Siendo tal doctrina la profesada en la respetable escuela de MONTPELLER, la expondrémos, primero: en su método; segundo: en los recursos que exige de las ciencias auxiliares, tales como la *metafísica*, la *lógica*, la *psicología*, la *historia de la filosofía* y la *filosofía de la historia*. Pasarémos despues á manifestar los auxilios que toma dicha escuela en las ciencias físicas, y las opiniones que profesa en *etiología*, en *sintomatología*, en las cuestiones de *diagnóstico*, con todo lo que á tan importante objeto se refiere: hablaremos luego del *pronóstico*, por último de la *terapéutica*, y, como complemento, compararémos despues esta doctrina con el *pseudo-vitalismo* de VAN-HELMONT, con el cual infundadamente se le ha confundido.

5.º En fin, como para mejorar la práctica, dando al público las ideas hipocráticas de MONTPELLER, pudiéramos habernos valido de otros medios diferentes del que hemos adoptado; expondrémos las causas que nos han impulsado á

dar la preferencia al que seguimos. Mas como, para que la exposicion de dicha doctrina produzca todos los efectos que nosotros deseamos para bien de la humanidad y de la profesion, es necesario apoyarla en la uniformidad de las opiniones de los clásicos de todas las edades, en la historia de nuestra ciencia y en la inteligencia de los escritos que se han dado á luz con el objeto de popularizar las reglas del método inductivo en sus aplicaciones prácticas á la medicina; se nos hará indispensable en esta quinta parte: 1.º manifestar los motivos que nos obligan á pensar de esta manera: 2.º exponer el método que seguiremos en la publicacion de las obras que han de componer este REPERTORIO: 3.º y en fin, hablar de los efectos que en nuestro concepto ha de producir esta publicacion.



El presente es un libro de medicina que contiene los principios de la medicina.

I. La medicina general nos ofrece el conocimiento de los principios de la medicina. Como los principios de la medicina general son los mismos en todas las partes de la medicina, se debe estudiarlos primero. En efecto el estudio de la medicina es un estudio de los principios de la medicina. En efecto el estudio de la medicina es un estudio de los principios de la medicina. En efecto el estudio de la medicina es un estudio de los principios de la medicina.

PARTE PRIMERA.

ESTADO ACTUAL DE LA MEDICINA, BAJO LOS PUNTOS DE VISTA DE LAS DIFERENTES OPINIONES QUE HOY SE AGITAN, Y DEL DESARROLLO QUE HAN ALCANZADO SUS DIFERENTES PARTES. EXISTENCIA REAL DE LA CIENCIA MÉDICA.

SECCION PRIMERA.

Opiniones médicas que hoy se agitan.

RESÚMEN.

- I. Enumeracion de las escuelas médicas, diferentes de la hipocrática, existentes en la actualidad: primera, ORGANICISTA, con sus secciones, anatomo-patologista, hematologista, microscopista, iatro-química é imponderabilista; segunda, CONTRA-ESTIMULISTA; tercera, SINCRETISTA; cuarta, ESCÉPTICA; quinta, HOMEOPÁTICA; sexta, HIDROTERÁPICA; por último, las escuelas alemanas contemporáneas: 1.^a de la HISTORIA DE LA NATURALEZA; 2.^a DE LAS CRISIS; 3.^a DE LAS MUDAS; 4.^a DE LA IRRITACION ESPINAL; 5.^a DEL DOGMA DE LA EXPERIENCIA MÉDICA; 6.^a HOMEOPÁTICA DEGENERADA, Ó TERAPÉUTICA ESPECÍFICA.—II. Resultados remotos que tal divergencia de opiniones puede producir.—III. Efectos del momento.

Escuelas
médicas que
hoy existen,
diferentes de
la nuestra.

I. La medicina actual nos ofrece el cuadro mas aflictivo y desconsolador. Acaso los negros coloridos de que está sobrecargado, puedan producir efectos saludables en épocas futuras; pero los resultados del momento son tristísimos y deplorables.

En efecto, el dominio de la medicina está dividido en las opiniones que vamos á exponer.

ESCUELA ORGANICISTA.

1. En la primera seccion se nos presentan los *organicistas*

con su mirada siempre fija en la *parte material* de nuestra economía: considerando las funciones normales como el resultado de *una regular disposicion de las moléculas constitutivas de los sólidos y de los líquidos*: afirmando que la enfermedad no es otra cosa que un *vicio de esa disposicion molecular*: despreciando todo *acto espontáneo y final*, toda *sinergia conservadora*, todo *movimiento critico*: olvidando completamente las *lecciones de la experiencia*, y los *consejos de nuestros mayores*, con respecto á la administracion de los medicamentos, y su *oportunidad* en los diferentes *periodos* que corren los males: finalmente, dirigiendo contra estos las medicaciones mas activas, sin tener en *consideracion sino el estado de los órganos*.

Esa escuela, materialista por esencia, comprende en su esfera la ANATOMO-PATOLOGISTA, la HEMATOLOGISTA, la MICROSCOPISTA, la IATRO-QUÍMICA y la IMPONDERABILISTA, cada una de las cuales trata de resolver á su modo el problema de la vida y de la patogenia de los males, inspirada por los principios de la escuela madre, á que todas ellas deben su existencia.

CONTRA-ESTIMULISTA.

2. En la segunda seccion se nos presentan los *contra-estimulistas* con su *doble diátesis de estímulo y de contra-estímulo*: con sus *efectos medicamentosos primarios y secundarios*: despreciando, como la primera, los *esfuerzos críticos* de nuestra economía, y administrando los medicamentos á *dosis monstruosas*.

SINCRETISTA.

3. En la tercera figuran los que se llaman á sí mismos *eclecticos*, y que nosotros llamaremos con mas propiedad *SINCRETISTAS*, pues su sistema no exige, ni la atenta observacion de todos los fenómenos, ni la detenida discusion que

ellos requieren, para que las consecuencias que de esa observacion resulten, fundadas, como deben estarlo, en las reglas de la filosofía inductiva, fuercen nuestro asentimiento; sino que, por el contrario, se reduce á reunir opiniones diferentes, segun el capricho ó el temple intelectual de cada individuo que profesa tal escuela. ¿Y qué resultados han de dar semejantes opiniones? la confusion mas lamentable; pues, sin dejar de denominarse ecléticos, cada uno profesa las ideas mas diferentes. No extrañamos que existan en la época actual esta especie de médicos; por el contrario, nos admiraríamos de que, en las circunstancias en que se encuentra la medicina, no se hubiesen presentado. Porque es una ley del progreso científico que, en las épocas de transición, de renovacion y de grandes luchas, aparezca esa clase de pensadores. ¡Cuántos escritos, dados á luz por la escuela organicista en estos mismos dias, reflejan de un modo indudable el sincretismo de que hablamos! En ellos, sin espíritu de crítica, sin discusion, se exponen las opiniones mas encontradas, creyendo sin duda sus autores que han hecho un servicio á la ciencia, dando á luz sus producciones, cuando lo que realmente han conseguido es difundir la duda y la vacilacion mas espantosas. Pues qué, ¿tienen todos los hombres el suficiente criterio y los conocimientos necesarios para escojer, en medio de tal confusion, lo útil y verdadero?

ESCÉPTICA.

4. En la cuarta seccion se encuentran los *escépticos*, espíritus impacientes que, dotados de cierto alcance intelectual, con poco amor al trabajo y con alguna presuncion, presuponen que es absolutamente falso lo que ellos, ó por su falta de método ó de constancia, ó por el apego que tienen á sus propias opiniones, no han podido llegar á alcanzar. Esta seccion está sin duda en la actualidad aumentando el número de los pertenecientes á la que sigue.

HOMEOPÁTICA.

5. En la quinta figuran los *homeópatas*. Todos los que llevan este nombre, se ocupan principalmente y fijan toda su atención en encontrar los medios de producir *afecciones dinámicas que, aunque de diferente especie, tengan síntomas semejantes y mayor intensidad que las preternaturales ó morbosas*, originadas por las causas patogenéticas; en los ensueños de su *experimentación pura*; en sus *dosis infinitesimales*; en el *número de vueltas* que se hayan de dar en el mortero del farmacéutico á un medicamento, ó en el de *sacudidas* que los de forma líquida hayan de sufrir en el frasco que los contiene para ser elaborados; en la *valuación* de los *aromas* que es permitido existan al rededor del enfermo, para que no perjudiquen al desarrollo de la influencia medicamentosa..... Pero detengámonos: en su lugar oportuno discutiremos cual corresponde semejantes opiniones.

HIDROTERÁPICA.

6. Los que profesan la **HIDROTERAPIA** se deben colocar en la sexta sección. Las creencias de tales médicos se resumen en la fórmula siguiente: *Toda enfermedad dimana primitivamente de una alteración de los humores: el agua fría debe ser aplicada con profusión en todos los casos con el objeto de producir sudores abundantes, que arrastren consigo la causa material de los males.* Y ese cuerpo vivo, á quien se dirigen tales agresiones, ¿podrá siempre corresponder á tal medio de un modo beneficioso, por mas que se modifique su intensidad y el tiempo de su aplicación?

ESCUELAS ALEMANAS.

7. Se presentan finalmente en esta última sección va-

rias escuelas, nacidas en Alemania, que no han salido fuera de los confines de aquel país. Tales son:

Escuela de la historia de la naturaleza.

A. La *Escuela de la historia de la naturaleza*, que, inspirada por el fundador del sistema filosófico denominado de la IDENTIDAD ABSOLUTA, el profundo SCHELLING, tuvo por gefe á un célebre médico llamado SCHÖENLEIN, y que cuenta entre sus partidarios á MARCUS, FUCHS, JAHN y otros. Esta escuela defiende que el hombre, antes de llegar á su tipo permanente y supremo, atraviesa una multitud de formas propias de tipos inferiores: antes de ser mamífero es pájaro, antes de ser pájaro es reptil, antes de reptil, pez. Y suponiendo que sean ciertas estas metamorfosis, ¿quién las verifica? ¿Quién hace que no se detenga en ellas, sino que, por el contrario, adquiera el tipo que le corresponde? ¿No es una causa final? Pero no se contienen los médicos pertenecientes á esta escuela en afirmar las indicadas proposiciones; aseguran que el tipo humano se transforma en el estado morbozo; que en lugar de subir, como le sucede en el estado normal, baja, y se reviste de un tipo de los que corresponden á las clases de animales inferiores á él. Así es que las afecciones gástricas le hacen descender al de la especie bovina. Y para afirmarlo así, ¿en qué se apoyan? en que los erupios y los vómitos, que son frecuentes en estas enfermedades, son semejantes á la rumia; en que la lengua se pone blanca, y en que la orina es turbia y espesa. En la raquitis, dicen, se aproxima el hombre que la padece á los moluscos, y en la hidropesía se identifica con los hidátides. Pero, aunque así fuese, ¿quién hace que, despues de curadas estas enfermedades, vuelva el sér humano á tomar su tipo primitivo? ¿no es una causa final?

Parasitismo.

El *parasitismo* es una especie perteneciente á la escuela que nos ocupa. Los que creen en él, STARK, HOFFMANN y algunos otros, afirman que todas las enfermedades dimanen de un animal de una clase inferior, que se introduce en el seno de la economía humana y vive en ella á sus expensas. La existencia del *ácarus* de la sarna, y la del *polystoma sanguicolum* en la sangre procedente de la pneumorragia de

los tísicos, son los argumentos en que se fundan sus sectarios.

B. La escuela *anatómica* y la doctrina de las *crásis* se nos presentan en segundo término entre las creencias médicas á que ha dado origen la Alemania. Tal doctrina tiene los mayores puntos de contacto con la materialista parisien- se: sus patronos son ENGEL y ROKITANSKI.

Escuela de las crásis.

C. Al lado de la escuela de la historia de la naturaleza y de la *anatómica*, viene á colocarse la de la renovacion y depuracion verificadas á beneficio de la *muda*. Sirviéndoles de punto de partida la observacion de que todos los actos de la vida se mantienen solo por medio de la reparacion perpétua de los elementos orgánicos, los defensores de este sistema establecen una comparacion entre este hecho y el de la *muda* que se verifica en las partes exteriores de ciertos animales. Para ellos, la salud dimana de la regeneracion y de la *muda* de los elementos orgánicos, cuando tales actos se ejercen con regularidad; y la enfermedad se origina de la alteracion de aquellos elementos: por consiguiente, las enfermedades nacen de la fuerza ó debilidad con que la *muda* se verifica, ó de su no existencia. Para esta escuela, el principio de la *fuerza medicatriz de la naturaleza* se reduce á una lucha sostenida entre los elementos orgánicos sanos, y los materiales que se han retenido y han envejecido dentro de nuestro organismo. El profesor que defiende estos principios es SCHULTZ.

Escuela de las mudas.

D. La doctrina de la *irritacion espinal* debe fijar ahora nuestra atencion. El profesor STIEBEL, de Francfort, es el autor de ella. Así como en el sistema de BROUSSAIS, la gastro-enterítis se enseñoreaba en el dominio de la patología, en el que ahora nos ocupa, la *irritacion espinal* es lo único á que debe atender el médico.

Escuela de la irritacion espinal.

E. Se presenta despues la escuela de RADEMACHER, en la que, hablando su lenguaje, se defiende el dogma de la *experiencia médica*. La accion de los remedios es para esta escuela la única base del arte de curar: distingue entre la

Escuela de RADEMACHER

esencia de la enfermedad y la forma con que se presenta: divide los medicamentos en universales y especiales, y entre estos últimos los hay del hígado, del bazo, del páncreas, del plexo celiaco, de los órganos urinarios, del pulmón, del corazón etc.: finalmente, las afecciones patológicas son denominadas según el medicamento que las cura.

Escuela terapéutica específica.

F. Por último, el método de *terapéutica específica*. Los médicos que profesan esta doctrina son de origen hahnemanniano, son hijos espúreos de la homeopatía, pues profesan el dogma *similia similibus curantur*; pero se han separado de aquella escuela, en cuanto que administran los medicamentos en dosis cuya acción no puede ser dudosa.

Esta división de las escuelas puede un día ser útil á la ciencia.

II. Tal es el estado que nos ofrecen actualmente las opiniones médicas. ¡Quién podrá reflexionar en él sin consternarse! La ciencia bienhechora de la humanidad; la ciencia, de cuyos auxilios todos necesitan, desde el más humilde esclavo hasta el hombre colocado en el mayor apogeo y en el mayor brillo social, está hecha una segunda torre de Babel, como por los datos que acabamos de mencionar se puede fácilmente comprender. Prescindirémos por ahora de los efectos ulteriores que tal estado de cosas pueda producir: solo diremos que, convencidos, como hemos dicho, de que los acontecimientos científicos no sobrevienen sin antecedentes que los produzcan; de que la inteligencia humana tiene sus leyes, sin las que es inconcebible su existencia; de que, al realizar aquella sus producciones, se ha de dejar percibir en ellas, por necesidad, como un efecto indispensable, la huella que nos marque su subordinación á las mismas leyes: convencidos hasta la evidencia de que todos los males que se han causado á la medicina, tienen su origen en el empeño obstinado con que ciertos hombres defienden las ideas exclusivas, que resultan de no considerar los problemas complejos que esta ciencia nos presenta, sino bajo un solo punto de vista; pero considerando además, que este modo de concebir las cosas es un medio indirecto de progreso, pues, apoderándose cada cual

de uno de los lados múltiples que presentan las cuestiones antropológicas, se dilucidan de una manera completa: reflexionando últimamente en que el defecto de que hemos hablado es inherente á la naturaleza humana, que, en medio de su limitacion, no puede atender simultáneamente á todos los extremos comprendidos en las complicadas cuestiones que nos presenta la observacion del hombre; nos atrevemos á asegurar que la divergencia de opiniones, que en nuestra época se echa de ver en el dominio de la ciencia médica, puede un dia ceder en su beneficio.

III. Pero si bien lo que acabamos de decir es á nuestro entender indudable, tambien lo es que la falta de unidad en las opiniones médicas produce la duda en aquellos hombres del arte, que, no pudiéndose elevar al conocimiento del origen de tal contradiccion, vacilan en las creencias que deben adoptar para ser útiles á sus semejantes; y desprestigia y abate en el concepto público á la mas noble de las ciencias, á la ciencia cuyos cimientos fueron establecidos por un HOMBRE INCOMPARABLE, cual no lo hallamos, á escepcion de la filosofía, en ninguna otra. ¿Quién, que no tenga la instruccion competente para valuar en su justo valor los hechos magestuosos que la evolucion de las ciencias nos presenta, no pondrá en duda los fundamentos de la ciencia salutífera? ¿Quién, sin esa instruccion, no estará inclinado á creer, fundado en los hechos antes consignados, que no hay ciencia, y que solo los hombres débiles se pueden dejar fascinar por las declamaciones de los defensores de la ciencia de HIPÓCRATES? ¿Quizás alguno, suspicaz ó malévoló, llegue á creer que la ciencia cuyo origen es celestial, como se afirma en las sagradas letras (1), está reducida á ser solo un vil medio de especulacion! Pero detenga su juicio, que los fundamentos de la medicina son incommovibles.

Efectos del momento.

(1) *Eclesiast. cap. XXXVIII.*

SECCION SEGUNDA.

Estado actual de las diferentes partes de la medicina.

RESÚMEN.

I. Desarmonía en el progreso de las diferentes partes de la medicina, y causas que han producido este resultado.—II. Enumeracion de las partes que han experimentado adelantos sorprendentes, por estar en armonía con el espíritu de la filosofía dominante.—III. Enumeracion de las que han quedado rezagadas, y que, si se consideran bajo el punto de vista exclusivo con que hoy se cultivan, puede asegurarse que han retrogradado.

Desarmonía en el progreso de las diferentes partes de la medicina: rápida ojeada sobre las causas que la han producido.

I. Si, después de haber hablado de las diferentes opiniones que en estos momentos se agitan en el mundo médico, nos detenemos un poco á reflexionar en el estado de adelanto á que han llegado las diferentes partes de nuestra ciencia, observaremos al momento el desconcierto y desarmonía en que se encuentran; la falta de proporción que existe entre los progresos que han verificado; el brillante estado en que las unas se hallan, y el abandono y abatimiento en que yacen las otras. No es éste el lugar de detenernos á probar con toda extensión la causa que ha dado origen á este estado, en apariencia contradictorio. Pero nos es necesario decir, cuando menos, que habiendo girado la medicina en el último período histórico bajo la dirección de una filosofía exclusiva, no ha podido dejarse de producir este resultado. No era posible que sucediera de otro modo, supuesto que esa filosofía no podía ser aplicada, por lo estrecho de sus miras, ni podía en su consecuencia fructificar, sino aquellas partes de la medicina que estaban en armonía con sus tendencias. Siendo el hombre un sér complejo, una sublime síntesis, en la que coexisten unidos los elementos de mas opuesta naturaleza; dedicándose algunas de las diferentes partes de nuestra ciencia, de un modo casi exclusivo, á poseer el conocimiento de uno de aquellos ele-

mentos; pudiendo las otras ser consideradas bajo puntos de vista diferentes; y afectando la filosofía la mas decidida predileccion por ensanchar la esfera de las ciencias experimentales del órden fisico; nada era mas natural que el que se produjesen el desconcierto y desarmonía de que antes hemos hablado. Sí; las partes de la medicina que tienen por objeto el estudio del agregado material del sér humano, y las que pueden ser fructificadas por la aplicacion de los conocimientos meramente fisicos, han debido experimentar adelantos proporcionados á la predileccion con que se les ha mirado; así como, las que son complejas por su naturaleza, y no pueden en su consecuencia prestarse á miras exclusivas, han avanzado en los conocimientos que estaban en armonía con el espíritu reinante, quedando rezagadas, y aún retrogradando, en lo relativo á las adquisiciones que, por su índole, estaban en desacuerdo con el espíritu de la filosofía de la época.

II. Echemos una ojeada sobre las partes de la medicina; manifestemos el estado en que se encuentran, y nos convencerémos de que, en efecto, lo que acabamos de decir con respecto á los progresos que algunas de ellas han verificado, es una realidad.

Partes de la medicina que se han perfeccionado.

ANATOMÍA.

1. Nadie podrá negar que la ANATOMÍA y sus diferentes secciones, lo mismo la *descriptiva* y la *de regiones*, que la *general* y la *patológica*, han hecho los mas sólidos é indudables progresos; progresos de tal entidad y consideracion, que, si no los hubiésemos visto realizados, nos parecerían fabulosos. Difícil es, á la verdad, poder apreciar en su justo valor todo lo que la ANATOMÍA debe á nuestros contemporáneos. Hoy se conocen con la mayor perfeccion imaginable, no solo los órganos que componen cada region de nuestro cuerpo, sino tambien su superposicion, sirviendo

este conocimiento para guiar con la mayor seguridad la mano del operador al través de las diversas partes del cuerpo del hombre: hoy se conocen con toda exactitud los diferentes tejidos simples que entran en la composición de cualquier órgano; ya no es el tiempo en que las lesiones materiales, que quedan después de la muerte, se dejen de conocer por falta de descripciones detalladas. Comparado el estado de estas ramas de la medicina, tales como existen hoy, con el en que se hallaban en siglos anteriores, ¡cuánta diferencia...! La generación médica actual ha hecho grandes servicios á la ciencia, llevando al apogeo, en que hoy se encuentran, todas las diferentes secciones de la anatomía. ¿Podría, sin estos conocimientos, llegar la medicina á su último desarrollo? De ningún modo, supuesto que el agregado material es una parte constitutiva del hombre, cuyo perfecto conocimiento, por lo tanto, es absolutamente necesario.

FISIOLOGÍA.

2. La FISIOLOGÍA, bajo el punto de vista de recojer hechos y sacar de ellos las primeras inducciones, desde la época de HALLER hasta el presente ha adelantado de un modo real y positivo; pero, por haberse quedado en aquel punto de vista, que es el segundo de los cuatro de que hablan MR. LORDAT en su tratado *De la perpetuidad de la medicina* (1), y MR. AMPERE en su *Filosofía de las ciencias*,

(1) «Cuando se estudia una cosa con el fin de hacerla objeto de una ciencia completa, es necesario examinarla sucesivamente bajo distintos PUNTOS DE VISTA, y siguiendo un orden determinado, so pena, si no se hace así, de tener de ella una noción imperfecta y equivocada. En la primera operación, aplicamos nuestros sentidos á la cosa, para apoderarnos de todos los hechos que presenta en un tiempo dado. En la segunda, la inteligencia saca de los hechos el primer conocimiento mental que de ellos puede deducir. En la tercera, se considera de nuevo la cosa en todos los instantes en que ha podido existir, en todas las circunstancias en que ha podido encontrarse, en todas las relaciones activas ó pasivas en que se ha podi-

citado por el primero; por haberse quedado, repetimos, en esa segunda grada del perfeccionamiento científico, ¡qué distante está de ser lo que debiera!.... de ser la CIENCIA DE LA NATURALEZA HUMANA! La FISIOLÓGIA, estudiada en los libros que actualmente pasan por clásicos, es mas bien la ciencia del mecanismo de los movimientos vitales.

HIGIENE.

3. La HIGIENE pública y la privada, con las aplicaciones que á ellas se han hecho de los conocimientos físicos y químicos, se han enriquecido tambien con multitud de adquisiciones de la mayor importancia. Habiéndose dado en nuestra época á las causas externas la importancia de que despues hablaremos en la *etiología*, y coincidiendo con esto el

do hallar con respecto á las demás cosas del mundo entero; y, combinando estos nuevos hechos con los que se habian adquirido por medio de las dos primeras operaciones, se clasifican todos estos conocimientos, y se reducen á LEYES GENERALES de la cosa estudiada. En la cuarta operacion mental, se estudian las leyes generales de la cosa, comparándolas entre sí y con las de las demás cosas del mundo, con objeto de descubrir sus relaciones, y deducir de esa comparacion la nocion mas alta que de su naturaleza puede tenerse.....

Hasta aquí (constituídos en el segundo punto de vista), el hombre ha sido fraccionado. No hemos conocido sino los miembros de que está formado. Pero ni la nocion de estas partes aisladas, ni la de su disposicion, son las únicas que necesitamos adquirir. Nos es tan fácil como obligatorio colocarnos en el tercer punto de vista.....

Estos hechos, puestos en órden y combinados con los que han sido recogidos en las dos primeras operaciones, nos suministran el medio de elevarnos al establecimiento de las LEYES del sér humano. Podremos sacar de estos hechos la multiplicidad de las causas experimentales de donde proceden. La distincion de las causas nos dará la clasificacion de los fenómenos. De aquí resultarán inmediatamente las FACULTADES y las AFECCIONES de que están dotadas ó son susceptibles..... El tercer punto de vista nos ha dado las LEYES y las CAUSAS EXPERIMENTALES de que dimanen. Pero hasta aquí, las leyes y sus orígenes respectivos están aislados y sin relacion alguna.....

En el cuarto punto de vista, no están reunidas al acaso las leyes

grandioso incremento que han experimentado las ciencias físicas, no era posible que la HIGIENE dejase de hacer los mas sólidos y saludables adelantos. ¡Cuántos beneficios han obtenido de ellos la ciencia y la humanidad! La higiene pública, descuidada en siglos anteriores, es hoy, á no dudarlo, el mas vigilante centinela de la salud de los pueblos; y constituida en el estado en que se halla, da el mas solemne mentís al que dudase de los incontestables beneficios que la sociedad reporta de los auxilios de la ciencia salutar.

MEDICINA LEGAL Y TOXICOLOGÍA.

4. ¿Y qué diremos de la MEDICINA LEGAL y de la TOXICOLOGÍA? ¿No han sido ellas, en cierto modo, el producto de

estudiadas en el sistema humano, sino por el contrario, están unidas, relacionadas por causas de que todas dimanan naturalmente. La investigacion intelectual de estas causas nos eleva á la consideracion de las FUERZAS, y esta consideracion nos lleva á la determinacion de las SUSTANCIAS de que esas fuerzas son atributos.

Por estas investigaciones, unidas á una legítima analogía, se remonta el espíritu á la noción de una UNIDAD que no se siente, cuya primera idea nos es revelada por nuestro sentido íntimo, y de la que la inteligencia nos da la certidumbre....

Mr. AMPÈRE, en su Filosofía de las ciencias, ha comprendido y descifrado (mejor que antes se habia hecho), la marcha del espíritu en esta adquisicion, cuyas reglas ha formulado con precision y firmeza. Los cuatro puntos de vista que acabo de describir, son exactamente los suyos; y para que se conserven mas fácilmente en la memoria, les aplica sus correspondientes denominaciones. Llama AUTÓPTICO al punto de vista, en el cual nos apoderamos de los hechos; CRYPTORÍSTICO, al segundo punto de vista, en que nuestra inteligencia entrevé la existencia de las causas ocultas de aquellos hechos; TROPONÓMICO al tercero, en el cual examinamos el objeto en todas las circunstancias y bajo todas las formas en que puede hallarse, suministrándonos por lo tanto la ocasion de formular las leyes de la cosa examinada; y CRYPTOLÓGICO al cuarto punto de vista, en el cual, mediante nuevos esfuerzos del entendimiento, logramos penetrar, cuanto nos es posible, en la naturaleza de la misma cosa.—LORDAT, De la perpétuité de la Médecine, pags. 35—43.

los trabajos de la primera mitad del siglo XIX? ¿Y quién podrá poner en duda los auxilios que estas ciencias prestan al hombre? El médico, poseedor de sus conocimientos, puede servir de antorcha luminosa, infalible, al inexorable fallo de la ley; puede hacer, con conciencia tranquila, que la seguridad de la justicia caiga sobre el criminal; y puede tambien tener la inefable satisfaccion de ver al presunto reo, que sin sus conocimientos podría ser injustamente condenado, gozar del mayor de todos los bienes, la libertad. ¿No son éstos adelantos positivos? Sí, indudablemente. Estas dos ramas de las ciencias médicas han alcanzado en nuestros días el mayor impulso hácia su perfeccion definitiva, cabiendo á nuestra querida pátria la gloria de haber visto nacer al hombre que, habiendo cultivado con un éxito admirable las ciencias fisico-químicas, fué el que influyó mas poderosamente en el desarrollo y perfeccion de aquellos importantes conocimientos. ¿Quién podrá desconocer que hablamos de nuestro eminente ORFILA, del ilustre español, cuyo nombre se presentará siempre en primera línea, cuando en los siglos futuros se trate de la historia de aquellas ciencias?

FARMACOLOGÍA.

5. En la FARMACOLOGÍA, lo mismo en la parte que tiene por objeto la historia natural de los medicamentos, que en la que se ocupa de sus preparaciones y combinaciones, se ha dejado tambien sentir la influencia benéfica del genio médico de nuestro siglo. Hoy no es ya el tiempo en que se disponen medicamentos que puedan desnaturalizarse por sus combinaciones químicas, ni en que se prescriben la multitud de fórmulas monstruosas de que usaban nuestros mayores, á no ser que por virtudes específicas nos veamos obligados á ello.

ARTE DEL DIAGNÓSTICO LOCAL.

6. ¿No causa admiracion el reflexionar en los inmensos

adelantos que ha hecho en nuestros días el arte de diagnosticar el asiento de las enfermedades? ¿En qué otra época de la medicina, diferente de la que atravesamos, se ha observado un cuidado mas decidido y general en sondear, por medio del plexímetro, del estetoscopio, de los reactivos químicos, de los instrumentos de mensuración y otros medios análogos, hasta las mas profundas sinuosidades del organismo? ¿Y no ha conquistado la medicina, en este sentido, infinidad de verdades del mayor precio, que, á no dudarlo, deberán ser tenidas en consideración por las generaciones médicas venideras? ¡Ojalá que éstas, prestándoles su atención, no tuvieran que rectificarlas en infinidad de puntos, lo mismo á ellas, que á las relativas á la anatomía patológica; pues este sería el indicio mas positivo de que no habia presidido á su establecimiento el espíritu exclusivista mas intolerante! ¡Pero es tan débil y limitada la inteligencia humana....!

CIRUGÍA.

7. ¿Y habrá álguien que ponga en duda los inmensos progresos de la *cirugía* propiamente dicha, es decir, de la parte de la *terapéutica* que, á beneficio de operaciones manuales, se propone restituir al organismo las condiciones materiales sin las que, cuando menos, sus funciones se entorpecerían? No es posible; pues la *medicina operatoria* con sus métodos y procedimientos multiplicados al infinito, y capaces, por consiguiente, de satisfacer las exigencias de casi todos los *casos singulares* que puede presentar la práctica; el *arsenal instrumental*, rectificado con todo el gusto y perfección mecánica de nuestros días; el *arte de los vendajes*, tan adelantado, tan rico en medios ingeniosos; le comprobarían evidéntísimamente el inmenso impulso que hácia su perfección han recibido, desde hace poco, todas estas ramas subalternas de la *cirugía*. Nada dirémos de la ORTOPEDIA ni de la TOCOLOGÍA; pues la primera ha sido

produccion de nuestros contemporáneos, y la segunda ha experimentado, por la laboriosidad de los mismos, útiles perfeccionamientos en todo lo relativo á la parte manual. ¡Ojalá que en medio del brillante estado que actualmente presenta la *cirugía*, no hubiese olvidado mas de una vez que sus operaciones se ejercen *sobre un sér vivo*, sobre un sér, por consiguiente, que *ha estado*, y *está*, dotado de *espontaneidad* y de *finalidad conservadoras*! ¡Ojalá que en mas de una ocasion hubiese respetado lesiones, no solo toleradas por nuestra economía, sino que son indudablemente medios indirectos establecidos por la misma naturaleza para la conservacion del individuo! ¡Ojalá, en fin, que nunca hubiera perdido de vista que sobre la lesion orgánica que trata de curar con el hierro, cuando ésta no es inducida por violencia externa indudable, está la *modificacion viciosa de la causa de los fenómenos vitales* que le ha dado origen; modificacion que, si bien en ocasiones indudablemente se consume localizándose, tambien en otras, tras de una alteracion local pequeña, casi insignificante, existe oculta potencialmente y en grandes proporciones en el seno de la misma vida! Pero el genio quirúrgico se apagaría ciertamente ante reflexiones de esta clase, que, si son eminentemente médicas, tienen el inconveniente de no referirse á la materia.

III. Vengamos al segundo extremo: demostremos que algunas de las partes de la medicina, las que por su naturaleza influyen mas eficazmente en la direccion, no solo de los padecimientos internos, sino lo que es mas, de los externos, puesto que, si el cirujano descuida su estudio, podrá ser un hombre de aptitudes manuales, pero no lo que la índole de muchos trastornos que él está llamado á corregir exige que sea; demostremos, repetimos, que todas estas partes están en el mas lamentable abandono, y que, si comparamos las obras que en la actualidad generalmente se publican relativas á estas materias, con las de los siglos anteriores, puede asegurarse que hemos retrogrado.

Partes de la medicina que han perdido el carácter de grandeza que tuvieron en siglos anteriores.

Causa general de este hecho.

En efecto; como todas las partes de que nos vamos á ocupar deben estar por necesidad dominadas por la *fisiología*, de aquí la necesidad de que el espíritu que anima á la de nuestros dias, se refleje lo mismo sobre la *patología general ó filosófica, la semejótica y la terapéutica*, que sobre la *medicina práctica* propiamente dicha. Ahora bien, ya lo hemos dicho; la fisiología, que en la generalidad actualmente se profesa, se detiene en el *segundo* de los *cuatro* puntos de vista que la medicina debe recorrer para conocer al hombre, y elevar este conocimiento á la categoría de una verdadera ciencia. Nada, pues, es mas fácil, segun esto, que darnos razon de las imperfecciones actuales de las partes de la medicina que poco há hemos nombrado, si se tiene presente que, en el *segundo* de aquellos *puntos de vista*, no se resuelven ni pueden resolverse las cuestiones relativas á las *leyes generales* á cuyo imperio está sometido el sér humano; á las *facultades vitales* que producen sus fenómenos, ni tampoco, en su consecuencia, las que son referentes á la *unidad armónica* que indudablemente preside á sus funciones. Todos estos elevados objetos no pueden ni discutirse, ni encontrarse, sino en el *tercero* y *cuarto*; al paso que en el *segundo*, los fenómenos permanecen desunidos, por no ser posible, mientras nos hallamos constituidos en su esfera, elevarnos al conocimiento del vínculo causal que los reúne. ¿Qué serán ni podrán ser, para una fisiología semejante, no solo la *unidad*, sino la *espontaneidad* y la *finalidad vitales*, toda vez que las dos últimas suponen por necesidad la primera? ¿Qué podrá ser tampoco la causa experimental de la unidad de los fenómenos vitales, supuesto que esta última debe ser desconocida en aquella reducida esfera? Nada ciertamente. Y sin embargo, ¿no nos demuestra del modo mas evidente una observacion imparcial, la existencia de la unidad vital, lo mismo que la de la espontaneidad y la finalidad? Y una *fisiología* que está manchada de defectos tan capitales, ¿no se verá en la necesidad, ya lo conceda, ya lo niegue, de considerar los séres vivos, y al hombre por con-

siguiente, como máquinas mas ó menos complicadas, sometidas á las leyes físicas? Pero así como en aquellas los fenómenos se hacen generalmente mas complexos á medida que el *artífice* multiplica los resortes; desconociendo la fisiología de que hablamos al *artífice*, es decir la causa inmediatamente productora del agregado material ú orgánico, por no haberse elevado á la suficiente altura para poderlo conocer; se ve en la necesidad de realzar los *instrumentos* *ó* *órganos* á la categoría de *causas eficientes* de los *fenómenos vitales*. ¡Y podrá haber una contradicción lógica mas palpable....! Sin embargo, en ella han incurrido los médicos organicistas ó materialistas, es decir, los que afirman que tras de la materia organizada y viva, no hay una causa *metafísica* que al vivificarla le dió el primer impulso, y que despues sigue dirigiendo sus actos vitales hasta su completa extincion.

Hé aquí, á no dudarlo, el vicio radical de la medicina contemporánea, es decir, de la mas generalmente profesada: hé aquí el vicio culminante de que toman origen los infinitos errores, que, en las partes de la medicina que últimamente hemos nombrado, en nuestros dias se defienden, y la causa del abatimiento y falta de elevacion de miras que en ellas se observan; defectos que, relleándose en el órden práctico, producen las mas fatales consecuencias. Mas siendo positivo que ya HIPÓCRATES habló del CONSENSUS de nuestras partes constitutivas, de su CONSPIRACION para conseguir un objeto, de la ARMONÍA que preside á todos nuestros actos vitales; siendo innegable que ni el CONSENSUS ni la CONSPIRACION ni la ARMONÍA pudieran sostenerse sin una causa METAFÍSICAMENTE UNA; y habiendo la *fisiología* contemporánea prescindido, hablando en general, de esta sublime nocion, consignada ya en nuestros primitivos libros, ¿no se infiere que esa ciencia, bajo este punto de vista, ha retrogradado, por el exclusivismo con que ha procedido en sus investigaciones? Y constituida en este estado, ¿podrá ser lo que debe?

Pero probemos que todas las partes de la medicina, que poco há hemos enumerado, las cuales, mientras no pro-

fesemos un ciego empirismo, estarán sometidas á la *fisiología*, están manchadas de los graves defectos con que ésta ha debido afearlas.

PATOLOGÍA.

En el dominio de la *patología general* se observa que, desdeñándose los autores contemporáneos de elevarse á la idea de *afeccion*, á la idea madre de la enfermedad, puesto que ella no es otra cosa, que la *modificacion preternatural de la causa de los fenómenos vitales*, modificacion que no puede la inteligencia humana dejar de concebir como *primordial*; se han visto en la triste necesidad de faltar á las leyes de la lógica, hasta el punto de fundir dicha idea en la de la alteracion de la textura orgánica, que no es sino la localizacion, y de equiparar despues ésta última con la enfermedad. De aquí el engrandecimiento de la *anatomía patológica*: de aquí la riqueza y perfeccionamiento del arsenal instrumental para diagnosticar, como dicen, las enfermedades, cuando lo que con su auxilio se puede conocer directamente, es solo su reflejo, su localizacion: de aquí, en fin, el empeño de contener y destruir á todo trance la lesion material, siendo así que el médico que conoce que, en multitud de ocasiones, esa lesion es un medio *critico*; solo en casos excepcionales, y siempre con la debida circunspeccion, trata de oponerse de frente para impedir su desarrollo; procurando únicamente, en la inmensa mayoría de los casos, contenerla en los limites que se requieren, para que no pueda entorpecer la completa evolucion del acto morboso.

Desconociendo en *fisiología* el hecho de la espontaneidad vital, no puede en *patogenia* reconocer el autocratismo de la fuerza de la vida, autocratismo ante el que siempre se modifican, y muchas veces se estrellan impotentes, las influencias morbíficas externas mas poderosas. La *etiología* generalmente profesada en nuestros dias, fija por consi-

guiente mucho mas su atencion en el estudio de las causas externas, que en las *disposiciones dinámicas* ó *vitales* del individuo: de aquí el obstinado empeño de querer reducir todas las causas morbosas á la categoría de meros modificadores, cuando en infinitad de casos la modificacion existe latente en el temple vital congénito del individuo: de aquí el descuidarse de un todo el estudio de la causa *proegúmena*: de aquí, en fin, el haberse echado en el mas completo olvido la nomenclatura etiológica de los clásicos antiguos, que suponía el autocratismo de que antes hemos hablado. Y sin embargo, la naturaleza humana, que es ahora en su esencia lo que era en tiempo de los grandes maestros del arte, que propusieron tal nomenclatura, hoy la reclama como entónces, si la patogenia de las enfermedades ha de poder ser comprendida.

Ofuscados algunos médicos actuales con la claridad que en su inteligencia difunde la alteracion de la parte material, desconociendo la afeccion, y no teniendo en cuenta para nada la *unidad* ni la *finalidad* de la *causa de los fenómenos vitales*, ¿cómo habian de establecer la division de los síntomas, clasificándolos en *síntomas de la afeccion*, y *síntomas de la alteracion material*? Y si la hubieran admitido, ¿no habrían conocido que la alteracion de textura no es otra cosa que un *síntoma de la primera clase*? ¿Ni cómo podrían tampoco haber afirmado, con los antecedentes que quedan expuestos, la existencia de los *activos*, los *anenergéticos*, ni los *operativos*? Y no obstante, en estas dos divisiones se echa fácilmente de ver una idea infinitamente mas *elevada* y *práctica*, que la que preside á la clasificacion hoy admitida.

El arte del diagnóstico se reduce para el médico nutrido de las ideas generalmente profesadas, al de conocer la intensidad de la lesion del órgano. En vano los hechos consignados en los libros de *anatomía patológica* y la observacion diaria, le enseñan que no existe entre la alteracion de los instrumentos materiales y el peligro de la existencia, ni

entre aquella y las modificaciones funcionales, la proporción en *cantidad* y *cualidades*, que, para establecer la relación causal, se necesita. La hipótesis admitida es necesario sostenerla: donde no hay modificación de textura, se supone: donde no existe la proporción de que hemos hablado, se finge torturando los hechos... ¡Hasta dónde llega en sus exageradas consecuencias el exclusivismo sistemático!

Dominado el *pronóstico* exclusivamente por la pobre idea de las localizaciones, ya no se ocupa de los elevados objetos que han fijado la atención de los grandes médicos de todas las épocas. En nuestros días, las palabras *crudeza* y *cocion* de las enfermedades, palabras tan llenas de sentido médico, y que expresan, de un modo tan conciso como significativo, los períodos por que atraviesa la *causa de los fenómenos vitales* en sus esfuerzos conservadores para triunfar de las perturbaciones morbosas, han caído, combatidas por la obcecación de la generación médica actual, en el más completo abandono: ya no tiene el médico para qué ocuparse de las nociones que le proporciona el *anamnético*, recogido á beneficio muchas veces de los esfuerzos intelectuales más poderosos, con el objeto de conocer el *temple vital* del individuo, es decir, la disposición *congénita* de sus *facultades vitales*, y formar juicio del éxito probable de las enfermedades humanas: ya en fin no es la época en que, teniéndose en consideración el estado *actual* y el *virtual* ó *potencial* de las fuerzas vitales, deba establecerse el pronóstico sobre tan elevadas ideas. Todas estas consideraciones son, para los médicos dominados por el espíritu quirúrgico que impera en nuestra época, meras *especulaciones metafísicas*; y con esta calificación, que á su entender es el más fulminante anatema que contra ellas pueden lanzar, tratan de desposeerlas del alto puesto que por todos títulos les corresponde. ¿Cómo no ven que, procediendo así, rebajan á la naturaleza humana al ínfimo lugar de una pura máquina regida por causas meramente físicas, y que se rebajan ellos mismos hasta el punto de no ser sino lo que un artista mecánico,

que, para formar juicio del estado actual y de los resultados que la alteracion de cualquiera rueda puede producir, no necesita calcular los esfuerzos finales de ninguna causa de las que pertenecen al órden *metafisico*?

SEMEYÓTICA.

La *semeyótica* yace hoy en el mas lamentable estado, como se puede inferir de lo que sobre el diagnóstico y el pronóstico hemos dicho. No discutiremos ahora sobre si una parte de la medicina, de la importancia y extension de la que nos ocupa, debe reducirse á ser solo un miembro de la patología general; pero si dirémos que, dominada por el espíritu de la fisiología reinante, sería contradictorio que se ocupase de todos los grandes objetos que en siglos anteriores ha tratado. Los signos de una perfecta salud, los signos por los cuales el médico viene en conocimiento de que un hombre dado vivirá largos años y resistirá con valentía la agresion de las causas externas, no se tratan hoy en la *semeyótica*, mientras que en siglos anteriores no se desdenaban los semeyotistas de ocuparse de ellos.

Esta consideracion viene, á nuestro entender, á corroborar el carácter que atribuimos á la medicina contemporánea; pues si ésta se hubiese podido librar del yugo de las ideas que la ofuscan, hubiera observado que los hombres dotados de las mejores condiciones orgánicas, no son siempre los que mas viven, ni los que con mas probabilidades triunfan de la accion de las causas morbosas, ni de las enfermedades ya declaradas, y *vice-versa*. Y si hubiese tenido presente este hecho, sancionado diariamente por la práctica, ¿no se hubiera visto en la necesidad de tratar, como lo han hecho los autores antiguos, de los signos por que podemos reconocer la longevidad de un individuo, y de deducir, en primer lugar, que no es suficiente para formar juicio de la entonacion vital de un hombre el considerar solo la disposicion del agregado material; y ademas, en segundo,

que tras de este agregado, y sobre él, hay un ALGO que no es materia, que es el que determina los hechos de que últimamente hemos hablado? Y de no haberse ocupado en la semeiótica los médicos contemporáneos de los signos antedichos, ¿no se infiere que han despreciado ciertos hechos culminantes que el médico debe tener siempre presentes, y que el génio físico y materialista los ha dominado?

TERAPÉUTICA.

Habiéndose olvidado en fisiología, por la causa que ya hemos expuesto, el principio de la *unidad*, y la existencia de *esfuerzos finales* conservadores por parte de la *causa de la vida*, no es posible que se admitan, sin incurrir en una abierta contradicción, por la terapéutica actual, los métodos generales de curación *naturales*, ni los *imitadores*. Desconociendo la existencia del origen primitivo de toda enfermedad de *causa interna*, la *afección*, ¿qué podrán ser para ella los métodos analíticos? Los desconoce completamente. ¿Y qué lugar podrán tener los específicos en una terapéutica dominada por el génio que todo lo considera bajo el punto de vista material? Cuando las enfermedades que éstos últimos están llamados á corregir, no se consideran como *modificaciones primitivamente vitales*, no pueden ser administrados sino como agentes químicos, que, por medio de sus afinidades, regularizan la composición viciosa de los sólidos y de los líquidos. ¿Como si el médico no estuviese siempre obligado á tener en cuenta la *actividad espontánea* de la causa que produce y dirige todos los *fenómenos vitales*? ¿como si el hombre estuviese sometido exclusivamente al imperio de las leyes de la química ordinaria! Así es que, procediendo lógicamente, la terapéutica se ve obligada á no admitir, de los cinco métodos generales de curación establecidos por la escuela hipocrática contemporánea, sino los *perturbadores* y los *específicos*, arrostrando, al admitir los últimos, mil contrasentidos médicos. Y siendo esto así, ¿po-

drán los que profesan los principios organicistas, explicarse todos los hechos de curacion sancionados por la práctica? ¿Podrán dirigir la curacion de las enfermedades con todas las circunstancias que segun la naturaleza humana se requieren? De ningun modo. Siempre atentos á la *lesion material*, siempre esforzándose en vencerla á todo trance, siempre considerando la *fiebre* como sintomática y productora de los mas fatales resultados, les será imposible darse razon de las curaciones obtenidas sin médicos ni medicinas, soló por los esfuerzos de la sábia naturaleza; no podrán admitir, y mucho menos explicar, los infinitos casos, en que abunda la práctica, de enfermedades que es necesario saber respetar, puesto que son indudablemente medios *recorparativos*; perturbarán en mas de una ocasion los movimientos críticos mas saludables; y en fin, destruirán por medio de esas evacuaciones sanguíneas, administradas contra todos los preceptos de una sábia medicina, multitud de localizaciones críticas á cual mas salutífera, dejando á los enfermos en el estado valetudinario que á un acto tan impremeditado es consiguiente.

Pero digamos en honor del buen sentido práctico de la generacion contemporánea, y á la vez en comprobacion de la magnitud de los errores del organicismo, que esta escuela no ha producido los males que por su naturaleza debiera haber ocasionado. ¿Qué médico, formado en esa escuela, no ha tenido que obrar en contradiccion con sus principios cuando ha tratado de ponerlos en práctica? ¿Quién ha sido el que siempre y en todas circunstancias los ha aplicado con todo el rigor que una severa lógica exige? ¿Quién alguna vez no les ha vuelto la espalda, convencido, por decirlo así instintivamente, de la falsedad que envuelve su exclusivismo?

MEDICINA PRÁCTICA.

¿Y qué juicio formaremos de la *medicina práctica* pro-

piamente dicha? Deberémos decir de ella, que, siendo el complemento ó la última deducción de todas las demás partes de la ciencia médica, y teniendo que ser consecuente con la fisiología y con las aplicaciones que de esta ciencia se han hecho á las otras ramas de la medicina, reasume todos los defectos de que hemos hablado: que habiendo olvidado las ideas de *afeccion*, de *crudeza* y *coccion* de las enfermedades, la existencia de *enfermedades recorporativas*, y la de *esfuerzos sinérgicos* por parte de la naturaleza, ha perdido el carácter de grandeza y elevacion que en siglos anteriores la distinguía, se ha dejado dominar por las tendencias físicas y mecánicas mas opuestas á su genuino carácter, y ha apagado el génio de observacion tan necesario á todo práctico. Dirémos tambien que, viéndose en la necesidad de defender que la enfermedad está solamente constituida por el resentimiento local, y no pudiendo admitir los métodos de curacion *naturales*, los *imitadores*, ni los *analíticos*, y si solo los perturbadores y los específicos, con las restricciones antes indicadas, no le es posible ni formar *diagnósticos exactos*, ni establecer métodos curativos que satisfagan todas las necesidades de la práctica.

Pero se nos hace necesario hablar aquí de otros dos defectos de que adolece la medicina práctica. El primero consiste en estudiar las enfermedades por *monografías*, trazadas segun el espíritu que domina en la mayor parte de las publicadas en nuestros días. ¿Qué sucede en efecto actualmente por regla general? Que un autor toma, como objeto de sus investigaciones, el corazon; otro la piel; éste el aparato urinario; aquel el digestivo, el visual ó el respiratorio, etc.: describen con la mayor perfeccion imaginable, como verdaderos naturalistas, las alteraciones anatómicas que los órganos sometidos á su observacion experimentan, les imponen nombres y buscan en ellas las indicaciones curativas. No serémos nosotros los que neguemos que, fraccionando el objeto de nuestros estudios, es mucho mas fácil dominarlo: no serémos tampoco los que desconoz-

camos los importantes servicios que este orden de investigaciones prestará indudablemente un día á la medicina y á la humanidad; pero creemos con la mas profunda conviccion, que, mientras no se pongan en armonía aquellas *alteraciones* con las *modificaciones afectivas* de que no son sino manifestaciones; mientras no se investigue, teniendo presentes las necesidades de la economía humana, cuáles son útiles y por consiguiente dignas, por el papel nivelador que ejercen, de ser respetadas, y cuáles, por el contrario, deben ser consideradas como perjudiciales, será imposible que sobre ellas, consideradas *en abstracto*, pueda fundarse, si se procede lógicamente, ninguna indicacion verdaderamente médica. Creemos mas: creemos que los médicos que han emprendido tal orden de investigaciones, han despreciado, dominados por las ideas *organicistas* que los fascinan, el estudio que realmente debe preferirse, es decir, el de las afecciones vitales, estudio que puede afirmarse con seguridad es absolutamente necesario para establecer definitivamente la medicina práctica sobre los mas inmovibles cimientos.

El segundo defecto, de que nos parece oportuno hablar en este lugar, consiste en no haber hecho, por falta de diagnósticos exactos, una debida aplicacion de los multiplicadísimos medios terapéuticos, descubiertos, no solo en nuestra época, sino en todo el último período histórico de la medicina. No reconociendo, en efecto, la patología general contemporánea el hecho culminante de la enfermedad, la *afeccion*; no pudiendo reconocer, por consiguiente, la diferente naturaleza de cada una de ellas, ni hacer de las enfermedades un análisis verdaderamente *clínico*, es imposible que la medicina práctica haga un uso conveniente de los medios descubiertos. Pero de estos dos defectos de que acabamos de hablar, nos ocuparemos con toda extension, cuando hablemos de los principios profesados por la escuela de MONTPELLER con respecto al diagnóstico.

SECCION TERCERA.

Existencia real de la medicina.

RESÚMEN.

- I. Los hechos que hemos expuesto en las dos secciones anteriores, no autorizan á los escépticos para dudar de la existencia real de la medicina.—II. Contestacion á una objecion de los escépticos.—III. Contestacion á otra objecion.

Ni la diversidad de opiniones, ni la desarmonía en que se encuentran las partes de la medicina, prueban que esta ciencia no exista.

I. En una época como la que atravesamos, cuyas tendencias escépticas todos conocen, no es de extrañar que alguno, prevaliéndose de los hechos que en las dos secciones anteriores quedan expuestos, trate de dirigir sus ataques á la medicina, dude de su realidad, y quiera convencernos de que no es posible hallar la verdad en una ciencia en que coexisten las mas opuestas y contradictorias opiniones, y en que el incremento que han adquirido ciertas partes de ella, se ha verificado á expensas de las demás. Es muy de creer que los detractores de la medicina no se contenten con negar su existencia actual, sino que afirmen que, ni aún en lo sucesivo, podrá llegar á constituirse; supuesto que una ciencia que, despues de haber corrido multitud de fases, se encuentra sin embargo todavía en el estado que antes hemos trazado, es inconstructible.

No serémos nosotros los que neguemos que, mirado este razonamiento de una manera superficial, pueda fascinar á alguno; pero tenga presente aquel á quien tal suceda, que esa multitud de opiniones contemporáneas toman origen de la inobservancia de las reglas del método, de la limitacion de la inteligencia del hombre, de su deseo de ciencia, y quizás, sobre todo, de que nos hallamos en el fin de un gran periodo de la medicina, periodo en que, habiéndose hecho todas las aplicaciones posibles del génio filosófico y de las tendencias que lo han dominado, se hace necesario que

sea sustituido por otro en que dominen diversa filosofía y diversas tendencias.

En cuanto á la desigualdad que se nota en los progresos que han hecho las diferentes partes de la medicina, es preciso que se fije la atencion, que se reflexione detenidamente en la marcha que nos presenta la humanidad conquistando la ciencia. En efecto, la humanidad siempre avanza; pero no le es permitido hacerlo, por decirlo así, en línea recta: al contrario, va de un extremo á otro, verificando sus cambios de direccion en el momento en que se desengaña de que el giro que lleva, no puede darle los resultados que con la mayor ánsia desea. El sér humano, objeto de la medicina, es un sér complejo: consta de fuerzas; pero se compone tambien de materia, organizada segun el plan predeterminado de una causa final. Hubo una gran edad histórica, en que la medicina se ocupó casi exclusivamente de la resolucion de los problemas dinámicos. ¿Y podia ser de otro modo? Cuando no era dado estudiar el agregado material del hombre, por no ser permitidas las investigaciones cadavéricas; cuando las ciencias físicas y químicas aún no existian asentadas sobre sólidos fundamentos; cuando, en fin, el espíritu filosófico era antifísico, ¿podia la medicina dedicarse á estudiar con perfeccion al hombre en su parte material? No era posible.

Pero tampoco era posible que la humanidad permaneciese constantemente en la direccion dinámica. Llegó una época, presentida mucho antes por los hombres pensadores, en que todos conocieron ya la necesidad de dominar el órden físico; la filosofía varió su antiguo rumbo; se destruyeron los obstáculos que al estudio del agregado material del hombre se oponian; se perfeccionaron, como era consiguiente, las ciencias físicas; y la medicina, arrastrada por el torbellino que sobre ella se agitaba, se separó del sendero que hasta entónces habia seguido. Desde esa época hasta el presente ha venido discutiendo los problemas que están sometidos al imperio de la filosofía exclusivista que la ha domi-

nado: desde entónces olvidó lo que nuestros predecesores, lo que la sábia antigüedad estudiaba con la mayor predileccion. ¿Es de extrañar, pues, que las partes de la medicina, que hasta entónces habian sido olvidadas, saliesen de su letargo, y fuesen cultivadas con un decidido empeño? ¿Es de extrañar que, como consecuencia, esas ramas de nuestra ciencia se hayan perfeccionado, y que, supuesta la condicion humana, se hayan olvidado completamente las otras, y confundido con las que fijaban exclusivamente la atencion? ¿Nos admirarémos, en fin, de que, al leer el libro *De la naturaleza del hombre* de HIPÓCRATES, el *De las facultades naturales* de GALENO, el *De las causas ocultas de las cosas* de FÉRNEL, el de las *Controversias médicas y filosóficas* de nuestro DIVINO VALLES, y otros libros venerandos que nos han legado nuestros mayores; y al compararlos con los que da al público la escuela organicista contemporánea, la escuela mas supeditada por el genio físico que ya se encuentra en su agonía; ¿nos admirarémos, repetimos, de que en esa comparacion, se crea á primera vista hallar la prueba de que existen dos medicinas diferentes y dé índole contraria? Pero no: la medicina es una; solo que en ella se dejan ver, del modo mas manifiesto, las evoluciones que la inteligencia humana, regida por sus leyes, le ha hecho experimentar.

Si todo lo que queda expuesto en este párrafo primero es positivo, puede afirmarse con evidencia *que los hechos de que hemos hablado en las dos precedentes secciones, no autorizan al escéptico para tratar de socavar el magestuoso edificio de la ciencia médica, á tanta costa construido.*

Confirmacion

Pero si sobre este punto quedare todavía alguna duda, bastará reflexionar que veintitres siglos.... VEINTITRES SIGLOS de trabajo, en que han existido y consumido en el estudio sus inteligencias hombres como HIPÓCRATES, CELSO, ARETEO, GALENO, ORIBASIO, ALEJANDRO DE TRALLES, PABLO DE EGINA, AVICENA, FÉRNEL, LAGUNA, VALLES, BAILLOU, DURETO, VAN-HELMONT, RIVERIO, HEREDIA, SYDENHAM, TOR-

TI, F. HOFFMANN, STAHL, BOERHAAVE, BAGLIVIO, MEAD, SOLANO DE LUQUE, HUXHAM, WERLHOF, DE-HAEN, SAUVAGES, PRINGLE, HALLER, PIQUER, BORDEU, ZIMMERMANN, TISSOT, BARTHEZ, STOLL, J. P. FRANK, JENNER, GRIMAUD, PINEL, HUFELAND, J. FRANK,..... y tantos otros: *veintitres siglos* de continuas investigaciones, hechas por hombres de una inteligencia tan poderosa como la de los que hemos nombrado, y en que se han agitado por ellos las cuestiones mas importantes para la humanidad, dan por necesidad UN RESULTADO POSITIVO.

II. Si despues de lo que queda expuesto en el párrafo anterior, se nos dijese que este resultado no está todavía en armonía con el alcance intelectual de que el hombre está dotado, ó que aún no es el bello ideal á que la humanidad aspira, dirémos que esa es precisamente nuestra opinion. Nosotros, en efecto, creemos, que la medicina no ha llegado al último grado de desarrollo, á un grado tal de perfeccion, que ya no queden ningunas adquisiciones que poder hacer en ella. Creemos, por el contrario, que aún quedan multitud de problemas médicos por resolver. ¿Y quién se atrevería á afirmar lo contrario? Hasta el presente se ha estudiado al hombre por partes. El espíritu filosófico que regía los destinos de la medicina en su primera gran edad histórica, lo estudió en su parte virtual ó dinámica. El genio que ha presidido á su segunda evolucion, que á nuestro entender toca ya á su fin, no ha tenido en cuenta sino la parte orgánica. Queda, pues, por hacer un nuevo orden de trabajos; queda que considerar al hombre como es en sí, en la sublime síntesis que representa. Por consiguiente, solo está llamada á reinar en medicina, la escuela que, con un espíritu conciliador y eminentemente filosófico, pueda comunicarle estas nuevas tendencias. ¿Y qué otra que la hipocrática contemporánea podrá llevar á cabo empresa tan gigantesca?

Una objecion
de los escépticos:
Contestacion.

Pero si bien es esto positivo, no se crea por eso que la

medicina no presta los mas indudables é importantes servicios. Recuérdese lo que en la seccion anterior dijimos respecto de la higiene pública, de la toxicología y de la medicina legal. Téngase presente que la inmensa mayoría de los casos prácticos son dirigidos con conocimiento de causa, de un modo verdaderamente científico. Téngase presente en fin que, en los pocos en que no es dado al médico, en la actualidad, darse una razon satisfactoria de la totalidad del acto morboso, el verdadero médico, el que sabe confiar en los sábios recursos de la naturaleza, el médico hipocrático, encuentra en una prolija y detenida observacion de la marcha de la enfermedad y de los antecedentes del enfermo, y en la estricta observancia de una conducta moderada, circunspecta, y sábiamente expectante, el medio, no solo de no perjudicar, sino de ser en extremo útil á sus semejantes. ¿Podrán, pues, negarse los auxilios de la ciencia salutífera? No: imposible.

Otra objeccion
de los escépticos:
Contestacion.

III. Para invalidar y reducir á la nada la medicina, se valen sus detractores de un argumento que, á primera vista, parece tener algun valor, pero que, bien considerado, léjos de destruirla, sirve para probar su existencia. Fundándose en el hecho innegable de que todos los sistemas producen curaciones, deducen, del modo mas ilógico, que no existe la ciencia, supuesto que con los medios mas contrarios se producen los mismos efectos. ¿Cómo no ven los que piensan de este modo, que si con medios contrarios se producen curaciones, es indispensable admitir que existe una causa que cura á pesar de los extraviados medios que se ponen en práctica? Y si esta causa existe, si es la que sostiene nuestra economía en su estado de regularidad, á pesar de tantos medios perturbadores como nos rodean, la inteligencia humana no puede concebirla sin que esté regida por leyes especiales. Investigar tales leyes por medio de la observacion, fecundada por el racionio, es el árduo objeto de la medicina. Pero se podrá poner en duda que exista el código

de tales leyes: á los que tal crean les dirémos que hay una escuela tradicional, compuesta de los hombres mas dignos y respetables, que ha sabido librarse en todas épocas del yugo opresor de los sistemas, sin dejar de apoderarse de lo útil que en ellos se contiene; escuela que hoy está representada por las creencias que sostiene la de MONTPELLER, que puede considerarse como el santuario donde están guardadas todas las verdades que la humanidad ha sabido conquistarse, en lo relativo á la conservacion de su salud y á la curacion de sus enfermedades. Esa escuela, cual madre cuidada, recoge solícita la parte de verdad que la experiencia comprueba que existe en cada sistema, y lo funde con el caudal de conocimientos ya adquiridos; pues careciendo de todo espíritu sistemático, no tiene empeño de ninguna clase en que este ó aquel orden de ideas prospere. Solo se muestra intolerante, impaciente y aún agresiva, cuando se sostienen como únicas verdades las hipótesis mas exageradas; y aún mas quizás, cuando, con mano atrevida, se trata de socavar los cimientos ó de derruir la parte del edificio médico ya construida.

CONCLUSION GENERAL.

Los males que hoy aquejan á la medicina, resultado necesario de la limitacion de la inteligencia humana, no son, pues, irremediables. Destruir esos males es el objeto que nos proponemos alcanzar. Este objeto, á nuestro entender, podrá conseguirse, facilitando la adquisicion de una coleccion de obras que, por la índole de la *filosofía conciliadora* que en ella impera, popularice un medio, del cual se valga la generacion médica contemporánea, *para aunar en lo posible sus opiniones; para utilizar, apreciándolos en su justo valor, los recientes adelantos; para elevar las partes de la medicina, que hoy yacen en el olvido, á la categoría que*

por su naturaleza les corresponde; para afianzar la idea de la existencia real de la medicina, y en fin, para acelerar, en cuanto sea posible, la época en que se considere al hombre bajo el punto de vista sintético bajo el cual debe ser estudiado. La profunda convicción en que estamos de que esa coleccion de obras, que hemos denominado **REPERTORIO UNIVERSAL DE MEDICINA HIPOCRÁTICA**, podrá convertirse en palanca impulsiva para que se realicen esos importantes objetos, es la *causa* que nos ha llevado á acometer esta difícil empresa.



PARTE SEGUNDA.

RESEÑA HISTÓRICO-CRÍTICA DEL ÚLTIMO PERÍODO QUE HA RECORRIDO LA MEDICINA, Ó SEA EL QUE DEBE DENOMINARSE BACÓNICO-CARTESIANO. EXPOSICION DE LAS LEYES DEL PROGRESO CIENTÍFICO.

SECCION PRIMERA.

Reseña histórico-crítica del último periodo de la medicina.

RESÚMEN.

I. Causas que nos han llevado á hacer esta reseña.—II. Duracion de este período.—III. Preponderancia que, hablando en general, ha tenido durante todo él el genio de la física.—IV. Escuela de SILVIO y de WILLIS ó iatro-química.—V. Escuela de BORELLI, iatro-matemática ó mecánica: J. BAGLIVIO: H. BOERHAAVE; en teoría fué mecánico; sus contradicciones: F. HOFFMANN: sus contradicciones.—VI. Escuela de STAHL. Exposicion y crítica de las principales máximas médicas de este gran maestro.—VII. A. HALLER: sus opiniones médicas: sus contradicciones.—VIII. Exposicion y crítica del sistema de BROWN: verdades en él contenidas.—IX. Razon en que nos apoyamos para no hablar en esta reseña histórica de CABANIS ni de BARTHEZ.—X. Exposicion de las principales verdades que emitió BICHAT en sus escritos. Contradicciones en que incurrió.—XI. Exposicion de las principales ideas contenidas en las obras de BROUSSAIS. Crítica de cada una de aquellas. Beneficios que ha producido BROUSSAIS á la medicina.—XII. Exposicion de los principios de la actual escuela organicista de Paris. Objeciones establecidas contra los mismos principios, y admitidas por dicha escuela. Impugnacion de los mismos, fundándonos en las objeciones admitidas por la misma escuela. Otra impugnacion de los principios organicistas, valiéndonos de razonamientos filosóficos.—XIII. Anatomo-patologismo: sus inconvenientes y ventajas.—XIV. Escuela del contra-estímulo. Exposicion. Crítica.—XV.

Hidropatía. Sus máximas fundamentales. Crítica.—XVI. Homeopatía. Impugnación de su máxima fundamental. Algunos de sus errores, contradicciones é inverosimilitudes. Verdades en ella contenidas. Modo de ser apreciada en los diferentes países.—XVII. Causas que nos hacen no ocuparnos, en esta reseña, en la crítica de los sistemas alemanes.—XVIII. Reflexiones que nos ha sugerido el estudio del sistema que se denomina *de la historia de la naturaleza*.

Causas que nos llevan á hacer esta reseña.

I. A la manera que el médico, para curar científica y racionalmente un padecimiento, tiene necesidad de hacerse cargo de los antecedentes, para formar un exacto juicio de él, así á nosotros nos parece oportuno y racional echar una ojeada retrospectiva sobre el último período de la historia de la medicina. Por este medio se nos hará en extremo fácil manifestar las raíces que tiene el estado de la medicina actual, de que hemos hablado; y despues, conocida la índole del mal, se deducirá de un modo lógico la del remedio que exige.

Duración del último período histórico de la medicina.

II. El período que vamos á analizar principia en la época en que el cambio de método, sancionado por BACON y DESCARTES, se hizo sentir en nuestra ciencia. ¿Y cómo, perteneciendo ésta á las de observacion, no habia de experimentar la influencia de la preponderancia que aquellos dos grandes hombres hicieron definitivamente adquirir, en general hablando, á la *experiencia*, negando el exclusivo predominio que antes se concedia á la *autoridad*? Pero aun cuando dicho período, *filosófica* y *médicamente* hablando, debe terminar en BARTHEZ, desde cuya época ha debido admitirse la existencia de la *fuerza vital* como un hecho incontestable, con cuyo conocimiento debieron modificarse de un modo ventajoso todas las partes de la ciencia; no obstante, como algunas escuelas no admiten la verdad que acabamos de manifestar, por estar ocupadas en llevar hasta sus últimas consecuencias el espíritu que ha dominado á la medicina en ese período; como, aunque de derecho corresponda al eminente profesor que acabamos de nombrar, la

gloria de haber sido el regenerador del espíritu hipocrático, y el que ha sabido aplicar, de la manera mas recta, el método inductivo á la medicina, muchos médicos deben negarse á admitir estas verdades; prolongarémolos hasta nuestros días, transigiendo en este punto con sus ideas, la extension del mencionado período.

III. Causa verdaderamente admiracion el reflexionar en la tiranía que las ciencias físicas han ejercido, por punto general, desde mediados del siglo XVII hasta el presente, sobre la medicina. ¡Qué pocos hombres han tenido la dicha de poderse librar de tan pernicioso contagio! El espíritu de la época ha dominado á la mayoría, que ha considerado los cuerpos vivos exclusivamente sometidos á las influencias físicas.

Preponderancia de la física en este período.

IV. En los principios de este gran período se habia llegado hasta el punto de no ver en los fenómenos vitales del cuerpo animal mas que operaciones químicas, y de atribuir todas las funciones naturales y morbosas á la forma y á la mezcla de las moléculas de los humores, á la fermentacion, á la efervescencia, á la precipitacion y á la destilacion de los elementos químicos. Esta escuela, por consiguiente, negando los principios de todas las demás, trataba de curar todas las enfermedades á beneficio de los reactivos de la química (1). Fueron sus defensores F. SILVIO, T. WILLIS, M. KERGER, T. BARTOLINO y otros muchos, que trataron de sostenerla con el mayor entusiasmo; pero se declararon adversarios de ella GUY-PATIN, C. GUILLEMAU, A. MENJOT (de MONTPELLER) L. LEVASSEUR, R. BOYLE y H. CONRING, que, segun el testimonio del historiador de la medicina K. SPRENGEL, era el médico mas sábio de su época, y el que, no tan solo se opuso á las ideas químicas, sino que afirmó que

Escuela iatroquímica.

(1) K. SPRENGEL, Histoire de la Médecine, tom. V.

en los cuerpos vivos existen fuerzas de un orden superior, que son independientes de la forma y de la mezcla de la materia (1). Llor eterno á los hombres que, sabiéndose hacer independientes del torbellino que arrastra en pos de sí á la generalidad, tienen un temple de alma suficiente para impugnar con valentía los errores, y exponer verdades que la multitud no puede comprender.

Escuela iatro-
matemática ó
mecánica.

V. En el tiempo de que hablamos hubo otra secta de médicos, cual fué la de los matemáticos ó mecánicos. En ella se defendía que *el cuerpo del hombre y el de los seres vivos en general, eran unas puras máquinas, cuyas funciones se debían calcular por las leyes de la estática y de la hidráulica*. Las partes sólidas representaban el principal papel en esta doctrina hipotética, pero no se les consideraba sino como canales inertes; y ninguno concibió la idea de dotarlas de una clase de fuerzas diferente y superior á la *cohesion, gravedad y atraccion*, que sirven para explicar los fenómenos mecánicos (2). Su fundador J. A. BORELLI, discípulo de GALILEO, con otros ocho, discípulos tambien del mismo, establecieron en 1657 la célebre academia llamada del *Cimento*, protegida por LEOPOLDO, príncipe de Toscana. El objeto que los miembros de esta academia se propusieron, fué desarrollar la filosofía de su maestro; cultivar la física experimental, y hacer de ella aplicacion á la naturaleza en-

(1) «HERMANN CONRING, *le plus savant médecin de son temps, rejeta les médicamens alchimiques, ainsi que la médecine hermétique, et enseigne que la chimie, sous la forme qu' elle revêtait alors, devait être employée au perfectionnement plutôt de la pharmacie que de la physiologie. Il assura que les principes chimiques ne préexistent pas comme tels dans le corps animal, et qu' il existe des forces d' un ordre supérieur qui, chez les êtres organisés, sont indépendantes de la forme et du mélange de la matière.*»—K. SPRENGEL, *Histoire de la Médecine*, tom. V, pag. 80, Paris 1815.

(2) K. SPRENGEL, *Id.* tom. V, pag. 131.

tera (1). Las creencias mecánicas fueron sostenidas y propagadas por infinidad de médicos, entre los que bastará citar á L. BELLINI, S. SANDRI, F. HECQUET, J. SILVA, y últimamente PITCARN, el maestro del célebre BOERHAAVE. Todos estos médicos, hombres de una instruccion nada comun, pero deslumbrados por las tendencias del siglo en que vivían, y por la sencillez del sistema que profesaban, sostuvieron en toda su pureza el mecanicismo; pero otros, sin poder sacudir su yugo, aunque cediendo á la verdad de los hechos, se vieron en la necesidad de distinguir la teoría de la práctica.

J. BAGLIVIO.

Entre éstos, el que merece fijar nuestra atencion mas detenidamente es J. BAGLIVIO, que, aun cuando dominado por el espíritu mecánico y matemático que en su época se seguía con el mayor entusiasmo, poseía incóntestablemente un genio eminentemente práctico. Cediendo, pues, á exigencias tan contradictorias, se vió en la necesidad de verificar, del modo mas ilógico é inconcebible, la separacion de que hemos hablado. No era, en efecto, posible al gran maestro del arte, que, copiando la naturaleza, establece en la primera de sus máximas, como dato de verdadera y alta medicina, que *cuando el enfermo está mas en peligro, cuando ya tenemos agotados todos nuestros recursos, entónces la naturaleza, tomando nuevos bríos, principia nuevos actos de reparacion* (2); al que defiende con el empeño, valentía y sensatez que él lo hace, la doctrina tradicional de las *crisis*; al que en fin supo

(1) K. SPRENGEL, Histoire de la Médecine, tom. V, pag. 134.

(2) «*Medicus naturæ minister, et interpres, quicquid meditetur et faciat, si naturæ non obtemperat, naturæ non imperat. Origines namque morborum, et causæ longè abstrusiores sunt, quàm ut humanæ mentis acies, eò usque penetrare possit, sæpiusque natura novum opus exorditur, ubi conatus nostri desière.*»-G. BAGLIVUS. De praxi medica lib. I, cap. I, monitum I.

defender en el terreno de la práctica con el mayor denuedo la doctrina tradicional hipocrática; no le era posible, repetimos, subordinar á las exigencias de una teoría mecánica, como la que entonces reinaba, ofuscando las mas brillantes inteligencias, los millares de hechos que todo médico puede observar. Esos hechos, á cual más, destruyen por su cimientto las suposiciones gratuitas, que, erigidas contra todas las leyes de la lógica en principios inconcusos, constituyen el fondo de la creencia que discutimos. Si este gran médico hubiese pensado detenidamente en el cúmulo de consecuencias que se desprenden con la mayor naturalidad de la sublime proposicion por él emitida, y que nosotros acabamos de citar, no se hubiera visto obligado á separar irreflexivamente lo que la humanidad en masa une con indisoluble lazo, la *teoría* y la *práctica*.

¿En qué máquina, en efecto, se observa el grandioso é imponente fenómeno de desarrollar sus fuerzas, hasta entónces latentes, y, por medio de un acto de esta clase, sobreponerse al inapelable fallo de destruccion que sobre ella gravitaba, y reconstituirse hasta el punto de adquirir en muchas ocasiones una energía y una actividad antes desconocidas? Si para que este efecto se produzca, no hay necesidad de que intervenga ninguna otra causa extraña; si muchas veces coexiste el ocaso de la vida anterior con la aurora de un nuevo modo de ser mas vigoroso y mas fecundo por consiguiente en resultados, ¿no estaremos muy en nuestro lugar exigiendo de la secta mecanicista que nos presente una máquina inerte, una sola, que esté movida por las leyes físicas, y en que se observen tan sorprendentes fenómenos? Afirmémoslo sin el menor temor de equivocarnos: la máxima de BAGLIVIO, que hemos copiado, es tan fecunda, contiene en sí tales verdades, que sin la menor violencia se deduce de ella la division de las causas experimentales en *físicas* y *biológicas*, por nosotros antes admitida. Si se hubiese detenido el excelente autor de quien nos ocupamos, á inferir las deducciones que hemos indicado, se hubiera hecho superior,

como CONRING, al ímpetu devastador de las opiniones de su época, y no se hubiera visto obligado, cediendo por una parte á éstas y por otra á sus inspiraciones prácticas, á autorizar con su nombre el violento y extravagante divorcio entre la teoría y la práctica que él sancionó. Pues qué, ¿toda teoría, que tenga las cualidades científicas que deben adornarla, no es inducida de los hechos? ¿No es construida por el método que se eleva de los hechos contingentes y particulares á la ley que los domina? ¿Y la práctica qué es, sino la aplicacion de estas leyes ó principios generales á los hechos que por ellos están dominados? Desengañémonos; si BAGLIVIO hubiese pensado en las consecuencias de que antes hemos hecho mérito, las cuales están sin duda contenidas en su máxima antes citada, no se hubiera degradado hasta el punto de creer que sin principios científicos, sin una verdadera teoría, puede practicarse debidamente, no de un modo rutinario, empírico en la verdadera acepcion de la palabra, y confiando en las eventualidades de un acertar por errar, la medicina, que, á no dudarle, considerada de este modo, perdería su importancia á los ojos de cualquier hombre reflexivo. Pero á qué nos cansamos? Si la medicina tiene un indudable valor á los ojos de la sociedad, á los ojos de esos mismos que desprecian toda teoría, no es sino por ésta y por el conocimiento de los principios que suponen en el médico, por lo que la respetan y le tributan homenaje. Si así no fuera, á cualquier hombre, aún al mas indocto, que hubiese visto gran número de enfermos, se apreciaría á la par del verdadero médico. Si finalmente BAGLIVIO se hubiera detenido á reflexionar en el sentido profundo de la proposicion de que nos estamos ocupando, supuestas las excelentes tendencias prácticas que le caracterizan, se hubiera puesto al nivel de los grandes hombres que le han sucedido; é indudablemente, aun cuando él, sin conocerlo, hacía fructífera la práctica por los principios; habiéndolo hecho sin contradiccion y con conocimiento de causa, hubiera sido una de las primeras lumbreras de nuestra sublime ciencia.

Causa ciertamente la mas profunda consternacion el reflexionar en el inmenso poderio que sobre todas las inteligencias, aún las dotadas de un temple como la de BAGLIVIO, ejercen las creencias que se profesan y agitan en una época dada. ¡Es tan limitada la inteligencia humana! ¡es tánta la necesidad que tiene de ir de extremo en extremo, siempre por partes conquistando la verdad!

H. BOERHÁAVE.

Prosiguiendo la enumeracion de los autores que pertenecen á la escuela mecánica, debemos ocuparnos del célebre H. BOERHÁAVE, que fué menos inconsecuente que BAGLIVIO, bajo el concepto de no separar la teoría de la práctica. Pero en cambio, ¡cuántas contradicciones, que éste evitó estableciendo ese divorcio!

En teoría fué
mecánico.

En teoría fué mecánico, como lo comprueban las citas siguientes: 1.^a *Las funciones no se ejecutan ni son explicables, sino por las leyes de la mecánica (1)*: 2.^a *Las fuerzas vitales dependen del movimiento de los humores que por los vasos se verifica (2)*: 3.^a *El corazon es la principal causa de los movimientos que nos sirven para poder calcular la energía de las fuerzas vitales (3)*: 4.^a *La máquina humana es explicable por las mismas leyes geométricas que lo es el cuerpo inerte (4)*: 5.^a *Ó estamos condenados á no saber nada*

(1) «*Facultas exercendi hos motus per illa instrumenta FUNCTIO dicitur; quæ lege mechanica fit, et per eam tantum explicari potest.*»—BOER. Instituciones, par. 40.

(2) «*Quæ ritè examinatæ (vires vitales) deprehenduntur pendere à motu humorum per vasa superstitæ; qualiscumque ille fuerit.*»—Id. par. 1077.

(3) «*Quum vero cor sit causa princeps omnium illorum motuum, unde VIRES VITALES æstimantur, &c.*»—Id, par. 1095.

(4) «*Eadem igitur lege, qua mathematicum illud (corpus) et humana hæc machina explicabilis arti geometricæ erit.*»—De usu ratiocinii mechanici in medicina.—BOER. Opera omnia, editio Matrini anno MDCCXCVI, tom. 1, pag. 381.

científicamente, ó, para conocer y dirigir el cuerpo humano, debemos dar la preferencia á la mecánica (1).

Nos parece oportuno poner en contraposición con las citas que acabamos de hacer, otras que comprobarán de un modo evidente que si BOERHAAVE, mientras hablaba como teórico, pagó su tributo al siglo en que vivió, cuando llegaba al terreno de la práctica se presentaba como un digno miembro de la respetable familia hipocrática. *La causa (dice) que cura las enfermedades á beneficio de los medicamentos, es la VIDA que aún queda en el enfermo, y el temperamento del mismo: cuando la vida es inactiva, todo medicamento es ineficaz (2). La naturaleza tolera perfectamente lo que tiene costumbre de experimentar, y no se presta á sufrir la acción de lo que no le ha sido familiar (3).* Después de tratar de la fiebre en general, saca este corolario que domina su piretología: *Luego la causa de la fiebre consiste en la mayor velocidad de las contracciones del corazón; luego es una AFECION DE LA VIDA, de la vida que se esfuerza por alejar la muerte, lo mismo en el período del frío que en el del calor (4).* ¿Quién podrá poner en armonía proposiciones tan contradictorias? Ensáyelo quien guste, pues nosotros estamos convencidos hasta la evidencia, de que el sér que se esfuerza por conservar su existencia, el sér que está sometido á la influencia de las leyes del hábito, el sér en fin que

Sus contradicciones.

(1) «*Quare, aut ex omnibus his nihil lege scientiæ deduci poterit unquam, aut soli mechanicæ in cognoscendo, adeoque et in gubernando corpore humano palma tribuenda erit.*»—Id. id. pag. 382.

(2) «*Causa curans per remedia morbos est VITA SUPERSTES, et propria cuique temperies, illa deficiente iners medela.*»—Institutiones, par. 1086, axioma 6.

(3) «*Natura gaudet consuetis, ægrè fert insolita quæque.*»—Id. id. axioma 11.

(4) «*Ergo velocior cordis contractio. Igitur AFFECTIO VITÆ CONNANTIS mortem avertere, tam in frigore, quam in calore.*»—Aphorismi de cognoscendis, et curandis morbis, par. 573.

necesita disponer de cierto grado de fuerzas, fuerzas que en mil ocasiones solo son *potenciales*, para que las medicaciones tengan un efecto saludable, no está sometido á las leyes que rigen la materia bruta, á esas leyes cuyos efectos se preven siempre y en todas circunstancias con la mayor exactitud por el cálculo mecánico ó geométrico. Con tanta mas razon afirmamos esta verdad, cuanto que la observacion diaria nos lleva invenciblemente á admitir en el sér humano la *opresion* y la *resolucion* de las fuerzas vitales, estados que suponen en ella la subordinacion á leyes contrarias á las que rigen el mundo de los séres meramente físicos.

F. HOFFMANN.

Muy análogo al mecanicismo de BOERHAAVE es el sistema de F. HOFFMANN. Este autor, en efecto, al dar la definicion de la *vida*, definicion que él considera como el fundamento de toda la medicina teórica y práctica, nos dice: que *la vida no es otra cosa, que el movimiento de la sangre y de los humores, cuyo movimiento nos libra de la corrupcion por medio de las secreciones y excreciones, y dirige todas las funciones de nuestro cuerpo* (1).

Despues de haber hablado de las atribuciones de nuestra alma, niega del modo mas terminante *que ella sea la que intervenga en la produccion de los movimientos vitales y naturales; pues con tal que el hombre se halle moralmente tranquilo, y nada le perturbe, todos esos movimientos son efectos de causas corpóreas, sobre las que impera la mas fatal necesi-*

(1) «*Vita nihil aliud est, quam motus sanguinis et humorum in circulum abiens, á systole ac diastole cordis et arteriarum omnisque generis canalium ac fibrarum, sanguinis ac fluidi nervei influxu sustentata, proficiscens, qui secretionibus, et excretionibus corpus ab omni vindicat corruptione et omnes ejus funciones gubernat.*» — Medicina rationalis systematica. Tom. I, præfatio, pag. 6.

sidad; causas que, por lo tanto, son mecánico-físicas (1).

Al ocuparse de la necesidad de la medicina, y despues de hablar de los beneficios que produce á la humanidad, nos dice: *Todos los razonamientos que no se funden en la anatomía, ó en la física que se apoya en experimentos mecánicos ó químicos, deben despreciarse, desterrándolos por consecuencia del dominio de la medicina, casi con tanta razon como cualquiera especie de hipótesis ó ficciones* (2).

Podríamos, si no temiéramos ser difusos, copiar, extraidos de sus obras, infinidad de textos que comprobarían mas y mas lo mismo que los tres citados; es decir, que, en el concepto de HOFFMANN, la vida está regida por causas *mecánico-físicas*, y que, como ellas, obra de un modo necesario. Hace, por consecuencia, del sér humano una pura máquina que, puesta en movimiento por ese flúido tenuísimo y elástico, contenido, segun él, en los pequeños tubos que componen las membranas y los nervios, y en la misma sangre, no puede dejar de obedecer de un modo constante, como todos los cuerpos regidos por causas análogas, á la impulsion que reciben del exterior.

Mas si cediendo á las exigencias de su sistema, sostuvo en teoría proposiciones tan contrarias á lo que de la mas detenida observacion debe inferirse; sus escritos, como en compensacion, abundan en máximas que á la vez destruyen

Sus contradicciones.

(1) *«Sed tamen, quod hoc principium (id est, anima) omnes motus, præsertim vitales ac naturales, qui præcipuum medici et medicinæ objectum, efficiat, illud est, quod in totum negamus, firmiter statuentes, cætera omnia, quæ in corpore humano secundum naturam contingunt, ex causis mere corporeis et necessario agentibus, id est mechanico-physicis, proficisci, si modo animi tranquillus ac pacatus status, qui nihil turbet, accedat.»*—F. HOFFMANNUS. *Medicina rationalis systemática*. Tom. I, prefatio, pag. 20. Venet. anno MDCCXXX.

(2) *«Unde semper in ea fui sententia, omnes rationes, nisi ex scientia anatomica, vel physica quæ experimentis mechanicis et chymicis nititur, depromptæ fuerint, tanto magis hypotheses et fictions, explodendas esse ac penitus è medicina proscribendas.»*—*Medicina rationalis systemática*. Tom. I, prefatio, pag. 18.

todos los pensamientos físico-mecánicos, semejantes á los que quedan expuestos, y son la expresion de lo que diariamente nos muestra la experiencia. Tales máximas son y serán eternamente respetadas por el médico que, inspirado por el genio de su ciencia, desprecie las especulaciones sistemáticas, y anteponga á todo las proposiciones fundadas en una constante é imparcial observacion, proposiciones que serán verdaderas, miéntras permanezcan invariables las leyes á que la naturaleza humana está sujeta.

Para convencerse de lo que hemos dicho, podrá el lector reflexionar en los conceptos siguientes, dictados por la misma inteligencia que emitió los anteriores. Hablándonos de los oficios que ejerce en el hombre eso que él, con los autores hipocráticos antiguos, llamó NATURALEZA, y que nosotros denominamos del mismo modo, ó bien *causa de los fenómenos vitales*, dice: *La NATURALEZA PROVIDENTE se esfuerza constantemente en apartar todo lo que se opone á la conservacion de la salud; estableciendo nuevos emuntorios para la expulsion de los materiales dañosos (1)*. Cuando nos habla del modo de producirse las curaciones, se expresa del modo siguiente: *Tanto la autoridad de los antiguos, como una detenida observacion, demuestran que multitud de padecimientos, aún de los mas graves, se curan espontáneamente, solo por los esfuerzos de la naturaleza, y que esta NATURALEZA ES LA PRIMERA DE TODAS LAS MEDICINAS (2)*. Ha-

(1) «*PROVIDENS NATURA maxime in eo occupata est, ut omne nimium, quod sanitati insidiatur, è corpore proscribat. Atque hinc nocentem materiam non modo ordinariis motibus aggreditur, sed et novas sæpe et insolitas affectat vias, quibus, vel qualitate, vel abundantia, sibi molestos humores è corpore protrudere et amoliri possit.*»—*Medicina rationalis systematica*, tom. I. lib. II, cap. VIII, par. XXVI.

(2) «*Et hoc est quod veteres voluerunt, et quod etiam ipsa attentá confirmat experientia, plures nempe et graves etiam ægritudines, sponte solius naturæ viribus, sine peculiari medici auxilio, sanescere, et NATURAM OPTIMAM MORBORUM ESSE MEDICATRICEM.*»—*Medicina rationalis systematica*, tom. III, sect. II, cap. II, par. I.

blándonos finalmente de la obligacion en que el médico está constituido de respetar y secundar los movimientos de la naturaleza, emite la máxima siguiente: *Todos los esfuerzos del médico, todas las indicaciones que por él sean establecidas, deben fundarse en la observacion de los procedimientos que sigue la naturaleza en sus actos reparadores, y no deben tener otro objeto que observarlos, seguirlos y ayudarlos, para colocar á la misma en el camino de la curacion (1).*

Nunca concluiríamos si tratásemos de exponer todas las grandes máximas que, deducidas de la mas severa observacion de los fenómenos fisiológicos y patológicos del sér humano, se contienen en las obras del autor de quien hablamos; máximas que, á no dudarlo, son el mas sólido fundamento de la medicina práctica, y que él supo extraer con el tacto mas exquisito de las obras de sus predecesores.

Pero cuántas inconsecuencias se observan en la suya! ¡cuántas contradicciones, hijas de las exageraciones sistemáticas que admitió para explicar los fenómenos de la economía humana!

Nosotros creemos, y nos parece que nadie que reflexione disentirá de nuestra opinion, que una vez admitida una *naturaleza providente*, como HOFFMANN la admite, y como los hechos fuerzan invenciblemente á admitirla á todo atento é imparcial observador, es contradictorio afirmar que los fenómenos vitales están sometidos á *causas mecánico-físicas*, supuesto que éstas obran siempre de un modo necesario. Nosotros creemos que la vida no puede ser considerada á la manera que lo hace el autor que nos ocupa, es decir, *como identificada con el movimiento circular de la sangre y de los*

(1) «*Ut adeo in eo jam unice omne medentis auxilium, omnis intentio ac sanandi ratio fundata esse et consistere debeat, quo methodum naturæ, si in materia subsistente dissolvenda atque expedienda, acri emendanda et temperanda demumque debito tempore, per convenientia loca expellenda, occupata est, observet, sequatur, adjuvet ac in rectam viam ad salutarem finem traducat.*»

—Medicina rationalis systematica, tom. III, sect. II, cap. I. par. XII.

humores, procedente del impulso que les comunican el corazón y los vasos; pues de ser así, deberíamos por necesidad concebir una exacta y constante proporción entre la intensidad del movimiento humoral, y la misma vida. Pero ¡cuántas reflexiones, sugeridas por los hechos, vienen en tropel á desmentir tal aserto! ¿Cómo, en efecto, podrémos admitirlo, si tenemos presentes los períodos de la evolucion embrionaria? En ella observamos que, antes que se eche de ver señal alguna que nos pueda indicar la existencia del centro circulatorio, ni de los vasos que con él tienen inmediatas relaciones, se ostentan en toda su grandiosa actividad los movimientos que nos revelan que la causa que les da origen ya existe. El movimiento de la sangre, producido por el impulso que le comunica el corazón, no puede ser por consiguiente la causa primordial de los fenómenos vitales. Y de ello nos convencerémos aún mas, si paramos nuestra atención en el peligro casi insignificante que corre el hombre, acometido de un estado sincopal ó lipotímico accidental, comparado con el gran riesgo de perder la existencia á que está expuesto el que padece un estado agudo adinámico, siendo así que, en la suposición de HOFFMANN, se debiera observar todo lo contrario. ¿No está, con efecto, en el primer caso disminuida en extremo ó suspendida completamente la circulación, y en el segundo, por el contrario, en alto grado acelerada? ¿Y cuál es la causa que influye para hacer que en el primero todas las probabilidades estén en favor del restablecimiento de los actos vitales, y que en el segundo anuncien una terminación funesta? Esa causa no es sino el diferente estado de la naturaleza, que en el síncope accidental dispone de todas sus fuerzas potenciales, y en el estado adinámico febril, lánguida, abatida, consume con sus impotentes esfuerzos, en su propia destrucción, los débiles destellos que de las fuerzas en reserva aún le quedaban.

Si alguno pudiera aún inclinarse á creer que el movimiento humoral es, no el efecto, sino la causa de la vida, que eche una ojeada atentamente observadora sobre los ca-

esos que nos presenta la práctica, en los que falta completamente el pulso *arterial* y *cardíaco*, coincidiendo tal estado con el *ejercicio de las facultades intelectuales* y *locomotrices*. Ocho días antes de escribir estas líneas, hemos observado un caso de esta clase; y, lo decimos con la mayor verdad, nos produjo una emoción de las más fuertes y profundas que hemos experimentado, pues en toda nuestra práctica no habíamos observado un hecho que, bajo este concepto, fuese más significativo. ¿Y no había de producir una impresión profunda el observar á un hombre acometido de repente de una perforación gástrica, que, yerto, sin pulso radial ni carotídeo, sin observarse el más mínimo ruido en la región precordial, con la cara exánime ó *hipocrática*, en una palabra, en la agonía menos dudosa, se presentaba, no obstante, con su inteligencia íntegra, no solo ejecutando movimientos en la cama, sino aún bajándose de ella en las ocasiones que le fué necesario? Todas las declamaciones, todas las aseveraciones de los mecánicos como HOFFMANN, de los organicistas como BICHAT, BROUSSAIS y sus sectarios, se estrellan impotentes ante observaciones de esta clase. ¿No defiende la escuela organicista que el cerebro, *causa*, según ella, de los fenómenos intelectuales y morales, debe ser regado por una sangre que, por la fuerza con que circula y por sus cualidades, esté en estado de excitar dicha víscera? ¿Y cuál era la que regaba el cerebro del enfermo á que hemos aludido? ¿y quién hacía que, en medio de un trastorno material tan evidente, se conservara íntegra la inteligencia y la locomoción? Hechos iguales á éste han sido observados por infinidad de prácticos, y no há mucho que un digno profesor de esta capital, tan reflexivo, observador y veraz, como dotado de un genio práctico incontestable, nos habló de un hecho análogo, observado por él en consulta, cuyas circunstancias eran idénticas á las del que nosotros presenciábamos y de que acabamos de hablar. Aun cuando no abundan tales hechos en la práctica, son muy frecuentes aquellos en que, abatido en su energía, aunque no totalmente bor-

rado, el círculo sanguíneo, se sostienen sin embargo ilesas las facultades intelectuales y locomotrices; y esos hechos son suficientes para destruir la hipótesis gratuita de F. HOFFMANN; puesto que, si el movimiento circular de la sangre y de los humores fuese la *verdadera causa* de los actos vitales, se observaría constantemente entre éstos últimos y aquel movimiento, la exacta proporción que para establecer la relación causal se necesita.

Nosotros creemos, finalmente, que si, como nos dice el autor de quien hablamos, repitiendo lo que ya nos había dicho HIPÓCRATES, y corroborando lo que todo médico práctico tiene ocasión de comprobar diariamente, *la naturaleza es el principal de todos los medios de curación*; es imposible, sí, absolutamente imposible, admitir, con el mismo autor, que deban ser desterrados de la medicina, con las hipótesis y ficciones, todos los raciocinios que no se apoyen en experimentos mecánicos y químicos; pues si así fuese, es seguro que aquella proposición, que todo médico digno de tal nombre respetará como inconcusa por ser emanada de la más exacta e imparcial observación de los hechos, habría de llevar por necesidad los caracteres de la mecánica y de la química, en que, según el aserto de HOFFMANN, debiera apoyarse para ser verdadera. ¿Y quién puede ignorar que la verdad mencionada no se cimienta en ninguno de aquellos experimentos? Solo la observación del hombre, constituido en estado patológico, y el éxito de sus enfermedades, han podido ser el fundamento de tal proposición. ¿Y cuánta no es la distancia que existe entre la observación clínica y las experimentaciones mecánicas ó físicas!

Exposición
de las princi-
pales máxi-
mas médicas
de STAHL.

VI. En la misma época en que F. HOFFMANN daba al público y defendía su sistema, apareció J. E. STAHL, que, partiendo del principio de que el cuerpo humano, en calidad de tal, no tiene las fuerzas necesarias para moverse, y debe ser siempre impulsado en todos sus actos por sustancias in-

materiales; subordinó todos los hechos de la vida á la influencia de la causa psíquica; reconoció la *finalidad* de la causa productora de los movimientos orgánicos; se opuso de la manera mas enérgica al espíritu mecánico y materialista que en su época tiranizaba las inteligencias; dió á conocer con la mayor exactitud, las diferencias esenciales que existen entre los fenómenos dirigidos por las causas físicas, y los regidos por las biológicas; se dedicó, admitida y comprobada por él la finalidad característica de la causa de los actos vitales, á patentizar que muchos estados patológicos son medios críticos de que aquella se vale para hacer que nuestra economía adquiera el grado de desarrollo que le corresponde; finalmente, siendo su sistema de los que mas en armonía están con las *sublimes miras hipocráticas*, admitió y siguió, sin contradecirse, las máximas prácticas establecidas por los clásicos de los siglos anteriores. Defendiendo tales verdades, hizo á la ciencia un servicio, que, si la generacion entónces existente no supo ó no pudo graduar, la presente debe y puede apreciarlo en su justo valor.

STAHL desempeña, en efecto, á los ojos del hombre reflexivo, una de las mas grandes y difíciles misiones que en el último período del desarrollo del pensamiento médico podían cumplirse.

Digno sucesor de HIPÓCRATES, y legítimo antecesor del ilustre BARTHEZ, supo, como uno y otro, sostener con la mayor convicción, y probar de la manera mas lógica, que en el ejercicio de los actos vitales, tanto fisiológicos como patológicos, hay siempre tal *encadenamiento*, tal *finalidad*, tal *tendencia en fin á conseguir un objeto*, que se puede asegurar que estos caracteres son inseparables y constitutivos de la misma vida. Esta verdad es de suma trascendencia, y puede considerarse como el mas firme apoyo de la práctica hipocrática, y la base esencial de la medicina. ¿Qué sería, en efecto, esta ciencia sin ella....? Ó un tejido de contradicciones, como ya lo hemos visto al hablar de los autores mecánicos, que, aun cuando en teoría la despreciaron, no pu-

Importancia
de la mision
de STAHL.

dieron dejar de aceptarla implícitamente, cuando se limitaron á exponer los fenómenos observados en el hombre ya sano ya enfermo, ó cuando se dirijieron á establecer las leyes de la práctica; ó un arma homicida, siempre que, consecuentes consigo mismos, han querido dirijir los actos patológicos y fisiológicos del hombre, como si fuesen gobernados por una causa meramente física, ó que obra sin objeto y al acaso.

En la época en que este gran médico dió á luz sus escritos, por efecto de una multitud de concausas que despues expondrémos y tratarémos de valuar, las tendencias físicas tiranizaban todas las inteligencias, aún la de los médicos mas eminentes; tendencias que solo podian ser conmovidas por los razonamientos y la decision de un hombre que, como STAHL, no perdía ocasion de hacer ver á sus adversarios las contradicciones en que abundan las creencias contrarias á las que él sostenia. De aquí el haber perdido en parte su dominio exclusivo las puramente *mecánicas* despues de publicadas las obras de este ilustre médico, como lo comprueban las de muchos escritores posteriores á STAHL, en las cuales ya están reunidos el *animismo* de éste y el mecanicismo de BORRELLI en proporciones diferentes, segun el genio de cada uno.

Dificultades
que supo ven-
cer este gran
maestro.

Si STAHL representa un papel grande en la historia de la medicina del siglo XVIII, no fueron menores las dificultades que tuvo que arrostrar y vencer para desempeñarlo con la dignidad que él lo hizo. Para convencernos de ello, basta echar una ojeada sobre la influencia tiránica que la filosofía cartesiana ejercía en aquella época sobre todas las inteligencias. En efecto, como uno de los principios culminantes de ella era el de que todas las funciones humanas estaban sometidas á las leyes de la física y de la química, exceptuando solo las intelectuales, por ser dirijidas por el alma; de aquí la infinidad de antagonistas que contra STAHL se pronunciaron, y los grandes debates á que sus escritos dieron lugar.

La generacion médica actual, distante ya mas de un siglo de la época en que se sostuvo esta lucha científica, y concedora además de las causas que la motivaron, puede erigirse en juez de unos y otros contendientes; y al hacerlo, proceder con la imparcialidad que asuntos de esta clase exigen, y con la suma de datos competentes, suministrados los unos por los acontecimientos médicos ulteriores, y los otros por el conocimiento del carácter de la filosofía de aquella época.

Critica de las ideas Stahlianas.

La medicina actual puede, pues, sin temor de equivocarse, afirmar que el ilustre autor que nos ocupa hizo dos grandes servicios á nuestra ciencia, servicios que no debemos olvidar, los cuales fueron: primero, oponerse con toda la perseverancia y firmeza de que un hombre es capaz, al predominio que en el ánimo de la inmensa mayoría de los médicos, ejercian, en aquellas circunstancias, los principios antimédicos de DESCARTES; segundo, haber conservado y defendido el principio establecido y sostenido por los médicos de la mas remota antigüedad, cual era el de que en el hombre existe una potencia que en sus operaciones es final; deduciéndose de ese principio las consecuencias mas ventajosas para la práctica.

Servicios prestados por STAHL á la medicina.

Mas, aun cuando todo esto sea positivo, nos es imposible dejar de conocer, con los críticos de la época actual, que los argumentos de los adversarios de STAHL, que fueron F. HOFFMANN, A. HÁLLER y otros, no solo eran muy fundados, sino que ni el mismo STAHL, ni sus mas excelentes y decididos discipulos, CARL, COSCHWITZ, GOHL, ALBERTI, ni JUNKER, contestaron á ellos de un modo satisfactorio. Apoderados, en efecto, los enemigos de las opiniones del autor de quien nos ocupamos, del aserto que sirve de fundamento á su sistema, es á saber: *que la causa psíquica es la única causa de todos los fenómenos observados en el hombre, incluso los vitales y naturales*; y deduciendo con lógica inflexible las consecuencias legítimas que en él están contenidas, era imposible, tanto al maestro como á los discipulos, cons-

Razonamientos dirigidos contra STAHL.

tituidos en el terreno propio del médico, en el experimental, quedar victoriosos en la defensa que de sus opiniones hicieron. ¿Cómo en aquel entonces habian de triunfar de los argumentos siguientes, dirigidos contra el *stahlianismo*; cuando al presente, y á pesar de los adelantos de un siglo, aún no se puede contestar á ellos, siempre que el médico no abandone el círculo en que únicamente le es permitido girar, el de la observacion fecundada por los principios racionales? ¿Y qué sería de la medicina y de la humanidad, si ese círculo se abandonára?

Si una sola causa, dijo F. HOFFMANN, es la que preside á la produccion de todos los actos que en el hombre se observan; si, como lo afirma STAHL, las funciones orgánicas dimanan de la misma causa que á los actos psicológicos da origen; ¿cómo la *voluntad*, que en los segundos tiene tan grande influjo, no ejerce papel de ninguna clase en las primeras? Cualquiera conoce la fuerza incontestable de este argumento. Pero no es el único. Aún insiste HÁLLER contra STAHL, y le dirige el razonamiento siguiente: ¿cómo es posible que, dimanando las funciones orgánicas y los actos psicológicos de una sola causa; debiendo, por consiguiente, lo mismo las unas que los otros, tener los mismos caracteres, no estén igualmente sometidos á la esfera de accion de la *conciencia*, de ese sentido íntimo con cuyo auxilio somos sabedores de lo que pasa en las profundidades de nuestro yo? Además, en la suposicion stahliana, es imposible explicar: primero, cómo se pueden ejercer libremente todas las funciones vitales cuando existe el mayor trastorno y perversion en los actos anímicos, segun se observa en varios estados de enagenacion mental: segundo, cómo en ciertos estados graves, en el cólera por ejemplo, cuando el enfermo está próximo á espirar, cuando todas las funciones vitales están en el mayor grado de perversion, cuando ni por el pulso, ni por la respiracion, ni por la calorificacion, ni por la fisonomía, ni, en una palabra, por ninguno de los signos que el médico debe tener presentes para formar jui-

cio del estado de profunda inversion de las fuerzas vitales, podemos concebir la mas mínima esperanza de curacion; sin embargo, en semejantes circunstancias se sostiene, en ocasiones, la inteligencia en su estado de integridad.

Aún hay mas: con extraordinaria frecuencia el hombre se ve agitado á la vez por dos sentimientos enteramente opuestos, que indican de un modo positivo, que las causas que los originan no pueden ser de una misma naturaleza. ¿Quién, en efecto, no ha experimentado el conflicto en que nos encontramos cuando á la vez estallan y luchan las sugerencias instintivas de éste ó de aquel género, y la voz imperiosa de la razon, la cual, aún en los casos en que no triunfa, se hace siempre oír en el fuero interno de nuestra conciencia? Hechos de una índole tan diversa, hechos tan contradictorios, ¿podrán dimanar de una sola causa? ¿Ni podrán reconocer tampoco un solo origen los fenómenos tan opuestos que nos presentan los estados afectivos, denominados por el sábio profesor LORDAT *morosofias*, como la *rabia*, en la cual, como todo médico sabe, existen á la vez la tendencia á morder, el conocimiento de los efectos que un acto de esta clase debe producir, y el deseo de evitarlos?

Últimamente, nosotros por ningun medio podemos eludir la accion de las causas morbosas, cuando ya han principiado á producir sus efectos, ni hacer que nuestro órden funcional orgánico tome este ó aquel giro, ni podemos en fin observar lo que pasa en el interior de nuestro organismo. ¿Cuántas diferencias entre el órden vital y el anímico, de que hasta el presente no nos es posible darnos razon *experimentalmente*, si no admitimos mas que una sola causa!

El conjunto de estos argumentos, y cada uno de ellos tomado aisladamente, tiene una fuerza incontestable. Fundados en la observacion, tanto interna como externa, fecundada por la razon, se sostendrán en toda su fuerza, aun cuando alguno quiera, para sostener la hipótesis *stahliana*, apoderarse de los especiosos razonamientos de SWAMMERDAM ó de C. PERRAULT. Estos autores, por haber dado al

Solidez de estas objeciones

público sus obras con anterioridad á la época en que aparecieron las de STAHL, son considerados por SPRENGEL, á nuestro entender con razon, como predecesores de aquel ilustre médico; puesto que sus aserciones conducen casi de un modo necesario á la hipótesis stahlina. El primero, en efecto, afirmó que, entre los movimientos voluntarios é involuntarios, no hay diferencia alguna; y los reduce todos al órden de los primeros. El segundo defendió que la mayor parte de los movimientos orgánicos, si no son percibidos por la conciencia, es solo por la poca atencion que nuestro yo les presta. Pero ¿en qué pudieron fundarse ni el uno ni el otro para sostener sus asertos? Nadie podrá dudar del apoyo que las ideas de SWAMMERDAM y de PERRAULT hubieran ofrecido á la hipótesis stahlina, si se hubiesen podido sostener como verdaderas; pero rechazadas por la conciencia y por la reflexion como falsas, ¿qué otra cosa prueban, sino que, cuando un médico se coloca en la triste posicion de verse obligado á sostener una idea que no es el producto de una escrupulosa observacion de los hechos, y sí solo, una ficcion hija de un esfuerzo imaginativo, las proposiciones mas repugnantes al buen sentido son presentadas con una conviccion y firmeza, que pueden arrastrar la creencia del hombre irreflexivo, y conmovier por el pronto la del mas severo y circunspecto?

Consecuencia.

Despues de lo que llevamos dicho, nos parece que no es aventurado afirmar que STAHL, *admitiendo una sola causa para explicar todos los hechos que en el hombre se observan, procedió contra las leyes del método inductivo, de la filosofía de la naturaleza; estableció una hipótesis que, aún al presente, es insostenible en el terreno experimental, y, por consecuencia, se excedió de los límites á que debe circunscribirse todo médico.*

Confirmacion de la consecuencia precedente.

No se crea que, al afirmar la proposicion que antecede, olvidamos el principio de filosofía natural que nos impone la obligacion de reducir todo cuanto sea posible el número de las causas productoras de los fenómenos: *«En vano se hace*

por poco lo que puede hacerse por menos (1).» No desconocemos que este axioma se funda en la economía con que la naturaleza procede en la multiplicacion de las causas, ni que pudiera ser invocado por los monodinamistas stahlianos á favor de su creencia: tampoco se nos oculta ese principio que obliga á todo el que se vea en la necesidad de investigar las causas productoras de los fenómenos sometidos á su observacion, á no defender como tales, sino «*las que sean absolutamente indispensables para poderlos explicar* (2),» principio que el filósofo, el naturalista, el médico, tienen obligacion de no olvidar jamás. Pero como los mencionados principios no nos obligan á abjurar del que la razon nos impone, por el cual concebimos constantemente «*una exacta proporcion cuantitativa y cualitativa entre el efecto y la causa que lo produce* (3):» como nos sea imposible proceder en ninguna investigacion causal, sin que nos veamos precisados á hacer aplicacion de este tercer principio; como á pesar de que en muchas ocasiones nos vemos en la necesidad de disminuir el número de las causas que al principio hemos admitido para explicar una especie determinada de fenómenos, esto solo se verifica cuando entre ellos existen tales analogías, tales puntos de contacto, que, prescindiendo de lo que en los mismos fenómenos hay de accidental, podemos concebir una causa de órden superior que á todos los domine, quedando, en su consecuencia, en un lugar secundario las que al principio eran primarias; como, solo cuando se ha reunido un número suficiente de estas analogías, es cuando estamos legítimamente autorizados para elevarnos, en las ciencias físicas, á la concepcion de una causa

(1) *Frustra fiunt per pauca, quæ fieri possunt per pauciora.*

(2) *Causæ rerum naturalium non plures admitti debent, quam, quæ et veræ sint, et phenomenis explicandis sufficientiant.* Newton.

(3) *Effectus est semper suæ causæ proportionalis, cùm quantitate tum natura.*

de especie superior; y como, por otra parte, las semejanzas que, *hasta el presente*, ha sancionado la experiencia no nos permiten, *en antropología*, hacer esta simplificación causal; resulta lo infundado que sería obligarnos á seguir estrictamente el sentido de los dos axiomas citados, mientras estemos en el terreno experimental, y lo ilegítimamente que han procedido los que han querido explicar experimentalmente todos los fenómenos observados en el hombre atribuyéndolos á una sola causa.

En ANTROPOLOGÍA, no es permitido usar el mismo procedimiento que ponemos en práctica, en las ciencias físicas, para reducir el número de las causas experimentales.

Mas téngase entendido, que jamás podremos proceder, en antropología, como nos es necesario hacerlo en las ciencias físicas para reducir el número de las causas experimentales. En el hombre, en efecto, no será nunca posible establecer una causa de orden superior que abrace en su esfera, que contenga en una síntesis, que oscurezca, en fin, los caracteres de una de las que hoy nos vemos obligados á admitir experimentalmente. El infalible testimonio de la conciencia, nos forzará siempre á reconocer en el hombre, una causa, que, siendo *espontánea* y *final*, es además *libre*, y tiene la admirable facultad de ser *simultáneamente* SUJETO y OBJETO de sus acciones. ¿Quién, con estos tan sublimes atributos, podrá creer, ni aun suponer, que jamás sea dominada esa causa, en el terreno de la ciencia humana, por ninguna otra causa? Imposible. Lo mas que podrá verificarse, será, que la causa diferente de ella, que hoy nos vemos obligados á admitir, quizás por la imperfeccion en que aún está la antropología, venga á ser solamente una *facultad secundaria, subalterna* de aquella causa, que puede llegar á comprender á la otra en su seno, sin que nunca le sea dado á ninguna hacerla desaparecer á los ojos de ese *sentido íntimo*, de esa *conciencia*, que con esplendente é infalible luz esclarece las magestuosas profundidades de nuestro yo *sensible, intelectual y moral*.

Razones en que nos fundamos para admitir la posibilidad de que algun dia puedan com-

A pesar de todo lo que hemos dicho, no debe creerse que desconocemos la marcha de las ciencias experimentales en sus evoluciones; que el apogeo de su desarrollo, su bello ideal, consiste en la mayor simplificación *posible* del número

de las causas experimentales; que la medicina, como ciencia de observacion, debe, con las mayores probabilidades, seguir este rumbo; ni que, por consecuencia, se nos oculta que sea *posible*, el advenimiento de una época en que esta última ciencia pueda explicar todos los fenómenos que en el hombre se observan por una sola causa experimental. Esto último es, á nuestro entender, muy admisible. La marcha que han seguido las ciencias físicas en sus sucesivos desarrollos; la analogía que entre estas últimas y la medicina existe, por el hecho de pertenecer todas, lo mismo ésta que aquellas, á la clase de las experimentales; y la circunstancia de ser las dos causas de los actos humanos, lo mismo la vital que la anímica, del orden metafísico, nos llevan á establecer la posibilidad de que hablamos.

Aún podemos asegurar mas insistiendo en lo que poco há decíamos. Constituidos en el dominio de la psicología, considerada como ciencia de observacion, creemos no aventurar nada, afirmando que, *si llega el dia* en que, *experimentalmente* procediendo, todos los hechos observados en el hombre pueden ser atribuidos á una sola causa; la de la vida, que hasta el presente nos vemos obligados á admitir, aun cuando sea de un modo provisional, será la que desaparezca, quedando entónces sola la causa anímica para darnos razon de los multiplicados y, *hasta ahora*, contradictorios fenómenos que en el hombre se observan. Pero ¡cuánta no es la diferencia que existe entre este aserto, y el en que se afirma que ya ha llegado el tiempo en que, procediendo experimentalmente, podemos afirmar la existencia de una *fusion*, ó, por mejor decir, de una *asuncion* tan grandiosa!

El sistema de STAHL no puede, pues, ser admitido hoy día en toda su extension, por adolecer de un vicio que lo pone en contradiccion con todo un orden de hechos observados en el hombre. Á pesar de este grave defecto, como el método de que se valió para construir su sistema fué el que debe ser aplicado á las ciencias experimentales, es decir, el de observacion é induccion; y como que aun cuando no ob-

probarse experimentalmente las ideas de STAHL.

Conclusion final sobre las objeciones de STAHL.

servó sus reglas con todo rigor, no obstante los hechos en que se fundó para probar la finalidad de la causa de los fenómenos vitales, quedaron consignados en la ciencia; no se hizo esperar mucho la época en que, esos hechos fertilizados por una inteligencia á la vez eminentemente filosófica y circumspecta, dieran los ópimos frutos que en sí contenían (1).

ALBERTO
HALLER.

VII. El médico que, despues de STAHL, debe fijar nuestra atencion en este sucinto resúmen que del último período de la medicina estamos haciendo, es A. HALLER. Los títulos que lo recomiendan á nuestros ojos, para hacerlo así, son: su inmensa erudicion, su infatigable laboriosidad, y, sobre todo, el grande influjo que sus opiniones tuvieron sobre la de los autores que escribieron despues. Al ocuparnos de las opiniones médicas de este célebre escritor, debemos distinguir, como lo hemos hecho con las de muchos de los que hasta el presente hemos juzgado, entre la teoría y la práctica; pues este autor, apreciable por mas de un concepto, emitió consejos prácticos inconciliables con sus ideas doctrinales.

Sus opiniones
médicas.

Estas ideas, consignadas en su obra titulada *Elementa physiologiæ corporis humani*, consisten en considerar la *irritabilidad* y la *fuerza nerviosa*, como las causas de los movimientos que se observan en los séres vivos. No hizo intervenir en la producción de aquellos, otra causa que, superior á las mencionadas, y gobernándolas como á sus subalternas, las dirigiese á conseguir un objeto final; y que, dotada además de espontaneidad, pudiese por sí, y aún, en

(1) *No nos es permitido dar en este lugar de nuestro escrito toda la extension que por su naturaleza requieren las graves y difíciles cuestiones, tocadas solo incidentalmente con motivo de las ideas médicas de STAHL. Para mayores detalles véase la parte cuarta, donde, al exponer la doctrina de la escuela hipocrática actual, nos será lícito hablar con mas latitud.*

muchas ocasiones, en medio de las provocaciones exteriores mas contrarias, encaminar nuestros actos en la direccion mas conveniente.

Ocioso nos parece detenernos en comprobar que es absolutamente imposible dar una explicacion satisfactoria de la produccion de los fenómenos vitales, no admitiendo mas causa de accion que las establecidas por A. HALLER, y concibiéndolas como él lo hizo. Es evidente que, en la suposicion halleriana, serian totalmente inexplicables las *sinergias* fisiológicas y patológicas, y los *actos espontáneos* que indudablemente se observan en los séres, que, léjos de someterse á la accion de las causas físicas, por el contrario, las combaten y modifican.

No obstante este grave defecto, no es posible dejar de conocer los servicios que este autor prestó á la medicina, admitiendo la irritabilidad como causa de los fenómenos vitales; pues, siendo ésta una *facultad* que no pertenece á la materia inerte, hizo que la ciencia médica no estuviese tan subyugada al estrecho mecanicismo, que antes de su época la habia abrumado. Sus servicios.

Si, como antes hemos indicado, no dió, en sus escritos teóricos, á dicha facultad el lugar que los hechos observados nos obligan á asignarle; si olvidó la *causa de la armonia y de la unidad de los fenómenos* que en los animales y en las plantas se observan, para fijar su atencion exclusivamente en la *irritabilidad*, que no puede ser sino una *facultad secundaria* de esa causa; no por esto se crea que en práctica despreció los principios tradicionales de la escuela hipocrática, sino que, por el contrario, los respetó, é inculcó su exacta observancia hasta el punto de poderse considerar como uno de los distinguidos médicos inspirados por el genio de la misma escuela. Como consecuencia de esta verdad, el deseo que en él existia de formular las leyes de su facultad predilecta, la *irritabilidad*, no fué suficiente á borrar, aunque sí á oscurecer, la idea de la fuerza de la vida. Sus contradicciones.

Es bastante, á nuestro entender, para comprobar el aserto que acabamos de emitir, el hecho de haber publicado, bajo el título de *ARTIS MEDICÆ PRINCIPES*, una coleccion de los autores clásicos antiguos, en la que figuran HIPÓCRATES, A. C. CELSO, CELIO AURELIANO, ARETÉO, ALEJANDRO DE TRALLES y RHAZIS.

No es posible, en efecto, suponer que, sin hacer de ellos un grande aprecio, se hubiese tomado el trabajo de publicarlos; y como la doctrina *patológica, semeyótica y terapéutica*, contenidas en estos libros, es en su esencia inconciliable con la teoría de la *irritabilidad* pura por él profesada, creemos que sin violencia se puede sostener que en práctica fué imitador de HIPÓCRATES y de los clásicos de la sábia antigüedad.

BROWN: exposicion de su doctrina.

VIII. Despues de A. HÁLLER, debemos ocuparnos del reformador escocés J. BROWN, el PARACELSO y el ASCLEPIÁDES del siglo XVIII, como con tanta razon lo denomina Mr. DEZEIMERIS en su *Diccionario histórico de la medicina*. Dotado de una imaginacion brillante y de un espíritu metafísico bastante poderoso, pero careciendo de una erudicion médica conveniente, del don de observacion y de conocimientos filosóficos extensos, dió á luz un sistema, en que, teniéndose en cuenta solamente el hecho de la modificacion que sufre nuestra economía, cuando experimenta la accion de cualquiera de los agentes que sobre ella ejercen alguna influencia, sea de la clase que quiera; y prescindiendo además de todas las observaciones que no se acomodaban á sus estrechas miras, establece, como primera verdad, *que la vida se sostiene solo por incitacion, y es el resultado de la accion de los incitantes sobre la incitabilidad de los órganos.*

Como la existencia de los séres vivos tiene una duracion limitada, afirmó, consecuente con la primera proposicion, *que la incitabilidad se gasta y consume por la accion de los incitantes, siendo este desgaste y consuncion tanto mas rápidos, quanto mas intensa es la incitacion, y, como conse-*

cuencia de esto, la vida mas activa. Hay, en una palabra, segun él, tal relacion entre la *incitabilidad* y los *incitantes*, que la primera está en razon *inversa de la intensidad de los segundos*, y en razon *directa de la poca energía de los mismos*. El grado de la *incitacion* depende, en su sentir, tanto de la actividad del *incitante*, como del grado de la *incitabilidad*. Cuanto menos actividad tienen los *incitantes*, tanta mas *incitabilidad* se acumula; y, por el contrario, cuanto mas violenta es la *accion de aquellos*, tanto mayor es el agotamiento de la segunda.

Como, en concepto de BROWN, la vida se va agotando á medida que dura, solo en la época media de su existencia es cuando se pueden desarrollar sus actos de un modo armónico, con una accion moderada por parte de los *incitantes*: mas próximos al nacimiento, estos mismos *incitantes* producirían un efecto desventajoso, porque la *incitabilidad* es exuberante: mas próximos á la vejez, se hace necesario aumentar el grado de la *incitacion*, pues solo de este modo podremos ponernos en armonía con la falta de actividad á que los progresos de la vida van induciendo á la *incitabilidad*. Pero este exceso de *incitacion* coincide con la vejez para desgastarla, pues, segun BROWN, la *incitabilidad* no se renueva. En una palabra, en cualquiera época de la vida, la salud depende siempre de una relacion tan exacta entre los *incitantes* y la *incitabilidad*, que, sin ella, la vida no puede mantenerse en el grado medio de energía de que es susceptible.

El uso de *incitantes* demasiado enérgicos produce una *incitacion* demasiado viva, ó lo que es lo mismo, enfermedades ESTÉNICAS; pero este estado produce la *debilidad indirecta*, como la vejez, agotando la *incitabilidad*. El extremo opuesto, ó la insuficiencia de los *incitantes*, produce la *debilidad directa*, que consiste esencialmente en la acumulacion de la *incitabilidad*; soportando el individuo la accion de los estimulantes tanto menos, cuanto mas se gradúe este estado.

Segun BROWN, hay un estado, que él llama de *disposicion* ú *oportunidad*, intermedio entre la salud y la enfermedad. Reconoce solo dos oportunidades: la ESTÉNICA y la ASTÉNICA. La primera es el estado en que la cantidad de los estímulos y la *incitabilidad* están aumentados, hasta el punto de que un *estimulante* mas, bastaría para producir una enfermedad de la misma clase: en la segunda, por el contrario, los *estimulantes* y la *incitabilidad* son menores de lo que sería necesario para que existiese una perfecta salud.

Las enfermedades *esténicas* pueden degenerar en *asténicas*: una *debilidad directa* puede cambiar en *indirecta*, ó *vice-versa*, cuando el mal no es dirigido del modo conveniente. Y la salud, la disposicion patológica, la enfermedad y la muerte, son, segun el autor de quien hablamos, grados diferentes de un mismo estado.

La localizacion de las enfermedades fué considerada por BROWN de un modo que debe fijar nuestra atención. Creía en efecto que aquellas pueden ser *locales* ó *generales*: que estas últimas siempre son precedidas del estado que él llamó *de oportunidad*: que, por el contrario, las locales son siempre producidas de repente, sin que preceda dicho estado: que las causas que producen las enfermedades generales obran sobre el conjunto del organismo, sin dirigir con preferencia su accion sobre ninguna de sus partes, y que sucede lo contrario á las causas que dan origen á las locales; aunque, no obstante, estas últimas pueden extenderse á todo el organismo, convirtiéndose en generales. BROWN insiste en que lo primero que debe hacer el médico, para obrar rectamente, es cerciorarse de si la enfermedad, contra la cual dirige sus medicaciones, es local ó general, sea cual fuere esa enfermedad, puesto que puede pertenecer ya á la una ya á la otra de estas dos clases. El medio que él creía mas á propósito para proceder con acierto en esta materia, era no perder de vista la naturaleza de las causas que han dado origen al mal, y los primeros síntomas. Finalmente, las enfermedades generales no son, ni pueden ser, sino mo-

dificaciones de la *incitabilidad*, por consiguiente, *estenas* ó *astenas*: las locales no son mas que lesiones de organizacion.

Tal es el sistema de BROWN en sus proposiciones mas generales; sin que nos sea permitido descender á mas detalles, pues, tanto en la exposicion de la doctrina de este autor, como en la de los que anteceden, y en la de los que despues presentaremos, nos debemos contener en los limites, que la índole de este escrito nos prescribe; manifestando, del modo mas conciso que nos sea dado, los pensamientos mas culminantes de cada autor, con el único objeto de que se pueda formar una idea del espíritu general de cada uno de los sistemas que enunciamos, y de que pueda distinguirse la parte verdadera de la falsa.

En el momento de su aparicion, fué acogido el sistema de BROWN como sucede en general á todos, con entusiasmo; y, aun cuando ya se habían publicado en Inglaterra tres ediciones de los *Elementos de medicina* antes de penetrar en el continente, esto no obstó para que despues se extendiese por todos los paises de Europa, seduciendo con su aparente verdad y su gran sencillez á la mayor parte de los médicos de aquella época. Pero despues, la experiencia, única piedra de toque de todas las exageradas innovaciones con que el espíritu de sistema trata de falsificar la verdad de la ciencia médica; la experiencia, que en todas las épocas ha ejercido, con respecto á las sistematizaciones prematuras y exageradas, el papel de un juez inflexible, ha dictado ya su fallo, arreglados al cual, podemos apreciar los graves errores y tambien las verdades que tal sistema contiene.

La primera proposicion del sistema que nos ocupa, en la que se afirma que la *incitabilidad*, puesta en accion por los *incitantes*, es la causa productora y sostenedora de la vida; y en la que además se supone que la misma *incitabilidad* es inherente á los órganos; esa proposicion, decimos, es la fuente de los mas graves errores, cuando, admitida como verdadera, se deducen con severidad las consecuencias en

Motivos que nos hacen no ser mas extensos.

Crítica del sistema de BROWN.

Origen de multitud de errores.

ella contenidas. Si se admite que la vida es un efecto de la *incitabilidad*, y se le priva de *espontaneidad* y de *tendencias finales*; si además se supone que la misma *incitabilidad* disminuye en actividad y energía á medida que se prolonga la existencia; será absolutamente necesario considerar aquella facultad como una causa análoga á la que pone en movimiento un resorte elástico, cuya fuerza disminuye á medida que se usa.

Por otra parte, el que tales convicciones abrigue, no podrá ciertamente dar una explicacion satisfactoria de una infinidad de fenómenos que, por ser observados diariamente, no llaman nuestra atencion; pero que no por eso pueden desestimarse en una teoría verdaderamente médica. Entre infinidad de hechos que omitimos, nadie que no admita otra causa que la *incitabilidad* con las cualidades que poco há mencionamos, podrá explicar, sin incurrir en las mas graves contradicciones, cómo dicha causa puede dar origen al hecho tan sabido de todos, de haber en ciertos años de la existencia humana mayores probabilidades de vida que en otros, en los que la enfermedad mas leve puede llevarnos al sepulcro. ¿No debiera suceder lo contrario, si, como lo afirma BROWN, la *incitabilidad* disminuyese de un modo proporcional á la prolongacion de la existencia del individuo? Y cuando se reflexiona que la edad en que las enfermedades mas leves pueden producir un grave peligro, no es la época en que la *incitabilidad* está ya gastada, sino que, por el contrario, la observacion manifiesta que, cuando nuevos aparatos entran en accion, cuando la vida afecta en sus evoluciones otro giro que el que habia seguido hasta aquella época, es cuando las enfermedades superan con mas probabilidades nuestra *resistencia vital*; cuando además se piensa detenidamente en que el número de las defunciones no es exactamente proporcional al número de años que pasan por el sér vivo, como debiera inferirse de la hipótesis del desgaste de la *incitabilidad* y de la *aparicion de la debilidad indirecta*, que, como ya hemos dicho, se aumenta, en el sentir

de BROWN, en razon directa del tiempo de duracion de la existencia; ¿quién podrá profesar las ideas brownianas? Sería necesario para ello que se prescindiese completamente de los hechos observados: y mientras no se compruebe que los primeros meses de la existencia son aquellos en que ocurren menos defunciones, por no estar aún en ellos gastada la *incitabilidad*, la hipótesis de BROWN sobre el desgaste de aquella, y la aparicion de la *debilidad indirecta*, es insostenible.

¿Qué serán para un médico que profese el sistema de que hablamos, y que sea con él consecuente, las enfermedades espontáneas, *niveladoras* y *recorporativas*, como la *gota*, el *flujo hemorroidal* y otras mil, que, suscitadas y sostenidas por la causa de los fenómenos vitales con un fin conservador, no exigen del verdadero médico sino que las contenga en sus justos límites, atendiendo solo á los resultados que producen sus apariciones en el conjunto de las funciones del hombre que de tales enfermedades se vé acometido? ¿Y qué juicio formaría de las enfermedades específicas? ¿Cuál, de los períodos de *crudeza* y *coccion* de las enfermedades, hablando el lenguaje altamente significativo de que usa la escuela hipocrática? ¿Ni qué idea podría formarse, siguiendo tal sistema, de los sacudimientos espontáneos y sinérgicos llamados *crisis*, que, suscitados en infinidad de ocasiones, cuando la naturaleza está mas abatida y postrada por el peso del mal, son una de las pruebas mas incontestables de que podemos valernos para afirmar el principio de la espontaneidad vital? ¿No es este esfuerzo de la vida un argumento indestructible para defender el aserto del ilustre BARTHEZ, en que afirma que existen en la economía de los seres vivos *fuerzas potenciales*, que, en momentos dados, se desplegan, y dan el mas solemne mentís al que iguala las fuerzas del sér viviente con las que rigen á los que carecen de vida? Es absolutamente imposible que el médico browniano se dé una explicacion satisfactoria de ninguno de estos hechos, que á cada momento se presentan á la observacion del práctico: esos hechos pasan á sus ojos desapercibidos,

absorbiendo completamente su atencion la ESTENIA ó la ASTENIA DIRECTAS É INDIRECTAS.

¿Qué podrán ser en fin, para los partidarios de BROWN, los métodos de curacion naturales? ¿qué los imitadores? ¿qué los analíticos? ¿qué los específicos, todos los cuales, admitidos por la sana práctica, sancionados diariamente por el buen sentido cuando se saben observar los hechos, y establecidos por la escuela hipocrática contemporánea como claves generales de la terapéutica, son y serán inconcusas verdades de alta medicina, para el hombre que no se deje deslumbrar por el brillo seductor de los sistemas?

El médico que desconoce la *finalidad* y la *espontaneidad* conservadoras de la causa que rige los fenómenos de nuestra economía; el que solo reconoce la *incitabilidad* como causa de los mismos fenómenos, no puede, sin ponerse consigo mismo en abierta contradiccion, admitir los métodos naturales ni los imitadores; pues, segun sus convicciones, tales métodos carecen de objeto, y deben ser considerados como verdaderas utopias. Del mismo modo, considerará los analíticos como un absurdo inconcebible, no pudiendo entrar en el estrecho campo de sus creencias el análisis elemental morboso. Tampoco podrá admitir los específicos, pues la especificidad supone diferencias *cualitativas* ó de naturaleza en los padecimientos, siendo así que él se ve obligado á no reconocer sino las meramente *cuantitativas*.

Como consecuencia de todo esto, el médico browniano se vé en la necesidad de recurrir siempre y constantemente á los métodos perturbadores. Porque si no consisten las enfermedades sino en la *estenia* ó en la *astenia*, *directas* ó *indirectas*, es indispensable vencerlas á todo trance, sin otra consideracion que la de proporcionar el grado de los recursos terapéuticos á la intensidad de aquellas modificaciones. ¡Cuántas víctimas no ha causado esta conducta tan irreflexiva como antimédica! Sí; la aplicacion exclusiva de los métodos *perturbadores*, no puede menos de producir las mas fatales consecuencias; aunque es positivo que, en algunas circuns-

tancias, producen curaciones admirables, ya porque estén realmente indicados, ó ya por su prontitud, cuando tiene la naturaleza suficientes fuerzas para triunfar, sobreponiéndose victoriosa á la doble agresion que simultáneamente experimenta por parte de la enfermedad y de las medicaciones. Esta verdad es innegable: y la escuela hipocrática contemporánea, que, por la índole de la filosofía que profesa, no desprecia nada realmente útil, admite los mencionados métodos con los otros cuatro ya referidos. Pero para que tales métodos perturbadores no sean administrados al acaso, y para que se obtengan de ellos buenos resultados, ¿de cuántas reglas no es necesario rodear su uso! ¡já cuántas leyes no deben someterse, para que el médico juicioso pueda usarlos, no solo impunemente, sino con probabilidades de un buen éxito....!

No obstante estos graves errores, á que conduce el sistema de BROWN aceptado en su pureza, nos parece oportuno fijar la atencion del lector sobre una circunstancia, que, hasta el presente, no sabemos haya llamado la atencion de los críticos, que con tanta razon han impugnado el exagerado sistema de que hablamos. Muy distante estaría ciertamente su autor de sospechar siquiera, que las palabras INCITABILIDAD é INCITACION, de que usó para significar la CAUSA y el HECHO de la produccion de los fenómenos de la vida, llevasen necesariamente al hombre que reflexiona sobre el sentido profundo que contienen, á afirmar que la CAUSA, cualquiera que sea, que produce los fenómenos que se observan en los séres vivos, es *espontánea*.

En efecto, es indudable que, si en el mayor número de casos entra en ejercicio esa causa, por haber cedido á la provocacion que los modificadores externos le dirigen; otras veces, por el contrario, desarrolla sus actos sin que ningun estímulo la instigue, como sucede cuando, constituido un individuo en un estado prolongado de muerte aparente, recobra su existencia en el momento en que menos se esperaba. En casos de esta clase, replegándose, digámoslo así,

Circunstancia digna de fijar la atencion.

sobre sí misma, desoye impasible todas las provocaciones que del exterior refluyen sobre ella; logrando por este medio permanecer segura, á pesar de hallarse rodeada de la pernicioso influencia de agentes, que, si llegasen á dominarla por estar constituida en otro estado, la destruirían para siempre por necesidad. De este estado de indiferentismo vital, llamado ADEÏA por el sábio profesor J. LORDAT, la significacion de cuya palabra es *seguridad ó falta de todo temor*, pueden verse ejemplos en el escrito de PECHLIN denominado *De aëris et alimenti defectu, et vitâ sub aquis Meditatio*, citado por el insigne escritor que acabamos de nombrar, en su *Ébauche du plan d' un traité complet de physiologie humaine*.

Las palabras *incitabilidad é incitacion*, de que BROWN ha usado, pertenecen, en efecto, al ÓRDEN MORAL. No se *incita* al movimiento á un cuerpo fisico, sino que se le *impete*, se le *impulsa*: se *incita* por el contrario á una accion, á un sér provisto de una actividad tal, que no cede de un modo pasivo á la impulsión exterior, sino que, antes de obrar, interviene con su *energía propia*: deduciéndose de este hecho que el efecto producido, en vez de estar constantemente, como en los séres fisicos, en una exacta relacion proporcional con la causa exterior que lo produce, no es proporcionado sino á la disposicion en que se encontraba, en el momento de experimentar la provocacion, la causa ENÉRGICA, ACTIVA y ESPONTÁNEA, contra la que se desnaturaliza la instigacion exterior. Cuando nos podemos dar razon por la *conciencia* de las diferentes *inflexiones y refracciones*, valiéndonos de esta comparacion fisica para hacernos mas inteligibles, que la causa exterior excitadora experimenta antes que el efecto se produzca; entónces la causa eficiente del fenómeno ó efecto producido es LA PSÍQUICA, que, dotada de la facultad de observar y conocer los hechos que en ella misma se producen, es un testigo fiel, que nos advierte, con un lenguaje infalible, de los acontecimientos que en la esfera de su actividad se ejecutan, y de la desproporcion

que constantemente hay entre la causa que nos provoca á la accion y la accion misma. Cuando, por el contrario, no es la *conciencia*, sino la *percepcion exterior*, la que nos instruye de la desproporcion de que hablamos, se hace necesario admitir, por lo menos *al presente*, basándonos en la experiencia, una causa *activa*, la *fuerza de la vida*, que, aun cuando no tiene *conciencia*, ni *reflexion*, no por eso está desprovista de la suficiente *energía*, *actividad* y *espontaneidad*, para hacer que los choques externos, al ejercer sobre ella su influencia, se modifiquen de ininidad de maneras, y produzcan, por consiguiente, efectos diversos. Por esta razon su modo de obrar es análogo, bajo este concepto, al de la causa de los fenómenos *intelectuales* y *morales*; y lo repetimos, ambas pertenecen al orden *metafísico*, como decía BACON, y obran *retione moris*. Todo lo que hemos dicho con respecto al modo de obrar de la *fuerza de la vida*, está, pues, implícitamente contenido en el sentido profundo de la palabra INCITABILIDAD, de que BROWN se valió para significar la primera de las facultades vitales. ¡Hasta dónde llega el poder de la verdad! ¡cómo avasalla y subyuga, sin ser sabedoras de ello, las inteligencias mas obstinadas, refractarias y sistemáticas!

Á pesar de los graves errores de que hemos hablado, y de la contradiccion que acabamos de notar, oculta en el significado de la palabra *incitabilidad*, contradiccion que es suficiente para destruir por su cimiento el edificio construido por el reformador escocés; á pesar de esos errores y de esa contradiccion, su sistema contiene verdades de gran importancia para la práctica de la medicina.

La primera de ellas es, que las enfermedades consisten en *modificaciones ó alteraciones* de la *incitabilidad*, que para BROWN era la causa productora de los fenómenos vitales; y de ningun modo en las modificaciones de los órganos. Esto es indudable; y solo se le puede reprochar el haberse encerrado en el estrecho círculo que él mismo se trazó.

La segunda de las verdades de que hablamos es la de-

Verdades del
sistema de
BROWN.

duccion que naturalmente se desprende de la proposicion por él sentada, en la que afirma *que la salud, la disposicion patológica, la enfermedad y la muerte, son grados diversos de un mismo estado*: de donde sin violencia se infiere que estos diferentes modos de ser reconocen la misma causa, y de aquí poderse afirmar que dicho autor propendia á asentar la patología sobre el estudio de las leyes que presiden á la produccion de los fenómenos vitales.

La tercera es la division de las enfermedades en generales y locales: verdad desconocida por BROUSSAIS, y en general por todos los organicistas, que, desconociendo toda otra causa eficiente de los fenómenos vitales que la trama orgánica con sus propiedades, se ven en la necesidad de fijar su atencion exclusivamente en las lesiones de estructura, y de considerar, por esta razon, aún las enfermedades *mas espontáneas y generales*, como pudieran concebirse las puramente *traumáticas*, las cuales toman origen de causas externas, y en las que además no existe resentimiento especial del sistema de las fuerzas: ¡sin echar de ver tales médicos, que, de ese modo, abaten la patología interna hasta constituirla al nivel de la cirugía:....!

La cuarta y última verdad que contiene el sistema de BROWN, es el estado de oportunidad que en él se admite, intermedio entre la salud y la enfermedad. Á cada paso, en efecto, observamos que el mismo hombre, sin que *ostensiblemente* haya variado en lo mas mínimo en su parte material, cede algunas veces á la influencia de la misma causa que en infinidad de ocasiones habia sido impotente para producir el menor resultado, declarándose, por consiguiente, una enfermedad que, si la supuesta causa exterior ó el organismo fuesen los que realmente le diesen origen, se hubiera presentado tantas veces, cuantas aquella causa exterior hubiese obrado. Mas, sucediendo lo contrario, debemos inferir, no tan solo que, para la produccion de las enfermedades espontáneas, son insuficientes por sí solas las causas exteriores; sino que, para que éstas produzcan efectos, es indispensa-

ble que la *fuerza de la vida* esté constituida en un estado tal, que se doblegue ante su influencia; cuyo estado ciertamente vale lo mismo denominarle *predisposicion* con los clásicos, ú *oportunidad* con BROWN. ¿No admiten todos los institutistas una causa morbosa que llaman *proegúmena*? ¿y qué es en sí esta causa sino la disposicion existente en la fuerza vital para corresponder á las sollicitaciones externas?

IX. Siguiendo el órden cronológico, debiéramos ahora hablar de CABANIS y de BARTHÈZ. Pero no nos ocupamos de ellos al presente, porque el primero no ejerció una influencia directa en la medicina práctica, y, solo por las ideas contenidas en sus escritos filosóficos, y la aplicacion que de ellas se hizo á la medicina, se le debe conceder un lugar en la historia de esta ciencia, así como lo tiene legítimamente adquirido entre los filósofos sensualistas de fines del siglo XVIII. Nosotros, por consiguiente, hablaremos de él cuando, despues de exponer todas las opiniones médicas que en la época actual se agitan, tratemos de apreciar sus raices filosóficas.

En cuanto al segundo, habiendo sido el que puso para siempre á la medicina en posesion de la nocion científica de la causa de los fenómenos vitales, pues, aun cuando infinidad de médicos habian hablado de ella, era imposible que hasta la época de BARTHEZ se hubiese consolidado de un modo indestructible esta idea en la mente de los médicos; habiendo sido, por consiguiente, el verdadero restaurador del espíritu hipocrático á fines del siglo pasado y principios del actual; habiendo sido el que, con los conocimientos filosóficos mas sanos, los únicos aplicables á las ciencias de observacion, supo hacer frente al torrente invasor del *organicismismo* ó *materialismo* que se enseñoreaba, á pesar de los esfuerzos del gran STAHL, en el dominio de nuestra ciencia; habiendo sido, finalmente, el que condujo en sus primeros estudios y afirmó en la creencia hipocrática á los que en nuestros dias son los dignos representantes de esta doctrina; nos ha parecido oportuno hablar de tan GRAN MAESTRO despues que ha-

Razones por
que no nos
ocupamos de
CABANIS ni de
BARTHEZ.

yamos desarrollado á la vista del lector el cuadro de los diferentes sistemas hipotéticos que actualmente se agitan.

BICHAT.
Verdades
contenidas en
sus escritos.

X. Al presente debemos ocuparnos de las opiniones de un médico que, aún jóven, adquirió una inmensa reputacion; cuya muerte causó un profundo sentimiento en el ánimo de los profesores educados en la misma escuela en que él lo fué, y al que posteriormente se han erigido estátuas. Este médico es F. J. BICHAT. Dotado por la naturaleza de una inteligencia viva y penetrante, de una imaginacion fogosa y de una laboriosidad incansable, cualidades que le realzan ciertamente á los ojos de todo hombre imparcial; no poseyó, sin embargo, el conjunto de dotes, el cúmulo de perfecciones, que una crítica severa exige, para que su renombre científico deba eclipsar, como se ha asegurado por uno de sus admiradores, la gloria de los *grandes maestros*, que en los siglos anteriores, y aún en el mismo á que él perteneció, existieron para bien de la ciencia, y por consiguiente de la humanidad.

Es indudable que los escritos de BICHAT abundan en grandes verdades: no desconocemos la importancia de muchas de las defendidas y emitidas por este célebre autor. De estas es la primera: el haber asegurado que las ciencias *físicas* y las *fisiológicas* ó *biológicas* se diferencian entre sí esencialmente, en atencion á la diferencia de las leyes que presiden al desenvolvimiento de sus respectivos fenómenos.

La segunda, el haber trazado las diferencias radicales que existen entre los fenómenos vitales y los físicos ó mecánicos; importándonos tener muy presente, para apreciar debidamente lo que despues tenemos que decir de este autor, el período siguiente, en que, hablando de aquellas diferencias, dice: *Ningun cuerpo inerte ofrece comunicacion alguna entre sus diversas partes. Que un extremo de un pedazo de mármol, de piedra, de metal, se altere de cualquiera manera por las disoluciones químicas, por los agentes mecánicos etc., no por eso se alteran las demás partes: para esto es necesario una ac-*

ción directa sobre ellas. Al contrario, todo está de tal manera UNIDO y ENCADENADO en los cuerpos vivos, que no puede trastornarse una parte cualquiera en sus funciones, sin que se resientan inmediatamente las demás (1).

La tercera, el haber reconocido la variabilidad y contingencia de los fenómenos vitales, y la estabilidad de los físicos.

La cuarta, el haber defendido que en la economía viviente todo está dotado de vida, lo mismo los sólidos que los humores, condenando de este modo el humorismo y el solidismo exclusivos.

La quinta, el haber creído que todo fenómeno patológico resulta de la modificación de lo que el creyó ser *causa de la vida*, las *propiedades vitales*.

La sexta, el haber afirmado que todo fenómeno terapéutico tiene por principio la restitución de las mismas al orden natural de que se habían separado.

Finalmente, la séptima, el haber dotado, aunque solo de un modo implícito, y á pesar suyo, á la causa, cualquiera que ésta sea, que construye nuestro agregado material, de finalidad, ó de tendencias á conseguir el hecho de la prolongación de la existencia. Hablando de las anastómosis arteriales, se expresa del modo siguiente: *Esta disposición es acomodada para facilitar la circulación, á la cual contribuyen las anastomoses en los sitios en que podría hallar algunos obstáculos el movimiento de la sangre. Esta es la causa por que en las cavidades en que es menor el influjo que tienen las partes vecinas sobre el movimiento, las anastomoses son mas frecuentes, como sucede en el cerebro, vientre etc., al paso que son mas raras en los intersticios musculares de los miembros (2).* Algunas líneas mas abajo, nos dice lo que sigue: *El fin principal de las anastomoses, que es el de suplir los obstáculos que experimenta la sangre en su curso, se consigue en una multi-*

(1) BICHAT, Anatomía general, Introduccion, Pag. 62, traducción española de D. RAMON TRUJILLO. Madrid 1807.

(2) Id. id. id. Tom. II. Pag. 33.

tud de casos. Cuando se ocupa de las anastómosis del sistema venoso, dice lo siguiente: *Esto nos conduce á hacer en el sistema venoso una consideracion general con respecto á las anastomoses, á saber, el manifestar la necesidad que hay de que estas comunicaciones sean mas numerosas en este sistema que en el arterial. En efecto, si comparamos el curso de la sangre negra al de la sangre roja, veremos que una multitud de causas mucho mayor pueden modificarlo (2).* Estas tres últimas citas, y algunas otras que podríamos hacer, prueban, segun nuestra opinion, lo que antes hemos dicho, á saber, que, cediendo á la verdad, emitió una idea, la de la finalidad de la causa que construye nuestro agregado material, idea contraria al espíritu general de sus creencias, como despues veremos.

Larga discusion en que se comprueban las contradicciones en que incurrió BICHAT.

Si BICHAT hubiera sido consecuente con los principios que de sus escritos hemos entresacado: si, mas reflexivo y observador, hubiera dado el lugar que les corresponde á los hechos que á cada paso nos presenta la práctica: si, últimamente, en sus escritos se observára un lenguaje filosófico mas severo, mas conocimiento de las producciones de sus contemporáneos y de las de los clásicos antiguos, y menos predileccion por las creencias sensualistas; no nos veríamos en la necesidad de hacer notar las contradicciones y los errores en que este autor incurrió.

La principal idea, la idea culminante que trata de desenvolver en sus obras, principalmente en la introduccion de su anatomía general, que es donde expone sus creencias filosóficas, es que, diferenciándose los *fenómenos vitales* de los *físicos* de un modo esencial, todo tiene que ser diferente en las ciencias *fisiológicas* y *físicas*, no debiendo existir entre ellas ningun rasgo de analogía. Lleva este pensamiento á tal grado de *exageracion antifilosófica*, que asegura que *el modo de presentar los hechos y de indagar las causas, el arte experimental, etc., todo debe tener un carácter diferente, y el mez-*

(1) BICHAT. Anatomía general. Tom. II. Pag. 169.

clar estas ciencias (las físicas y las fisiológicas) sería darlas un sentido contrario (1). Nosotros no podemos convenir con el autor que nos ocupa en que el modo de investigar las causas inmediatamente productoras de los fenómenos, sea diferente en el orden físico y en el fisiológico: tampoco podemos concederle que el arte experimental cambie en un todo de carácter en los dos órdenes de ciencias de que hablamos; pero no podemos menos de aplaudir el pensamiento de BICHAT, sobre la diferencia esencial existente entre los fenómenos físicos y los vitales. Si hubiese sido consecuente con esta máxima, hubiera evitado el caer en varios errores de tan grande trascendencia, que conducen á los mas fatales resultados.

Si los fenómenos físicos y los vitales se diferencian, en efecto, esencialmente, como BICHAT lo afirma, y como todo observador reflexivo se ve obligado á asegurar, ¿cómo no tuvo presente este hecho para haber denominado de un modo diferente las causas productoras de efectos de tan diversa naturaleza? Al denominar propiedades vitales á las causas productoras de los fenómenos de la misma clase, y al despreciar la palabra FACULTAD, usada por sus predecesores, desconoció que la voz que empleaba solo era aplicable al orden físico; que esa voz solo sirve para expresar las cualidades no esenciales de los cuerpos que carecen de vida; que para las que son esenciales se reserva la de atributo; en fin, que para las cualidades pertenecientes á los seres del orden psicológico, ó á los del biológico, la palabra facultad, (de FACERE) es la única que admite el lenguaje filosófico, cuando son consideradas como causas; y no en otro sentido consideró BICHAT sus propiedades vitales. No habiendo, pues, dado á estas voces el significado que les ha asignado la filosofía, y habiéndose separado del uso admitido por todos, se contradijo por ignorancia ó por negligencia; pues confundió bajo

Primera contradicción.

(1) BICHAT, Anatomía general, Introduccion, Pag. 57.

un mismo nombre las causas productoras de fenómenos que, aún según él, son tan contrarios.

Confirmacion.

Pero para convencernos del modo mas profundo de la falta de arraigo que en su inteligencia tenia la idea de la diferencia esencial que existe entre las ciencias físicas y las biológicas, á pesar de que á cada paso nos la repite, y de que aparezca esa idea como la que mas le preocupa en la introduccion de la *Anatomía general*; para quedar convencidos de que el materialismo lo dominaba, y de que no fué solo el mal uso de la palabra *propiedad* lo que le hizo caer en la contradiccion que hemos notado, sino que, además de esto, sus ideas *físicas* lo tiranizaban de la manera mas imperiosa, comparemos algunas de las proposiciones emitidas en sus obras, con las verdades que antes hemos entresacado de ellas, y con las cuales hemos convenido.

1.º BICHAT, que, como hemos visto, en uno de los pasajes antes citados, afirma que en los cuerpos vivos, al contrario de lo que se observa en los físicos, *todo está de tal manera UNIDO y ENCADENADO, que no puede trastornarse una parte cualquiera en sus funciones sin que se resientan inmediatamente las demás*, se olvida hasta tal punto de esta verdad, que, cuando censura á BARTHEZ, á VAN-HELMONT y, en general, á todos los que han admitido principios dinámicos, de los cuales hacen derivar la UNION y el ENCADENAMIENTO de todas las funciones vitales, dice: *Este PRINCIPIO, llamado VITAL por BARTHEZ, ARQUEO por VAN-HELMONT, etc., es una abstraccion que no tiene mas realidad, que la que tendría un PRINCIPIO IGUALMENTE ÚNICO que se creyese que preside á los FENÓMENOS FÍSICOS, entre los cuales unos se derivan de la GRAVEDAD, otros de la ELASTICIDAD, otros de las AFINIDADES; así como en la economía viviente hay algunos que dependen de la SENSIBILIDAD, otros de la CONTRACTILIDAD, &c. (1).*

En este período hay dos errores á cuál mas grave: el primero, con cuyo motivo lo hemos citado, es el de *compa-*

(1) BICHAT, Anatomía general, Tom. I, Pag. 40.

rar y hacer iguales los fenómenos vitales y los físicos, deduciendo de esta comparacion, que, del mismo modo que en las ciencias físicas es inadmisibile una causa única, productora de todos los fenómenos que se observan en los cuerpos que carecen de vida, así en las ciencias biológicas debe despreciarse la idea de una sola causa, productora de todos los hechos de que ellas se ocupan.

Ahora bien, si fenómenos diversos piden causas diversas y que estén en armonía con ellos; si nuestra inteligencia está de tal modo constituida, que no puede, por mas que haga, sustraerse de esta ley, para ella necesaria; si BICHAT concede *unidad y encadenamiento* en los fenómenos vitales, y niega estas cualidades á los físicos, ¿cómo se obstina en negar una causa de esa *unidad*, de ese *encadenamiento* en los hechos biológicos, causa que para nada serviría en los físicos, puesto que tal admision carecería de objeto? ¿Ó pensaba por ventura que sus *propiedades vitales, sensibilidad y contractilidad*, con sus diferentes matices, eran bastantes á resolver el problema de la UNIDAD y ENCADENAMIENTO de los fenómenos vitales? Si tal creyó, debiera haber pensado que, causas múltiples, diferentes entre sí ESENCIALMENTE, como lo son sus *propiedades*, no pueden dar por resultado la UNIDAD, unidad que la irresistible fuerza de los hechos le hizo admitir y confesar, y que, percibida por todo observador imparcial, obliga á éste á asignarle una causa, no múltiple, sino una; y con una *unidad no física, no colectiva, no nominal; sino REAL y METAFÍSICA.*

El segundo error, contenido en el período últimamente citado, es el asegurar que el principio vital de BARTHEZ es una *abstraccion sin realidad*; dando á entender con esta sola proposicion, que, si leyó los *Nuevos elementos de la ciencia del hombre* de aquel inimitable autor, no supo comprender el método que siguió para establecer y poner fuera de toda duda la existencia del *principio vital.*

Sépanlo cuantos quieran impugnar, fundándose en la frase de BICHAT, el aserto del hombre que ha sabido abrir

un nuevo período en la ciencia médica: el método de que se valió BARTHEZ para establecer sobre los fundamentos mas incommovibles la existencia del *principio de la vida*, es el mismo que han observado los *físicos*, para afirmar la existencia de las *diferentes fuerzas* que indudablemente existen en los cuerpos inertes: y lo que es mas, el mismo que BICHAT instintivamente siguió, para asegurar la realidad de sus mal denominadas *propiedades vitales*. De modo que, si el *principio vital* de BARTHEZ no tiene *realidad*, tampoco la tienen las diferentes fuerzas que el fisico se ve en la imprescindible necesidad de admitir, para explicar los fenómenos comprendidos en la esfera de su ciencia; ni la podrán tener las propiedades vitales que el autor de quien hablamos admitió, y por cuya defensa trata de destruir aquel *principio*.

Si queremos convencernos de la identidad del método seguido por BARTHEZ, comparado con el que los *físicos* siguen, y con el que BICHAT tambien observó, basta reflexionar que, si los primeros se ven obligados á admitir tantas causas diferentes para explicar los fenómenos, cuantas especies diversas de ellos existen; si el segundo no redujo todos los fenómenos vitales á la *sensibilidad* sola, ó únicamente á la *contractilidad*, y se vió obligado á admitir ambas, fué porque, lo mismo el uno que los otros, tenían una inteligencia que, en el orden causal, no podia dar un paso sin ceñirse estrictamente al contexto de la ley axiomática ya citada, á saber, que *el efecto es siempre proporcional á la causa, tanto en cantidad como en naturaleza*; ley que domina al *físico*, hasta el punto de tener éste que admitir tantas causas diferentes, cuantas se necesiten para explicar la diferente naturaleza de los fenómenos observados. Esta misma fué la ley que hizo imposible á BICHAT explicar, por una sola de las dos facultades mencionadas, fenómenos de tan diferente naturaleza, como lo son los *sensibles* y los *contráctiles*. ¿Y ha hecho otra cosa que observar la misma ley, el médico *filósofo* y *observador consecuente*, el INMORTAL BARTHEZ, al afirmar la existencia del *principio de la vida*? ¿Qué hizo, en efecto,

este ilustre MAESTRO, sino observar los fenómenos de UNIDAD, que son ciertamente inexplicables por cualquiera otra causa de accion diferente de la establecida por él, y, como consecuencia necesaria, concebir y admitir *una causa* que le diese razon de ellos? Y con respecto al nombre que se dé á esa causa, cualquiera es admisible, ya el de PRINCIPIO, ya el de FUERZA, ya el de CAUSA *de la unidad vital*, con tal que, sobre el sentido que en sí contiene esta denominacion, estemos seguros.

El que niegue, pues, la existencia de la causa vital, tiene que impugnar á la vez, para ser consecuente, las causas experimentales del *orden fisico*, puesto que todas las ciencias de aquella clase admiten la existencia de causas, cuyos fundamentos no tienen mas solidez, ni las razones que á su favor pueden aducirse mas eficacia para forzar nuestro asentimiento, que tiene por su parte la fuerza de la vida, considerada como *causa experimental*, para ser defendida de los argumentos que contra ella puedan presentarse.

Nos parece, pues, incuestionable que *la fuerza ó principio vital, admitido por BARTHEZ, no es otra cosa que una causa experimental, en la que debe creerse con la misma fé que el fisico cree en la atraccion; que ninguna de las causas experimentales del orden fisico tiene en su favor, para ser admitida, titulos preeminentes á los suyos; finalmente, que el tratar de combatirla, es hacer imposible el estudio de la antropología.*

Consecuencia.

2.º El que aún dudase de la poca estabilidad que las creencias vitalistas tienen en la inteligencia de BICHAT, y de que las concesiones que hace son arrancadas, contra todas sus convicciones, por la irresistible fuerza de los hechos, puede reflexionar en el contraste que ofrecen las proposiciones siguientes. Segun ya hemos visto, deteniendo BICHAT su consideracion en la posicion y en los usos de las anastómosis arteriales y venosas, dotó, aunque solo de un modo implícito, á la causa que los construye y dispone, de tendencias finales conservadoras. Nada mas natural y lógico que afir-

mar que esa causa, al disponer las anastómosis con el fin de evitar los obstáculos que pudiera experimentar el círculo, trata de librar de peligros al sér en que ella impera, á lo menos en cuanto es compatible con su virtualidad. Pues bien; hablando de la facultad que poseen los séres vivos, de sostenerse á un mismo grado de calor, á pesar de las grandes variaciones del medio en que viven, dice: *Todo cuerpo inerte se pone á la temperatura del medio en que se halla: al contrario, todo cuerpo organizado rechaza el calórico que procura penetrarlo en temperaturas superiores. Acaso depende esto de las leyes de la propagacion del calórico no conocidas todavía muy bien por nosotros (1)*. Si solo estas leyes mal conocidas fueran las que produjesen en nosotros el mencionado hecho, ¿por qué no lo habian de producir igualmente en los cuerpos inertes? No, no son estas leyes ciertamente las que dan el resultado de nuestra igual temperatura en medio de los grados de calor mas diversos; y atribuirlo á ellas solas, es una solemnè contradiccion, contradiccion que hubiera evitado el escritor de que nos ocupamos, si, consecuente con la *finalidad* que él implícitamente afirma en la causa que dispone las anastómosis, hubiese pensado que existe en nosotros un poder que siempre obra con un objeto conservador; si no hubiera olvidado que todo, en los séres dotados de vida, es diferente de lo que se verifica en los que no la tienen; si, finalmente, no hubiera desconocido que el hecho referido no admite otra explicacion, que la que, fundándose en el conocimiento de los esfuerzos sinérgicos de la naturaleza, afirma que ésta lo dispone todo del modo mas conducente para impedir la nivelacion de la temperatura de los séres regidos por esta *causa providente*. Recurriendo, por otra parte, á las leyes de la propagacion del calórico, para darnos razon del referido hecho, ¿cómo no conoció que tal explicacion es absurda? Pues qué, la tolerancia de nuestra economía á las desnivelaciones caloríficas externas,

(1) BICHAT, Anatomía general, Tom. II, Pag. 325.

ya excesivas, ya defectuosas, ¿no está sometida á la ilimitada influencia del *hábito*? ¡Y quién es el fisiólogo que quiera explicarnos ese hábito por medio de leyes meramente físicas!

Harémos mencion últimamente de otra contradiccion en que incurrió BICHAT, que, por influir de un modo mas inmediato en la práctica, debe fijar especialmente nuestra atencion. Ya hemos dicho que BICHAT afirmó que todo fenómeno patológico depende de un *aumento, disminucion ó depravacion de sus propiedades vitales*: y como éstas, en su opinion, son *las causas* de los fenómenos que en los séres vivos se observan, de aquí resulta que todo fenómeno morboso, segun él, debe depender de la modificacion de esas causas.

Es cierto que la verdadera doctrina vitalista formula esta proposicion de un modo *preciso, claro y evidente*, y la rodea de tal verdad, que la hace *indudable*, aún para los espíritus mas escépticos, como despues, en la exposicion que harémos de sus principios, tendrémos lugar de demostrar. Teniendo, en efecto, solamente en cuenta aquella doctrina la causa que dirige nuestros actos, desvanece todo motivo de duda. Pero aún emitida del modo que lo hizo BICHAT, parecia natural que, para ser consecuente, se opusiese de un modo inflexible á no ver en la enfermedad sino *su lado material, su localizacion*; á someterlo todo á la *anatomía patológica*, y á que se perdiese de vista la *modificacion dinámica primitiva*, que, á no dudarle, es la causa que produce la lesion de los órganos. Pero BICHAT no podía ser consecuente con una idea que le separaba de sus convicciones materialistas; así es que nos dice: «Nosotros estamos, á mi parecer, en una época en que la anatomía patológica debe tomar un nuevo acrecentamiento. Esta ciencia no considera solamente los desórdenes orgánicos que sobrevienen lentamente, ya como *principios* ó ya como resultados, en las enfermedades crónicas, sino que examina además todas las alteraciones que pueden experimentar nuestras partes en cualquiera época

Otra contradiccion.

«que se miren sus enfermedades, las cuales, *casi todas*, á «excepcion de ciertos géneros de calenturas y afecciones «nerviosas, CORRESPONDEN á esta ciencia.» Y mas adelante: «La medicina rechazada por mucho tiempo del seno de las «ciencias exactas, exigirá con razon el asociarse á ellas, á «do menos para el diagnóstico de las enfermedades, cuando «se haya en todas partes unido á una escrupulosa observa- «cion, el exámen de las alteraciones de nuestros órganos. «Este camino comienza á ser el de todos los buenos talen- «tos: sin duda será bien pronto general. *¿De qué sirve la «observacion, si se ignora el sitio del mal?»* (1).

En este período hay varias frases que están en abier- ta contradiccion con el aserto emitido por el mismo BICHAT sobre la índole de las enfermedades. En primer lugar asegura que *casi todas las enfermedades*, á excepcion de ciertos géneros de calenturas y afecciones nerviosas, CORRESPONDEN, es decir, *pertenecen, son del dominio* de la *anatomía patológica*: siendo así que, si todo fenómeno morboso es efecto, segun él mismo lo afirma, de la modificacion de la causa de los fenómenos vitales, aquella parte de la medicina, la anatomía patológica, nunca podrá darnos una explicacion completa de los estados morbosos. La anatomía patológica podrá, es verdad, esclarecer mas de un punto oscuro de la historia de los males humanos: podrá tambien, estudiada con una lógica inflexible, dirigir los mas fuertes ataques al materialismo médico; pero de ningun modo será bastante á explicarnos ni la *patogenia*, ni el *peligro* de las enfermedades. Y para convencerse de ello, basta tener presente: 1.º que aún no se ha estudiado la parte de la medicina de que hablamos, bajo el punto de vista de relacionar, *en todos los casos*, la alteracion de la parte orgánica con la afeccion vital que le da origen; 2.º que es imposible comprobar que haya *tal relacion* entre la lesion del agregado material, y la *intensidad* ó el *peligro* de las enfermedades,

(1) BICHAT, Anatomía general, Tom. 1, Pag. 105 y 106.

que la lesion pueda considerarse como causa del estado patológico. Y si esto es así ¿cómo pudo BICHAT asentar la proposicion citada?

Si despues de lo que acabamos de decir pasamos á analizar esa proposicion, no nos cabrá duda alguna de su falsedad. No, no *corresponde* la mayor parte de las enfermedades á la anatomía patológica, es decir, esta ciencia no puede dar de ellas una explicacion satisfactoria, cual la inteligencia humana necesita, para conocerlas completamente. ¿Cómo podrá demostrárse nos que los padecimientos internos en que la causa ocasional solo es un *pretexto* con el que se presenta una enfermedad, que jamás es proporcional ni *cuantitativa* ni *cualitativamente* á esa causa; de la misma manera que los *espontáneos*, aquellos en que es imposible invocar la accion de ninguna causa externa y que muchas veces se producen con un fin conservador: ¿cómo podrá demostrárse nos, repetimos, que todos estos padecimientos, ya con lesion orgánica coexistente, ya sin ella, estén dominados por la *anatomía patológica*, puedan ser explicados por ella, y su patogenia sea del dominio de esta parte de la medicina? No, no podemos admitirlo; y mientras mas se estudien los libros de anatomía patológica, mientras mas se analicen con lógica rigurosa los hechos en ellos consignados, tanto más nos convencerémos de la imposibilidad de tal explicacion.

En segundo lugar, en el citado período está contenida la célebre frase, que ha servido á BROUSSAIS de epígrafe en el exámen de las doctrinas médicas, y que se repite con frecuencia por los organicistas, como prueba de sus opiniones científicas. *¿De qué sirve la observacion si se ignora el sitio del mal?* A esta interrogacion contestamos nosotros con esta otra: *¿de qué sirve el conocimiento del asiento del mal, cuando se ignora su naturaleza?* De nada ciertamente. Y por ventura, el conocimiento de la *naturaleza* de los males ¿resulta de el de sus localizaciones, ó, por el contrario, de la *observacion* mas detenida, auxiliada por la *razon*?

Es verdad que ésta se ve en la necesidad de recurrir,

para conseguir el conocimiento que se desea, al mas circunstanciado análisis de las *costumbres fisiológicas*, de los *hábitos patológicos y terapéuticos*, de la *herencia*, de la *constitucion epidémica reinante*, del *modo de presentarse los síntomas*, ya con *pródromos*, ya *sin ellos*, de la *marcha de la enfermedad*, de la *influenzia* que en su giro han ejercido los *medicamentos*, y de las *variaciones* que experimenta el *cuadro sintomático*, teniendo en cuenta, en muchas ocasiones, hasta el *periodo del dia* en que esto se verifica; y despues de haber apreciado todas estas circunstancias, y algunas otras que omitimos por no ser prolijos, recurre á la *exploracion fisica*, para valuar la *naturaleza*, la *intensidad* y la *extension* de las lesiones materiales, de la *localizacion de la afeccion vital*. Pero ¿con qué objeto debe el médico hacer esto último? Únicamente con el de comprobar lo que por el análisis de los extremos antes mencionados ya sabía, ó, por lo menos, sospechaba con la mayor verosimilitud; ó bien con el de apreciar la intensidad de la lesion material, para inferir de ella, en ciertas circunstancias, indicaciones que, aun cuando *urgentes*, aun cuando *perentorias*, no por eso dejan de ser *subalternas*. Sabe, en efecto, que tal modificacion afectiva tiene predileccion, para verificar sus localizaciones, por tal aparato, con preferencia á los otros: sabe además que á tal afeccion vital corresponde un *modo de lesion del agregado*, diferente del que es propio de otras afecciones de *diversa naturaleza*; sabe en fin que, en *ciertas ocasiones*, puede extinguirse la vida por la intensidad de la lesion de un *aparato orgánico*; y sirviéndose de estos datos, suministrados por la *anatomia patológica*, recurre á la exploracion orgánica para comprobar lo que ya, por la apreciacion de todas las referidas circunstancias, podía haber previsto.

Pero nos es necesario tener en cuenta, para no equivocarnos en el juicio que de la *anatomia patológica* hayamos de formar, que, en infinidad de ocasiones, una afeccion vital, sin sufrir la mas mínima *alteracion en su naturaleza*, y, por consiguiente, exigiendo el mismo método curativo, pue-

de, por circunstancias apreciables unas veces, y otras, las mas, inapreciables, localizarse *en otro ú otros órganos diferentes* de aquel, ó de aquellos, en que generalmente, y *según su propia naturaleza*, lo verifica: que otras veces, el órgano está colocado tan profundamente, ó su lesion es tan poco graduada, que la exploracion física no puede darnos los datos confirmativos que de ella pudiéramos esperar; sin que en estos estados pueda ilustrarnos, sobre el grado de la alteracion del órgano, la intensidad de las modificaciones funcionales, pues es indudable que no hay *una relacion constantemente proporcional* entre la alteracion de la parte material y la de las funciones que ella, en calidad de instrumento, ejecuta: que en otras ocasiones, finalmente, existe de un modo indudable la modificacion vital, sin dar origen á la *mas pequeña* localizacion. Y en estos tres órdenes de casos, que evidentemente abundan en la práctica, ¿qué servicios nos prestará la exploracion física, cuyo objeto, en último resultado, es el mismo que se propone la *anatomía patológica*? Desgraciado el médico que cree sacar las indicaciones curativas del estado de los órganos en casos de esta clase; no puede encontrar sino amargos desengaños, puesto que es imposible que la naturaleza humana se preste de modo alguno á confirmar las opiniones por él profesadas, opiniones en virtud de las cuales el hombre se convierte en una pura máquina.

Hemos visto que BICHAT, despues de haber declamado contra el fisicismo, fué, del modo mas inconsecuente, arrastrado por él; razon por la cual creemos que le es aplicable la sentencia que él mismo dictó contra ciertos escritores. Dice en efecto: *El autor mismo, aun sin advertirlo, sigue de ordinario el impulso que se ha dado á la ciencia en la época en que escribe (1)*. ¿Y no es seguro que, si el espíritu de la época en que BICHAT escribió hubiese sido

(1) Anatomía general, Introduccion, Pag. 59.

menos afecto á las aplicaciones de las ciencias físicas á la medicina, no hubiera cometido las contradicciones que en sus escritos se notan? Sí, indudablemente; pero tambien es incuestionable que no hubiera incurrido en estas contradicciones, si hubiese leído con detencion los *Nuevos elementos de la ciencia del hombre* del inmortal BARTHEZ. Ellos le hubieran á la vez librado de la tiránica opresion de las ciencias físicas, que encadenaban el vuelo de su inteligencia; y le hubieran hecho observar, aunque no hubiese sido sino por imitacion, las reglas del método inductivo en su aplicacion á la antropología. Entónces ciertamente no hubiera censurado, como lo ha hecho, quizás sin comprenderlo, al autor que acabamos de citar.

BROUSSAIS.

XI. Despues de habernos ocupado de las opiniones de BICHAT, debemos ahora hablar de F. J. V. BROUSSAIS, su discípulo y digno sucesor. Hombre dotado de una inteligencia fogosa, de un carácter inflexible, de un atrevimiento y resolucion sin límites, de una locucion propia para brillar y seducir en la discusion, y profesando además las opiniones filosóficas *materialistas mas indudables*, como lo acredita su *Tratado de la irritacion y de la locura*; fundó un sistema de medicina, que, por lo fácil de comprender y de aplicar á la práctica, por la profunda conviccion y la habilidad con que su autor lo supo exponer y defender, y últimamente, por su armonía con las creencias filosóficas de la mayoría de los médicos entónces existentes, se generalizó de un modo extraordinario, ofuscando algunas inteligencias, que solo á fuerza de reflexion y desengaños han podido sacudir su yugo.

No nos detendremos á explicar é impugnar todas las opiniones médicas de este autor. Semejante trabajo, sobre ser en extremo extenso y separarnos por consiguiente de nuestro objeto, sería además infructuoso; pues siendo un sistema que poco há nació, y cuya decadencia y aniquilamiento hemos presenciado, no podríamos hacer otra cosa

que copiar lo que plumas mejor cortadas que la nuestra han escrito. Y como de esta tarea, por otra parte poco grata, no resultaría ventaja alguna para el lector, en cuyos oídos todavía resuena el eco de las elocuentes palabras de los MIQUEL, F. BERARD, J.-B. CAYOL y tantos otros, que en contra de tan exagerado sistema y á favor de la doctrina tradicional han disertado; de aquí es que nosotros creemos oportuno hacer solo una rápida exposición de sus principales opiniones; deducir las consecuencias que de tales premisas se desprenden, é impugnarlas con las razones que el vitalismo hipocrático nos suministra.

BROUSSAIS parte para la construcción de su sistema del mismo hecho que sirvió á BROWN para edificar el suyo. La primer proposición establecida por él, y puesta al frente de su *Exámen de las doctrinas médicas*, es la siguiente: *La vida del animal solo se sostiene por los estímulos externos*, (BROWN); *y todo lo que aumenta los fenómenos vitales es estimulante* (1). Esta proposición, aunque no en la forma, en el fondo es igual á la que sirvió de fundamento al reformador escocés; y tan distante está BROUSSAIS de negarlo, que al final del primer período lo cita. La diferencia está en el segundo período, donde el autor de quien hablamos fija los caracteres de lo que debe entenderse por estimulante, siendo así que BROWN, en la segunda parte de la suya, se eleva á la concepción de la causa que tras el fenómeno *estimulación ó incitación* se ve nuestra inteligencia obligada á afirmar, es decir, la *incitabilidad*. Este rasgo es bastante significativo. Á nuestro entender contiene en sí, bien interpretado, la clave que nos explica cómo habiendo partido ambos de un mismo hecho, es decir, de la modificación que sufre nuestra economía cuando experimenta la acción de los agen-

El punto de partida del sistema de BROUSSAIS es análogo al de BROWN.

(1) «*La vie de l' animal ne s' entretient que par les stimulants extérieurs* (BROWN); *et tout ce qui augmente les phénomènes vitaux est stimulant.*»—BROUSSAIS, *Examen des doctrines médicales et des systèmes de nosologie*, tom. I, prop. I.

tes que ejercen sobre ella una influencia de cualquier clase, se han separado, no obstante, en sus principios ulteriores, del modo mas contradictorio. BROWN, como hemos visto, concibe la causa del fenómeno, y, dotado de una inteligencia lógica y metafísica bastante poderosa, formula, con el éxito que ya hemos referido, las leyes á que dicha causa está subordinada en la producción del efecto, fijando por consiguiente su atención, de un modo exclusivo, el lado metafísico del hecho de que se ocupa, *la incitación*. BROUSSAIS, por el contrario, con las opiniones sensualistas mas arraigadas, desprecia el lado de que BROWN se habia apoderado; trata de *ontologista* lo mismo á este autor que á todo el que lo imita, epíteto que en su diccionario particular equivale á *visionario*; y, deslumbrado por la aparente claridad que á su inteligencia, como á todas las de su temple ó de sus anteriores creencias filosóficas, ofrece lo *sensible*, lo *perceptible*, lo *contingente*, lo *fenomenal*, se hace cargo exclusivamente del lado *material* del hecho que debe ser explicado, la *incitación* ó *estimulación*, de su *localización* sobre la parte material de nuestra economía, y de *las leyes* á que esta localización está sometida.

Tal es, á nuestro entender, la diferencia radical que existe entre los dos sistemas médicos mas agitados en estos últimos tiempos, y de los que han tomado origen, bajo esta ó aquella forma, algunas opiniones médicas defendidas por ciertos autores de la época actual. ¿Qué es, en efecto, el contra-estimulismo, sino un nuevo desarrollo del brownismo? ¿qué el anatomo-patologismo y el organicismo en toda su pureza, sino nuevos desarrollos de las miras materialistas que fascinaban á BROUSSAIS? Y como estos dos autores, partiendo de un mismo hecho, se diferencian despues por el punto de vista filosófico en que cada uno de ellos se coloca, podrémos afirmar, sin temor de equivocarnos, la verdad de la proposición siguiente: QUALIS PHILOSOPHIA, TALIS MEDICINA.

rápida enumeracion de los principales principios del sistema de BROUSSAIS. Estos principios se consideran por su autor como incuestionables, y son los siguientes:

nidas en las
obras de
BROUSSAIS.

1.º La salud supone el ejercicio regular de las funciones: (1), y dicho ejercicio la comunicacion de la excitacion ó estimulacion fácil, continua y en todas direcciones, entre las diferentes partes del cuerpo (2).

2.º La enfermedad resulta de la irregularidad de las funciones (3), y la idea de la enfermedad está representada por la de la alteracion de una funcion, DEPENDIENTE de la lesion de su instrumento ó de su órgano (4).

3.º Las alteraciones de la salud (las enfermedades) jamás se producen *espontáneamente*, sino que siempre son efecto de que los estimulantes exteriores, destinados á sostener las funciones, han acumulado la excitacion en una parte, ó porque han faltado á la economía, ó porque ésta ha sido estimulada de un modo que repugna al ejercicio de las leyes vitales; porque existen entre los modificadores exteriores, y el conjunto ó las diferentes partes del organismo, ciertas relaciones de tal naturaleza, que los unos agradan, los otros repugnan á las leyes vitales, siendo éstos últimos los venenos (5). Éstos producen diferentes formas de infla-

(1) «*La santé suppose l'exercice régulier des fonctions; la maladie résulte de leur irrégularité; la mort, de leur cessation.*»—Examen des doctrines médicales etc., tom. I, prop. LXVII.

(2) «*Une communication de l'excitation, facile, continuelle, et dans toutes les directions entre les différentes parties du corps, est indispensable pour entretenir l'équilibre des fonctions.*»—*Id.* prop. LIX.

(3) Examen des doctrines médicales etc., prop. LXVII citée.

(4) «*Ainsi, l'idée de maladie est représentée par celle de la lésion d'une fonction, DÉPENDANTE de la lésion de son instrument ou de son organe.*»—BROUSSAIS, Cours de pathologie et de thérapeutique générales, tom. I, pag. 33, leç. III.

(5) «*La santé ne s'altère JAMAIS SPONTANÉMENT, mais toujours parce que les stimulants extérieurs destinés à entretenir les*

macion, en las que, si se observa irregularidad en su marcha, si terminan por un estado de *inercia* y *gangrena*, y si necesitan de operaciones quirúrgicas, todo esto se observa en las *inflamaciones ordinarias*, ó que no son producidas por aquellos modificadores que repugnan á las leyes vitales. Llega en fin hasta tal punto la *semejanza* entre estas dos especies de la inflamacion, que hasta las *lesiones orgánicas* y el *método curativo* son con corta diferencia *iguales* (1).

4.º Aun cuando BROUSSAIS afirma que hay ciertos agentes que disminuyen la vida de los órganos con quienes están en relacion, tambien asegura que el dolor que se desarrolla en el lugar debilitado, hace las veces de un excitante que reanima los fenómenos vitales, produciéndose, en su consecuencia, una excitacion (2).

5.º Tambien asegura que la ausencia de algunos de los estimulantes necesarios á la vida, como la de los alimentos,

fonctions, ont cumulé l' excitation dans quelque partie, ou parce qu' ils ont manqué à l' économie, ou parce que l' économie a été stimulée d' une manière qui répugne à l' exercice des lois vitales; car il existe des rapports entre les modificateurs extérieurs et l' ensemble, ou les différentes parties de l' organisme, tels que les uns plaisent, les autres répugnent aux lois vitales, et ces derniers sont les poisons.—Examen des doctrines médicales etc., *prop. LXII.*

(1) «*Jen' aurai pas besoin de vous arrêter longtemps sur les différentes formes des ces inflammations, (c' est à dire, des inflammations spécifiques) attendu que vous y retrouverez presque identiquement ce que vous avez déjà vu dans les inflammations ordinaires: si elles vous offrent de l' irrégularité dans leur marche, vous avez déjà vu de l' irrégularité dans la marche des inflammations ordinaires; si elles se terminent par un état d' inertie et de gangrène, vous avez déjà vu cette terminaison dans les inflammations ordinaires; si elles exigent des opérations chirurgicales, vous avez vu que les inflammations ordinaires en ont aussi exigé quelquefois, etc.*»

«*Les altérations cadavériques sont les mêmes, le traitement, à peu de chose près, aussi le même que dans les inflammations ordinaires.*»—Cours de pathologie etc., *tom. IV, pag. 214, leq. XCVII.*

(2) «*Certains modificateurs extérieurs diminuent les phéno-*

en vez de producir debilidad ó abirritacion, desarrolla por el contrario la inflamacion (1); y que la mayor parte de las debilidades son consecutivas y determinadas por sobre-excitaciones (2).

6.º Afirma tambien que no hay exaltacion ni disminucion generales y uniformes de la vitalidad de los órganos (3):

7.º Que la exaltacion principia siempre por un sistema orgánico, y se comunica á otros, ya en el mismo aparato, ya en otro diferente (4):

8.º Que las *diátesis* no son sino *propagaciones* de la *irritacion* que tiende á extenderse por semejanza de tejido y de sistema orgánico (5):

9.º Que la fiebre no es otra cosa que el resultado de una irritacion primitiva ó simpática del corazon (6):

mènes de la vie dans les organes avec lesquels ils sont en rapport; mais la douleur qui se développe dans le lieu de débilité, fait l'office d'un excitant qui y rappelle les phénomènes vitaux, tantôt dans un mode favorable, tantôt dans un mode nuisible à la conservation de l'animal.—Examen des doctrines médicales etc., prop. LXIII.

(1) «*La faim non satisfaite produit la gastrite et celle-ci développe ses sympathies accoutumées.*»—Id., prop. CCCII.

(2) «*C'est que la plupart des débilités sont déterminées par des sur-excitations.*»—Cours de pathologie etc., tom. I, pag. 73, leç. V.

(3) «*Il n'y a ni exaltation ni diminution générales et uniformes de la vitalité des organes.*»—Examen des doctrines médicales etc., prop. LXXII.

(4) «*L'exaltation commence toujours par un système organique, et se communique à d'autres, soit dans le même appareil, soit ailleurs.*»—Id., prop. LXXIII.

(5) «*L'irritation tend à se propager par similitude de tissu et de système organique; c'est ce qui constitue les diathèses: cependant elle passe quelquefois dans des tissus tout différents de ceux où elle a pris naissance, et plus souvent dans les maladies aiguës que dans les chroniques.*»—Id., prop. XCVIII.

(6) «*La fièvre n'est jamais que le résultat d'une irritation du cœur primitive ou sympathique.*»—Id., prop. CXII.

10.º Que todas las fiebres esenciales de los autores, se refieren á la gastro-enteritis simple ó complicada (1):

11.º Finalmente, que las crisis son irritaciones simpáticas, que las principales vísceras determinan en los órganos secretorios, en los exhalantes y en la periferia, cuando llegan á *un grado de intensidad mayor* que el que tiene la irritación de las vísceras antedichas (2).

Inoportuno nos parece detenernos por mas tiempo en la exposicion de los principios del sistema de BROUSSAIS: los rasgos principales quedan expuestos, con los cuales es posible formar juicio de su conjunto. Pero deduzcamos las consecuencias que de tales premisas naturalmente se desprenden.

Critica de las proposiciones citadas de BROUSSAIS.

Si la enfermedad siempre supone alteracion en las funciones; si ésta es *dependiente* de la lesion del órgano ó instrumento que la ejecuta, habrá por necesidad una relacion proporcional constante entre ésta y aquella, á saber, la relacion del efecto á la causa: ¿y se verifica esto en la realidad? La lectura reflexiva de los libros de anatomía patológica, el análisis de los casos en ellos consignados, y la práctica diaria, fructificada por una sana lógica, podrán contestar.

Critica de la proposicion LXII de BROUSSAIS y de una frase de la lec. XCVII del curso de patología y terapéutica.

Si no hay enfermedades espontáneas, si todas son efecto de la accion de los estimulantes exteriores destinados á sostener las funciones, habrá la misma relacion proporcional, de que acabamos de hablar, entre la accion de los modificadores y la enfermedad: ¿y sanciona la experiencia

(1) «*Toutes les fièvres essentielles des auteurs se rapportent à la gastro-entérite simple ou compliquée. Ils l'ont tous méconnue lorsqu' elle est sans douleur locale, et même lorsqu' il s' y trouve des douleurs, les regardant toujours comme un accident.*»—Examen des doctrines médicales etc., prop. CXXXIX.

(2) «*Si les irritations sympathiques que les principaux viscères déterminent dans les organes sécréteurs, exhalants et à la périphérie, deviennent plus fortes que celle de ces viscères, ceux-ci sont délivrés de la leur, et la maladie se termine par une prompte guérison. Ce sont les crises. Dans ces cas, l'irritation marche de l' intérieur à l' extérieur.*»—Id., prop. XCIV.

semejante aserto? Cualquier médico que haya visto enfermos puede contestar á esta pregunta. Que diga si no ha observado, en infinidad de ocasiones, producirse enfermedades de las que resultan unas veces los efectos conservadores mas indudables, otras las tendencias mortíferas mas visibles, sin que el individuo haya variado en nada su régimen de vida, sin que sea posible atribuir fundadamente la produccion de tales males ni al aumento, ni á la disminucion de los estimulantes, ni á la accion de ninguno de los agentes que repugnan á las leyes vitales: que diga finalmente si no ve todos los dias enfermedades intensas, procedentes de pequeños errores en el uso de los modificadores higiénicos, y *vice-versa*, males insignificantes ó nulos, despues de un abuso monstruoso de aquellos agentes. Y si todo esto es positivo, si todo esto se comprueba mil y mil veces en la práctica de cualquier médico, ¿con qué razon defiende el autor de la *Medicina fisiológica* que las enfermedades no pueden ser producidas espontáneamente?

Con respecto á la semejanza que BROUSSAIS trata de establecer en la leccion XCVII de su *Curso de patologia y terapéutica generales*, entre las inflamaciones francas y las producidas por los agentes tóxicos, ó sean las específicas, no tenemos que sacar consecuencia alguna para destruir tan monstruoso aserto. Observando nosotros, en lo que nos es posible, las reglas prescritas para la dilucidacion de las cuestiones pertenecientes á las ciencias de observacion, siempre buscamos la aplicacion de los principios á la práctica, y en el caso que nos ocupa, nuestro autor se ha adelantado á nosotros; pues afirmando que hasta las *lesiones cadavéricas*, y el *método curativo*, son *con corta diferencia iguales* en estas dos clases de inflamaciones, ha deducido la consecuencia que nosotros pudiéramos haber sacado. ¿Y habrá un solo médico que no rechace semejante error?

Aun cuando el autor de quien hablamos admite que las causas de las enfermedades consisten en el *aumento* ó *disminucion* de la accion de los modificadores estimulantes

Las proposiciones LXIII, CCCII, y un periodo de la leccion V. del

curso de patología, hacen creer que BROUSSAIS casi no prestaba atención á las abirritaciones.

externos, pues en la de los venenos solo tiene en cuenta la inflamacion que de ella resulta, de lo cual debe inferirse que, segun sus miras, la naturaleza de los padecimientos solo consiste en la *irritacion* ó en la *abirritacion*, en el *exceso de accion* ó en su *disminucion* mas ó menos intensas; no obstante, como, segun él, la debilidad procedente de la accion de los modificadores debilitantes, por el dolor que le acompaña, es seguida de irritacion: como la sustraccion de los estímulos naturales, en algunos órganos, como el estómago, tambien produce, segun él, irritacion: como, finalmente, la *inflamacion*, que no es, segun el sistema que nos ocupa, sino el grado extremo de la irritacion fisiológica, constituye el principal fenómeno, el fenómeno mas considerable de la patología, segun BROUSSAIS (1), y la debilidad, segun el mismo, es en el mayor número de ocasiones solo consecutiva: se deduce de todo esto el gran papel que en su sistema desempeñan la irritacion y la inflamacion, y el casi insignificante que se concede á la debilidad. De donde se infiere, que los antilogísticos y los tónicos son suficientes para llenar todas las indicaciones terapéuticas; y que, en la infinita mayoría de los casos, los primeros son los que están indicados.

¿Y la observacion clinica sanciona con su inapelable fallo semejantes proposiciones? Querer reducir á dos clases de medicaciones todas las que han admitido los hombres que, sin miras sistemáticas anteriores, sin preocupaciones, han sabido observar la naturaleza, es el mayor de los errores. ¿Qué analogía, útil para la práctica, existe entre un emético y un astringente, un narcótico y un alterante, y entre todos éstos y las dos clases de medicamentos admitidos por BROUSSAIS? Ciertamente ninguna: y el que crea que los diferentes medios de que dispone el médico para dirigir á una feliz terminacion los males humanos, se reducen todos á los *debi-*

(1) «*L' inflammation est le principal phénomène de la pathologie.*»—Cours de pathologie etc., tom. I, pag. 74, lec. V.

litantes y á los *tónicos*, se ve en la necesidad de echar en olvido el modo especial de obrar de los diferentes medicamentos, y de desatender las indicaciones que ellos están llamados á satisfacer; doble error que en el reinado del bruscismo obcecó á infinidad de inteligencias, que con opiniones contrarias hubieran sido mas útiles á la humanidad. ¿No hemos visto en tan aciaga época la fiebre *inflamatoria* como la *biliosa*, la *atáxica* como la *adinámica*, que á título de inflamaciones locales mas ó menos graduadas, eran dirigidas por los mismos medios terapéuticos? ¿No hemos visto la *pneumonía biliosa*, la *catarral* y aún la *adinámica*, ser constantemente dirigidas por el método que solo conviene á la *inflamatoria*? Y si alguna vez es usado ese método por el práctico en aquellas *pneumonías*, ¿quién podrá desconocer que es solo cumpliendo con una indicacion secundaria, y siempre con la mayor moderacion? Pero no era posible esperar otros resultados prácticos del sistema que, despreciando completamente las lecciones de la experiencia, niega con obstinacion la diferencia esencial de los padecimientos. Él, en efecto, aun cuando admite *irritaciones* y *debilidades*; como estos dos estados están sometidos al exceso ó disminucion de la estimulacion fisiológica, y suponen siempre, para ser valuados, el grado de la excitacion normal; se infiere legítimamente que no son sino gradaciones de esta última: de modo que, entre la abirritacion ó debilidad mas profunda y la mas violenta excitacion, habrá necesariamente una multitud de grados intermedios, cuyo centro será ocupado por el estado fisiológico. Y dos modos de ser, que solo se diferencian en cantidad, ó en el mas ó el menos, ¿son esencialmente diversos?

Pero ocupémonos de las otras proposiciones de BROUSAIS, que hemos expuesto. Si no hay exaltaciones ni disminuciones *generales* de la vitalidad de los órganos; en un estado pletórico que sobreviene á un jóven sanguíneo, en la estacion de primavera, y que está acostumbrado á sangrarse en épocas anteriores, no solo tolerando estas evacuacio-

Critica de la
proposicion
LXXII.

nes, sino adquiriendo nuevo grado de vigor despues de ellas, habrá por necesidad alguno ó algunos órganos debilitados: y *vice-versa*, en otro que, á consecuencia de una passion moral deprimente ó de la inspiracion de uno de esos venenos gaseosos, denominados antivitales, se encuentre constituido en un estado sincopal, habrá indispensablemente algun órgano irritado. ¿Y son admisibles tales consecuencias, deducciones legítimas de la proposicion establecida por BROUSSAIS? Sería necesario para ello, que, en el primer caso, á la sangría, la quietud y la dieta, medios que la razon y la práctica aconsejan como exclusivos para curarle, se debiese agregar algun otro medio excitante, en armonía con la debilidad que por necesidad habia de existir, segun este sistema, en alguno de los órganos; y que en el segundo, á los estimulantes mas poderosos, fuera preciso unir, para llenar las indicaciones que el estado sincopal nos ofrece, evacuaciones de sangre sobre el órgano afectado de irritacion. ¿Y quién no conoce que semejante práctica es rechazada aún por los mismos que establecen las proposiciones de que aquella se deduce?

Critica de la
proposicion
LXXIII de
BROUSSAIS.

Si la exaltacion principia siempre por un sistema orgánico, y solo se generaliza comunicándose á otros, ya en el mismo aparato, ya en otra parte; se infiere que todas las enfermedades de excitacion son primitivamente locales, y que nunca el sistema de las fuerzas es afectado con anterioridad al agregado material, siendo éste el que, con su lesion local, abre la escena de todos los padecimientos irritativos sin excepcion. ¿Y los hechos comprueban tal aserto? Léjos de ello, demuestran todo lo contrario. Todo médico atento observador de la marcha de los males, afirmará con nosotros que en el mayor número de padecimientos, procedentes de causas internas, lo primero que se presenta es ese estado de abatimiento, de mal estar, de languidez y de angustia, estado intermedio entre la salud y la enfermedad, que lleva el nombre de *prodrómico*, y en el que la lesion del órgano en que despues se ha de localizar el mal, aún no

existe; y si algo se observa, es desproporcionado al aparato sintomático: que en otras ocasiones, en medio de la salud mas brillante, se declara un frio, por el que, sin el mas mínimo pródromo, principia la enfermedad; frio que casi siempre subsigue tambien al período prodrómico al estallar aquella, y que no es, á nuestro entender, lo mismo en el uno que en el otro caso, sino el preliminar necesario para desarrollar la naturaleza sus actos conservadores. Pero si la fiebre que despues se presenta dura mas ó menos tiempo, y en muchos casos se extingue, despues de haber corrido su curso, sin la coexistencia de ninguna lesion local; y si, cuando ésta aparece, nõ es proporcionada al grado de intensidad de la misma fiebre; ¿cómo podrá admitirse que las enfermedades internas principian siempre por la alteracion de un aparato orgánico?

BROUSSAIS afirma que las diátesis no son sino propagaciones de la irritacion, que propende á extenderse por semejanza de tejido y de sistema orgánico; de donde se infiere, 1.º *que él no admite ni cree en esas afecciones del sistema viviente, muchas veces hereditarias, que son causas esenciales y determinantes de un gran número de enfermedades; verdaderas afecciones dinámicas latentes, que solo esperan una ocasion favorable para manifestarse: 2.º que todas las diátesis son esencialmente iguales, puesto que la irritacion constituye su esencia: 3.º que los medios terapéuticos propios para curar las irritaciones, son los indicados para la curacion de todas las diátesis.*

Critica de la
proposicion
XCVIII de
BROUSSAIS.

1. Solo un exagerado sistemático, como lo fué BROUSSAIS, puede negar la existencia de esas afecciones dinámicas latentes, que en mil ocasiones estallan por sí espontáneamente sin necesidad de provocacion, y que en otras se presentan con el mas insignificante motivo, y siempre con una fisonomía y unas tendencias individuales que las caracterizan, que á ellas solas son propias. El que haya observado el modo de desarrollo, la marcha y las diversas evoluciones de la *gota*, del *reumatismo*, de la *sífilis*, del *cáncer*, de la *raquitis*, de las

Refutacion
de la primera
consecuencia.

escrófulas, &c., ¿podrá dudar de la existencia de tales afecciones? Lo creemos imposible. Pero es mas; si como lo afirma el autor de quien hablamos, tales estados no son sino propagaciones de la irritacion; cuando ésta aún no existe, y sin embargo, como hemos dicho, fundados en la observacion clínica, se desarrolla el mal espontáneamente, con su aire marcado de familia, con sus caractéres propios, ¿quién le dió el primer impulso? ¿quién hizo que se especializase?

Impugnacion
de la segun-
da conse-
cuencia.

2. La segunda consecuencia que se deduce de la proposicion de BROUSSAIS, es que todas las diátesis son esencialmente iguales, puesto que la irritacion constituye su esencia. Y esta consecuencia ¿no es, por lo menos, tan inadmisibile como la primera? ¿Quién que no esté totalmente obcecado, al reflexionar en la genealogía ó patogenia de tales estados afectivos, en su modo de desarrollo, en su marcha, en sus terminaciones, en una palabra, en su modo de ser propio, no afirmará sin la menor duda la diferente *esencia ó naturaleza* de que cada una de ellas está dotada?

Impugnacion
de la tercera
consecuen-
cia.

3. Últimamente, el autor del *Exámen de las doctrinas médicas* estableció en su proposicion XCVIII la premisa para que se dedujese que todas las diátesis, sin excepcion, deben ser dirigidas en su curacion por medio de los antiflogísticos: error de inmensa trascendencia, que ha inmolado infinidad de víctimas; pero que, por lo exagerado y por lo repugnante que es al buen sentido, ha sido quizás el mas poderoso móvil que ha impulsado á los médicos á rechazar el principio que le sirve de fundamento. ¿A quién podrá, en efecto, hacerse creer que el *cáncer* como las *escrófulas*, la *gota* como la *sífilis*, el *reumatismo* como el *escorbuto*, la *diátesis purulenta* como la *huesosa*, deban ceder á una misma medicacion, á la medicacion antiflogística? Para ello sería necesario que, prescindiendo de una de las leyes mas imperiosas de nuestra inteligencia, no estuviésemos obligados á contrariar, con medios *especiales* ó que se diferencian en su *naturaleza*, los estados morbosos que, procediendo con el mayor rigor lógico, deben por necesidad concebirse, á lo menos al pre-

sente, dotados de una naturaleza propia, *esencialmente diversa* de la de los demás. Sería tambien necesario que toda una generacion médica olvidase la sancion, que el uso de los medicamentos especiales ha recibido de nuestros predecesores, los cuales, sabiendo observar la naturaleza sin ideas anticipadas, han confirmado en infinidad de ocasiones sus virtudes medicamentosas, á medida que han sido descubiertas. Pero por fortuna semejante olvido es hoy imposible. Si alguno que otro individuo, deslumbrado por los progresos de la época actual, progresos que, casi todos, se fundan en la preferente categoría que se ha concedido á la parte material, desprecia con arrogancia el unánime asentimiento que nuestros antepasados prestaron á la accion especial de los medicamentos; es imposible que la inmensa mayoría de los médicos rechace alucinada tan respetable testimonio.

No se crea, por lo que acabamos de decir, que la escuela hipocrática actual defiende que el método antiflogístico, y particularmente las evacuaciones de sangre, estén de tal modo contraindicados en los diferentes estados DIATÉSICOS, que su uso sea del todo irracional. No. Esa escuela afirma que, entre tales estados, hay unos que necesitan de el uso de aquel método, hasta el punto de que sin él sería imposible la curacion. La diátesis *inflamatoria* y la *pletórica* están en este caso.

Cree tambien que cada uno de los estados DIATÉSICOS, está dotado de UNA NATURALEZA PROPIA, diversa de la de los demás: de donde se infiere legítimamente que, segun sea esa naturaleza, y segun se separe mas ó menos de la de los dos estados diatésicos mencionados, que por su índole indican la sangría, ésta estará mas ó menos contraindicada. ¿Quién ignora que las ESCRÓFULAS y el ESCORBUTO simples contraindican su uso de un modo infinitamente mas formal, que la GOTA ó el REUMATISMO tambien simples?

Defiende además la escuela hipocrática que, en cualquier estado DIATÉSICO, cuando, segun su naturaleza, puede ser complicado por los que indican necesariamente las evacua-

Advertencia
necesaria.

ciones de sangre, éstas deberán ser practicadas con mas ó menos reserva ó profusion, segun una infinidad de circunstancias, que, si bien es sumamente difícil apreciar en su justo valor, las facultades mentales á propósito para hacer de ellas una valuacion verdaderamente científica y médica, son, á nuestro entender, una de las muchas dotes de que necesita estar adornado el verdadero práctico.

Últimamente, la misma escuela está en la persuacion de que, en todos los *estados* DIATÉSICOS, cuando la *fluxion* es fuerte, y el órgano en que se verifica está dotado de tales cualidades *anatómicas* y *funcionales*, que si se desatendiese la congestion humoral que es efecto de aquella *fluxion*, se comprometería el individuo; se debe evacuar ya á título de *revulsion* ya de *derivacion*; pero nunca como MEDICAMENTO ESPECIAL, del que deba esperarse la curacion definitiva. La escuela hipocrática, pues, admite en estos casos las evacuaciones de sangre, como un medio *accesorio* y *secundario*, si se usa del cual, es solo para satisfacer necesidades *perentorias*, siempre *subalternas* á las *fundamentales* emanadas de la índole de la DIÁTESIS *primitiva*, accidentalmente complicada por el elemento *fluxionario*. Por esta causa, cuando éste deja de existir ó pierde su intensidad extremada, la atencion del práctico se debe dirigir al *primitivo elemento* del mal; y, lo que es mas todavía, aún durante el período en que la *fluxion* existe, nunca deberán en tales circunstancias verificarse las evacuaciones de sangre, sino con *gran circumspeccion*, y atendiendo á la *naturaleza de la afeccion primaria*, á los *hábitos* y á la *tolerancia vital* del enfermo respecto á esta medicacion, á la *intensidad del movimiento fluxionario*, y á la *estructura anatómica é influencia fisiológica* del órgano congestionado. Solo tratando de graduar en su justo valor, en cada caso particular, cada uno de estos datos, podremos deducir, como consecuencia, las circunstancias en que deben verificarse en ellos las evacuaciones de sangre. ¿Y cuánta no es la diferencia que hay entre este modo de obrar y el de la escuela que combatimos?

Continuando BROUSSAIS en su tarea de negar los mas incontestables principios en que se apoya la ciencia médica, principios que, emanados de una asidua, imparcial y reflexiva observacion, son y serán verdaderos mientras la naturaleza humana no experimente ningun cambio en su esencia; afirma *que la fiebre no es otra cosa que el resultado de una irritacion primitiva ó simpática del corazon.*

Critica de la
proposicion
CXII de
BROUSSAIS.

De esta proposicion se infieren algunas consecuencias, que repugnan á la experiencia diaria, á lo que dicta la razon, y finalmente, á lo que los hombres mas eminentes de nuestro arte, los hombres que han sabido observar é interpretar la naturaleza, unánimemente han asegurado. Infiérese, en efecto, en primer lugar, que *la fiebre siempre y en todas circunstancias es un mal que conviene combatir á viva fuerza hasta su completa extincion, como cualquiera otra irritacion orgánica que se cura por los principios de su sistema.* En segundo lugar, que *la fiebre nunca tiene objeto alguno, digno por su importancia de fijar detenidamente la atencion del médico;* y por último, que *los medicamentos antiflogisticos son los indicados para su curacion.*

Consecuen-
cias inmedia-
tas.

Si tales consecuencias, y la proposicion de que se deducen, fuesen verdaderas, nos veríamos en la necesidad de negar abiertamente, aun cuando la mas vulgar observacion nos lo compruebe todos los dias del modo mas irrefragable:

Consecuen-
cias prácti-
cas.

1. Que la fiebre, contenida en ciertos limites, sea el primero de los medios de curacion de que se vale la naturaleza para llevar las enfermedades á un feliz término. Bien se comprende que este término no es para nosotros ese abatimiento sepulcral, en el que la naturaleza, impotente en medio de los trastornos que artificialmente se le han hecho sufrir, postrada por las agresiones que imprudentemente se le han hecho experimentar, está constituida en una imposibilidad absoluta de poder relacer de un modo oportuno, y sucumbe por consecuencia al peso del mal, no sin exponer al individuo á la explosion de un estado maligno que repentinamente se haga mortal, á la repeticion del padecimiento

Primera.

en el momento en que aquella recobre la energía necesaria para funcionar debidamente, ó, en fin, al desarrollo de enfermedades crónicas, que en tales casos son de un pésimo carácter. Nosotros no creemos que la misión del médico es la de acallar los síntomas, constituyendo á la naturaleza en la imposibilidad de presentarlos. No; y por eso defendemos que el éxito feliz de los males consiste en que sean satisfechas las dos indicaciones siguientes: primera, *hacer que la causa primitiva del mal desaparezca; para lo cual se hace indispensable que la fiebre se sostenga, siempre que no sea de una naturaleza corruptiva, y que además esté contenida en sus justos límites:* segunda, *tratar de conseguir que los aparatos sintomáticos pierdan la excesiva intensidad que en algunas ocasiones adquieren, poniéndolos en armonía con la tolerancia ó resistencia de los enfermos;* pero de esto á tratar de sofocarlos del todo, bien se comprende que hay una distancia inmensa.

Advertencia.

En todo lo que hemos dicho acerca de la necesidad de sostener la fiebre en sus justos límites, para que por medio de ella se destruya la causa primera del mal, solo hablamos de los casos en que la enfermedad es producida por causas internas, y en que, apreciando los antecedentes y el estado actual del enfermo, hay motivos fundados para creer que existen fuerzas suficientes en el individuo para llevar el mal á un feliz término. En los casos contrarios, en ciertas enfermedades *accidentales ó traumáticas*, en las *malignas* ó como ya hemos dicho, en las *corruptivas*, y finalmente, en las que todo hace creer que las fuerzas han de vacilar antes de que la enfermedad se resuelva, están indicados los métodos perturbadores. Si un médico imbuido en el principio de BROUSSAIS de que nos ocupamos, tratase de combatir á viva fuerza, y hasta su completa extincion, por medio de los antiflogísticos, ya la fiebre de incubacion de la viruela ó de cualquier exantema cutáneo, ya la fiebre láctea, ¿qué conseguiría...? Los mas tristes desengaños.

Segunda.

2. También nos veríamos en la necesidad de negar las

curaciones obtenidas en enfermedades que se resisten pertinaces á los métodos curativos mejor combinados, y que cesan como por encanto, despues de haber corrido sus períodos *una fiebre* que se presenta espontáneamente, ó sin causa alguna ostensible á que poderla referir; pero cuyo buen resultado no puede producirse, cuando es obstinada é imperitamente entorpecida en su marcha.

Y en tales casos, si bien algunas veces las enfermedades de que hablamos ceden, dèspues de la total evolucion del movimiento febril, por verdaderas *lisis* ó sin *fenómenos críticos* apreciables; en el mayor número, por el contrario, solo encuentran su solucion, ó fijándose una de esas enfermedades *depuratorias* ó *recorporativas*, como el *flujo hemorroidal*; ó tomando una afeccion, hasta entónces *latente* ó *indecisa*, la forma que le corresponde: sirviendo estos hechos para acreditar que la fiebre, en los casos á que nos referimos, *es un instrumento á beneficio del cual se obtiene la curacion*.

3. Tendríamos asimismo que negar, cerrando los ojos á la verdad mas palpable, la existencia de las fiebres de crecimiento, verdaderos medios de que se vale la naturaleza en determinadas circunstancias, para conseguir el completo desarrollo de nuestro agregado material.

4. Admitiendo el principio y las consecuencias brussistas que hemos expuesto, si somos consecuentes, si en el órden práctico se reflejan, como deben reflejarse, las creencias científicas, deberémos no vacilar; deberémos aplicar en *todas las fiebres* los *antiflogísticos*, los medicamentos que, segun el sistema de que hablamos, están indicados para dominar las inflamaciones, puesto que su autor afirmó que *toda irritacion, bastante intensa para producir la fiebre, es uno de los modos de la INFLAMACION (1)*. En toda fiebre, pues, sea

Tercera.

Cuarta.

(1) «*Toute irritation assez intense pour produire la fièvre, est une des nuances de l'inflammation.*»—BROUSSAIS, Examen des doctrines médicales etc., tom. I, prop. CXIII.

de la clase que quiera, deberémos usar la sangría y la dieta vegetal, é insistir en su uso, ínterin aquella no falte ó el enfermo no sucumba; pues mientras subsista la fiebre, debe creerse que aún persiste la inflamacion que la produce, y que es señal, por consecuencia, de que aún es necesario debilitar mas. Esta debería haber sido la conducta del médico que hubiera observado estrictamente los principios de tan exagerado sistema; no obstante, esa conducta es tan repugnante, tan contraria al buen sentido, tan opuesta á la sana razon, que quizás ni un solo médico, ni aún los mas adictos á tales creencias, han dejado de contradecirse en la práctica, cuando han tratado de combatir los estados febriles. Atemorizados ante los terribles efectos de tales principios, desistian inconsecuentes del empeño de sacar sangre, de sustraer los materiales reparadores, y de someter á los enfermos á la mas ténue alimentacion en todos los períodos de la enfermedad, y recurrían al uso de los *revulsivos* y de *alimentos* algo mas reparadores. Desgraciado el enfermo que, al verificarse esta variacion, que en general era repentina, pues un creyente de esta clase no debe cuidarse mucho de la máxima del DIVINO VIEJO, en que nos aseguró que QUOD PAULATIM FIT TUTUM EST; desgraciado el enfermo, repetimos, que, al verificarse este cambio, estaba dotado de una susceptibilidad un tanto delicada, aumentada necesariamente por los medios empleados; pues si se le presentaba, como era natural, algun aumento de fiebre ó algun vómito, dolor ó ansiedad epigástrica, se pronunciaban las palabras *inflamacion*, *gastro-enteritis*, y como la sombra sigue al cuerpo, así á estas palabras seguía la sentencia de volver á usar de los mismos medios! Horror nos causa el reflexionar en los deplorables resultados que la práctica de tal escuela ha producido, aún estando modificada por la inconsecuencia de que hemos hablado. Para nosotros, este es el único origen de esas convalecencias sempiternas, en las que, éxhausta la economía de recursos, tanto dinámicos como materiales, para reconstituirse, marcha hácia la curacion con una espantosa lentitud, y en medio de los temo-

res mas fundados de que, antes de conseguirlo, sobrevenga una recaida, en la que se atrase todo lo adelantado, y aún á veces algo mas. Tal era tambien, en nuestro concepto, la causa del desarrollo frecuente de síntomas *ataxo-adinámicos* en enfermedades agudas, que ni por los antecedentes etiológicos, ni por los pródromos, ni por las primeras evoluciones del mal, daban motivo para creer que fuesen de mala índole; y en las cuales, si despues se desarrollaban dichos síntomas, eran efecto de la incoherencia en que se constituian los actos vitales, resultado del exceso de debilitacion. No era otro tampoco, á nuestro entender, el origen de las frecuentes recaidas, y de la presentacion de muchas enfermedades crónicas de las mas rebeldes.

5. Si admitimos sin restriccion alguna las proposiciones deducidas por nosotros, y el principio en que se fundan, consignado por BROUSSAIS en la proposicion CXII, nos veremos en la necesidad de separarnos de lo que la sana razon, fundándose en lo que en todos los séres de la naturaleza se observa, nos obliga á admitir de un modo invencible. Ya hemos dicho que, para el autor de que nos ocupamos, siempre consiste la fiebre en una inflamacion accidental y sin objeto; en una palabra, para él es un *mal absoluto*, que exige del médico su pronta y completa curacion, tratándola como cualquier otro estado morbozo de la misma clase, sin consideraciones ni treguas de ningun género. Repugna ciertamente á la razon que el hombre, contra lo que se observa en todos los demás séres vivientes, cuando se viese atacado por las causas morbosas, no tuviese un medio de defensa contra la mortífera influencia de los males. Tal es el augusto papel que, en el mayor número de casos, desempeña la fiebre.... la FIEBRE que, por punto general, debe considerarse como la manifestacion exterior, la realizacion de la virtualidad potencial latente en nuestra economía, por medio de cuya *virtualidad*, y á beneficio del estado febril que ésta suscita, recuperamos nuestra primitiva salud, y aún en muchas ocasiones, una lozanía, un vigor, un desarrollo mate-

Quinta.

rial y dinámico, desconocidos hasta entónces en el mismo individuo.

Es verdad que en algunos casos, por circunstancias individuales, muchas veces imposibles de apreciar, las fiebres, en vez de ser *recorporativas*, como decia la sábia y observadora antigüedad, se hacen *corruptivas*, en cuyo caso debemos oponernos con todas nuestras fuerzas á su prolongacion. Pero el verdadero práctico, el hombre iniciado en la interpretacion del lenguaje augusto y expresivo de la naturaleza, está en la necesidad de poseer la suma de datos competentes para formar tan importante diagnóstico, y proceder en su consecuencia, ó á extinguir, si le es posible, las *corruptivas*, ó á contemporizar con las *recorporativas*, satisfaciendo sábiamente las necesidades accidentales y temporarias en que se encuentra la economía del sér confiado á su direccion; haciendo, por consiguiente, que se contengan las últimas en sus justos limites, y dirigiéndolas hasta su completa y feliz terminacion, con ese tacto, con esa sensatez y discernimiento tan dificiles de poseer, pero que son á no dudarlos los que caracterizan al ministro é intérprete de la naturaleza, al verdadero médico.

Sexta.

6. Finalmente, si admitimos las máximas brussistas que hemos mencionado, se hará indispensable que rechacemos, con el atrevimiento mas osado é imprudente, el consentimiento unánime que sobre la influencia que ejerce la fiebre en la terminacion de los males humanos, han asegurado que existe los grandes maestros de nuestro arte, los hombres que por su laboriosidad, su genio de observacion, sensatez y buena fé, merecen con el mas legitimo título ser respetados por todas las generaciones. ¿Y cómo podrá desconocerse que sería absurdo suponer que hombres tan eminentes, nacidos en diversas épocas y paises, afirmasen unánimes el influjo curativo que en multitud de casos ejerce la fiebre, sin que en ello hubiese un gran fondo de verdad; tanto mas, cuanto que algunos de los que tan importante máxima sostienen, como sucedió á BOERHAAVE, han tenido,

para hacerlo, que ponerse en abierta contradiccion con el espíritu general que reflejaban sus escritos? Si BROUSSAIS y sus discípulos, al defender la proposicion CXII, procedieron de buena fé, como lo creemos: ¿por qué no observaron? ¿por qué no recurrieron á la única piedra de toque que existe con respecto á opiniones médicas? Cuánto mejor hubiera sido que el que estableció la proposicion precitada, se hubiese dedicado á observar sin preocupacion los efectos del método curativo de las fiebres, implícitamente contenido en la proposicion que ya conocemos, aplicándolo con todo el atrevimiento que una rigurosa lógica exige; y hubiera despues procedido á comparar sus resultados con el que se produce á beneficio del método conocido por los hombres del arte, y aún, nos atrevemos á decirlo, con el que en muchas ocasiones produciría la naturaleza abandonada á sus propios recursos, sin auxilios de ninguna clase. Si hubiera procedido de este modo, hubiera hecho lo que la sana razon aconseja que se haga, cuando se impugnan opiniones acreditadas por el asentimiento de hombres respetables; y se hubiera convencido de que el método que estableció para la curacion de las fiebres, empleado, como él quiere, sin distincion de casos, es infinitamente inferior bajo todos conceptos, no solo al que usan los verdaderos médicos, sino lo que es mas, hasta al que pone en práctica la naturaleza en multitud de ocasiones para conseguir la curacion de las fiebres. Pero este no es el método que conviene seguir á los innovadores, pues, de observarlo, caerían por tierra, cual edificio sin cimientos, sus aventuradas hipótesis.

Despues de haber establecido, hablando de la fiebre en general, la proposicion de cuya critica nos hemos ocupado, afirma BROUSSAIS, aún no satisfecho, que las fiebres esenciales de los autores se refieren á la *gastro-enteritis* simple ó complicada. De cuya proposicion se deduce: 1.^o que no hay fiebres esenciales: 2.^o que todas las que llevan este nombre tienen una misma naturaleza: 3.^o que las fiebres INFLAMATORIAS, BILIOSAS, MUCOSAS, ADINÁMICAS y ATÁXICAS, son puros ensueños:

Critica de la
proposicion
CXXXIX de
BROUSSAIS.

4.º que todas ellas exigen el mismo tratamiento, el ANTIFLO-
GÍSTICO, en vez del ESPECIAL que, segun la naturaleza parti-
cular de cada una de ellas, les está indicado.

Realidad de
la fiebre
esencial
simple, llama-
da por HUFE-
LAND „nullius
generis.“
y de la infla-
matoria esen-
cial simple.

Si la naturaleza humana no ha cambiado; si ahora, como en la época de BROUSSAIS, y en ésta como en la de HIPÓCRATES, el hombre, *esencialmente* considerado, es el mismo; BROUSSAIS, como nosotros, vió esos estados febriles, en los cuales, al principio del padecimiento, no hay la mas mínima señal que nos autorice para afirmar que la fiebre es efecto, no ya de la gastro-enterítis, sino ni aún de la lesion de ningun otro órgano: estados febriles en que, solo despues de algunos dias de persistencia, es cuando podemos, á beneficio de prolijos reconocimientos, y poniendo en práctica los medios físicos de exploracion, inventados por la generacion médica actual, descubrir el punto ó puntos dañados; creyendo nosotros, por consiguiente, que es mucho mas fundado en razon considerar esas lesiones como efecto, que como causa de la fiebre.

Realidad de la
fiebre biliosa
esencial
simple.

Él, como nosotros, vió esos estados en que el color amarillo de la piel, principalmente de la de ciertas regiones del cuerpo, el amargor de la boca, el carácter especial de las materias excrementicias, tanto ventrales como urinarias, el de los vómitos, el del pulso y de la calorificacion, unidos á otros mil signos; indican al verdadero médico el estado especial que nosotros llamamos, con los maestros de nuestro arte, *policolia ó estado bilioso*. Y no dejó tampoco de ver ciertamente, pues las páginas del gran libro de la naturaleza están abiertas para todos, que en tal estado, cuando es simple, ya los eméticos, ya los purgantes, ya los emetocatórticos ó los resolutivos, producen las curaciones mas brillantes, sin que lo impida la supuesta gastro-enterítis afirmada en tales casos por el autor de que nos ocupamos.

De la mucosa.

Él, como nosotros, vió esos estados indolentes, tendiendo al cronicismo, los cuales, por la edad y circunstancias etiológicas especiales del individuo, por la estacion en que aquellos se desarrollan, por la palidez y abotagamiento del sem-

blante, por la poca energía de las reacciones, por la época del día en que éstas se verifican, por el carácter de los sudores que las acompañan, por la abundancia de las mucosidades mezcladas con los excrementos y las orinas, por el estado de la lengua y por otros signos; son por todo médico calificados de estados *mucosos*; estados que, aun cuando no tienen una medicacion tan inmediata y eficazmente curativa como los anteriores, se puede asegurar que nada les está mas contraindicado que las emisiones sanguíneas y la dieta vegetal. ¿Quién, en un modo de ser en que todo indica que la sangre está en un estado de empobrecimiento indudable, se atreverá á poner en práctica, como base de la curacion, medios capaces por sí solos de producir el mismo estado, y que desarrollan además el eretismo nervioso, elemento dinámico que con tanta frecuencia complica al estado mucoso, aun cuando se tenga el mayor cuidado de no debilitar al enfermo? Si como es de creer, BROUSSAIS fué consecuente en la práctica con los principios que estableció, no pudo dejar de observar los fatales resultados que necesariamente se habian de presentar, dirigiendo los estados *mucosos febriles* como si fuesen verdaderas *gastro-enteritis*. Y si los observó, ¿por qué no exceptuó esos estados, refiriéndolos á modificaciones dinámicas generales, cuyos efectos se hacen sentir primeramente en la crásis de la sangre, la cual se altera del modo que hemos dicho? ¿Y-por qué no afirmó además, que los resentimientos orgánicos, cuando existen, están subordinados á la misma modificacion y á las alteraciones sanguíneas correspondientes...? Porque era imposible que admitiese los estados dinámicos generales, sin que cayese por tierra el aéreo edificio que construyó.

Él, como nosotros, vió esos estados febriles, en que la fuerza que sostiene incólume nuestra economía en medio de las agresiones disolventes de los cuerpos que nos rodean, y que, lejos de ceder á sus influencias, las utiliza para nuestra conservacion; está constituida en una languidez, en un abatimiento, en una postracion, incompatibles con el ejercicio

Realidad
de la adiná-
mica.

normal de las funciones; debilidad é impotencia algunas veces tan graduadas, que las leyes físicas imperan con mayor ó menor energía sobre las vitales. De aquí esa postura supina, la cual, estando completamente relajado el aparato muscular, sin poder hacer esfuerzo de ninguna clase, es la que prefieren los enfermos. De la misma causa dimana también, la tendencia á deslizarse el enfermo hácia los pies de la cama á la manera de un cuerpo inerte, y por consecuencia de la pequeña elevacion de la cabeza por las almohadas; el color térreo de la cara, la tendencia á las hemorragias pasivas, los equímosis, las petequias, la acumulacion de sangre en las partes mas declives y la ulceracion gangrenosa de las mismas, el meteorismo, las evacuaciones involuntarias de las materias fecales y de las orinas, y otros signos análogos; por los cuales el médico que sabe interpretar el lenguaje de la naturaleza, diagnostica un estado en que la economía humana está experimentando, en un grado mayor ó menor, los efectos del triunfo de las leyes físicas sobre las vitales; estado que, por la putridez que le acompaña y por la falta de fuerzas que supone, es conocido con los nombres de *pútrido* ó *adinámico*.

¿Y podrá ser positivo que tal estado de la economía humana dimana de la gastro-enteritis, y que en su consecuencia necesite para su curacion los medios que ésta? Si en un estado verdaderamente pútrido, si en el estado en que las leyes especiales de la vida pierden su accion, é imperan con mas ó menos energía las de la materia bruta, en el verdadero estado de *resolucion de las fuerzas, no en la adinamia falsa ó por opresion*, -(estado diferente, que tiene una semejóica especial conocida del médico hipocrático); si en tal estado, repetimos, aplicamos los medios indicados en la gastro-enteritis, no harémos otra cosa, sí, lo decimos con la mayor convicción, que poner de nuestra parte todo lo que podemos para acelerar la muerte, destruyendo artificialmente las pocas fuerzas que restan. Por el contrario, aplíquense para curarle *los tónicos neurosténicos*, la quina, el mas pode-

roso de todos, los caldos animados con vino y otros agentes, que gozan en mayor ó menor grado de las mismas virtudes, y se conseguirán las mas brillantes curaciones, verdaderas resurrecciones, pues las alteraciones locales producidas por dicho estado, participan de su naturaleza, y desaparecen con él.

Y si BROUSSAIS vió, como debió ver, curaciones obtenidas á beneficio de estos medios, ¿cómo no llamaron su atencion, tanto mas, cuanto que, creyendo que la fiebre pútrida es una gastro-enteritis exasperada, le era imposible explicar cómo los tónicos remediaban una inflamacion tan intensa? Pero le engañó seguramente el reducido número de individuos que aún quedaban con vida despues de usar de los antiflogísticos en la fiebre de que hablamos; olvidándose de que el estado en que quedan los enfermos, que son asistidos por los referidos medios, no es el de una verdadera convalecencia, sino el de una segunda enfermedad de no poca importancia: olvidándose de comparar los resultados de los medios que él empleaba, con los que se producen por el método opuesto: y sobre todo, olvidándose de lo mismo que él habia echado en cara á BROWN, al refutar la opinion de este autor con respecto al uso de los estimulantes en las fiebres. «Los casos de curacion, dice BROUSSAIS «(1), no prueban sino el poder de la vida, y la multiplicidad «de los recursos que ella desarrolla, para defendernos de la «influencia de las causas que amenazan nuestra existencia.» Si siempre hubiese tenido presente esta máxima y las que de ella se deducen, ¡cuántos errores no hubiera dejado de emitir....!

Finalmente, él, como nosotros, y como todos los médicos, vió esos estados en que la causa de la vida, incoherente en la produccion de sus fenómenos, desatinada, digámoslo así, para concertar los actos reactivos, sin cuyo concierto y armonía es imposible toda curacion; impotente en me-

Realidad
de la atáxica.

(1) Examen des doctrines médicales etc., tom. I, pags. 102 et 103.

dio de su debilidad reactiva, para llevar la enfermedad á término; produce, como consecuencia necesaria, el aparato sintomático mas insubsistente, llegando hasta tal punto su variabilidad, que puede asegurarse que solo es constante su inconstancia. De donde resultan esas alternativas de frio y calor; esas modificaciones que en la fuerza, frecuencia, dureza y regularidad del pulso se observan de un momento á otro, y aún en uno mismo, comparando entre sí las pulsaciones de las arterias colocadas en las diferentes regiones del cuerpo; esa desigual reparticion del calor, esos bochornos que repentinamente suben á la cara, la cual, momentos despues, está en la mayor decoloración; esa orina alternativamente encendida y concentrada, ó pálida y acuosa; ese delirio, sobresalto de tendones y convulsiones ya clónicas, ya tónicas, que en infinidad de ocasiones se aumentan cuando la fiebre disminuye, circunstancia que mas de una vez nos ha servido para reconocer el estado de que hablamos, en los casos en que aún nos cabia alguna duda; finalmente, esas tendencias que afecta tal estado á complicarse con el anteriormente descrito, ó á terminar en el llamado maligno, que, aun cuando muy análogo al que nos ocupa, no es sin embargo el mismo; y esa tendencia á presentar crisis incompletas, que casi nunca producen una solucion francamente favorable.

Tal es el estado que admitimos con los clásicos, y que con ellos llamamos *atáxico*: estado esencialmente diverso de todos los hasta el presente enumerados; pero tan análogo y congénere, como hemos dicho, del llamado maligno, que algunos autores los han confundido. Á nuestro entender, este último, conservando la naturaleza del primero, solo varía en la forma. La fuerza de la vida está en él, como en el atáxico, impotente para sostener las reacciones; pero en vez de intentarlas, se concentra sobre sí misma y dá origen á un cuadro sintomático, en el cual, en medio de las apariencias mas engañosas de benignidad, se oculta un grave é inminente peligro; cuadro sintomático cuyo carácter esencial

consiste en la poca ó ninguna graduacion de la fiebre, en la integridad en que por lo comun se halla la inteligencia, recuperada en ocasiones repentinamente y en el momento de declararse la malignidad, siendo esta circunstancia del peor pronóstico. Otro de los síntomas de la malignidad es la indiferencia del individuo á todo lo que debiera afectarle, á lo que se agrega el síncope algunas veces, y la muerte casi siempre repentina é inopinada, sin que en algunas ocasiones pueda el médico prever tan fatal terminacion: pero en el mayor número de casos puede descubrirse la índole de este estado, no solo por el grupo de síntomas que hemos expuesto, sino por los antecedentes que á veces pueden ilustrar tanto ó mas que los mismos síntomas.

Este estado, como el atáxico, se considera por BROUSSAIS como una gastro-enterítis exasperada y complicada de una irritacion cerebral mas ó menos intensa (1); y no es necesario decir que, segun él, su curacion consiste en el uso de los antiflogísticos. ¿Y no vió esos casos en que el uso inoportuno é inmoderado de tales medios produce la aparicion de este modo de padecimiento vital? ¿No vió los en que, cuando corría apacible la enfermedad los períodos necesarios para su solucion, al interponérsele inoportunamente la medicacion intempestiva é imprudente prescrita por él, establecida con el objeto de sofocar *en todos los casos* las evoluciones del padecimiento, solo se conseguía, como consecuencia necesaria de tal conducta, la aparicion de los estados morbosos mas insidiosos y mortíferos? Sí: BROUSSAIS y sus prosélitos vieron, á no dudarlo, esos casos, pues no

(1) «*Les gastro-entérites aigües qui s'exaspèrent, arrivent toutes à la stupeur, au fuligo, à la lividité, à la fétidité, à la prostration, et représentent ce qu'on appelle fièvre putride, adynamique, typhus: celles dans lesquelles l'irritation du cerveau devient considérable, qu'elle s'élève ou non au degré de la phlegmasie, produisent le délire, les convulsions, etc., et prennent le nom de fièvres malignes, nerveuses ou ataxiques.*»—BROUSSAIS, Examen des doctrines médicales, *prop. CXXXVIII.*

era posible que dejara de ofrecérselos una práctica que niega atrevida, aunque de un modo tácito, que todo fenómeno morboso está regido por una ley que preside á su desenvolvimiento; ley que sin duda no puede el médico derogar *del todo*, sino solo, modificándola, hacer que los fenómenos patológicos se contengan en los justos límites que la conservacion del individuo exige. No era posible que dejara de ofrecerles hechos análogos, la práctica que no teme afirmar que, á la manera que los trastornos experimentados por una máquina movida por las leyes físicas en el juego de sus ruedas se corrigen necesariamente y sin tener que guardar consideraciones ni treguas, reponiendo en sus debidas condiciones la parte integrante de la misma, que, por causas accidentales se habian maleado; del mismo modo en la curacion de las enfermedades, no solo es perniciosa cualquiera contempORIZACION, sino que todos los males, ¡hasta las fiebres....! dimanen de la alteracion de uno de los instrumentos materiales de nuestra economía; haciendo en su consecuencia del sér vivo una especie de máquina, á la que se niega toda providencia interior, y del médico un dictador de la naturaleza, en vez de ser lo que la sana razon dicta, su **INTÉRPRETE** y su **MINISTRO**; y desconociendo por consiguiente la índole, el genio especial de nuestra benéfica ciencia. Si todo esto es positivo, si **BROUSSAIS** vió los casos en que, despues de perturbada la marcha augusta y saludable que sigue la naturaleza para obtener una curacion segura y verdadera, y como resultado del uso immoderado de las evacuaciones sanguíneas, se presentan los estados **ATÁXICOS** ó los **MALIGNOS**, sin que esto fuese suficiente á conmover en lo mas mínimo sus creencias; solo nos resta compadecerle por su error, compadeciendo aún mas á la humanidad que ha sufrido inerte sus destructores resultados. Pero convencidos, como lo estamos, de que solo pudo despreciar la observacion que la práctica le presentaba, por llevar á cabo las consecuencias deducidas de sus hipotéticos principios, nunca nos esforzaremos demasiado por vernos libres de errores de tanta

trascendencia y para no creer ni emitir otras verdades en las ciencias de observacion, sino las inducidas legítimamente de todos los hechos observables.

Nos queda finalmente que tratar de la última proposicion de BROUSSAIS, que antes hemos copiado. En ella expone su opinion acerca de la naturaleza y efectos de esos cambios repentinos, ya benéficos ya mortales, que en el curso de las enfermedades se observan, y que todos los médicos conocen con el nombre de *crisis*. Para él, estas sacudidas no son sino irritaciones simpáticas, que las principales vísceras determinan en los órganos secretorios, en los exhalantes y en la periferia, cuando llegan á un grado de intensidad mayor que el que tiene la irritacion de las mismas vísceras; siendo necesario, para que sea completa, que le acompañen siempre evacuaciones, ya secretorias, ya purulentas, ya hemorrágicas (1); pudiéndose inferir de esta proposicion, á nuestro entender, que solo en el caso en que la irritacion antagonista y secundaria, determinada simpáticamente por la de las vísceras internas en los puntos mencionados, va acompañada de las evacuaciones referidas, que se supone deben estar en proporcion cuantitativa con la irritacion primitiva que les dá origen, es cuando se observan las crisis completas y verdaderas. No debe tampoco perderse de vista que, para el autor de quien nos ocupamos, toda crisis termina por una pronta curacion (2), siendo así que, segun la opinion de los clásicos, las crisis no tienen constantemente tan feliz éxito, sino que, por el contrario, pueden terminar por una muerte súbita. Esta opinion nos parece la única admisible; pues teniendo en consideracion el esfuerzo que precede á la manifestacion de toda crisis, puede ésta terminar de un modo

Critica de la
proposicion
XCIV de
BROUSSAIS

(1) «*Les congestions des crises se terminent toujours par une évacuation, soit sécrétoire, soit purulente, soit hémorrhagique: sans cela, la crise n'est pas complète.*»—BROUSSAIS, Examen des doctrines médicales etc., tom. I, prop. XCV.

(2) Id. id. id., prop. XCIV citée.

funesto, á causa de la consuncion de las fuerzas necesarias para que aquél se ejecute debidamente, sin que por eso haya dejado *la crisis* de verificarse. Pero prescindiendo de la acepcion equivocada de la palabra *crisis*, que solo incidentalmente nos ha parecido oportuno tocar, volvamos á la proposicion citada, y manifestemos las contradicciones prácticas que envuelve.

Contradiccio-
nes prácticas.

No tuvo en cuenta BROUSSAIS ciertamente, que, haciendo consistir la esencia de las crisis *solo* en la *mayor graduacion de la irritacion secundaria* ó simpáticamente producida en los puntos por él mencionados, y en la *coexistencia de evacuaciones hemorrágicas, secretorias ó purulentas*, sentó una proposicion de la cual se habia de inferir: 1.º que, en todos los casos en que esto se verifica, hay una crisis completa, ó en la cual la salud se recupera prontamente; y al contrario, 2.º que en las que no se presentan tales circunstancias, no existe crisis alguna.

Su impugna-
cion.

Si hubiera observado sin preocupacion, no hubiera establecido la proposicion de que tales consecuencias se deducen. La observacion clinica ofrece á cada paso enfermedades, en que en vano se presentan excitaciones fuertes acompañadas de una de las secreciones por él exigidas para una crisis completa: la localizacion primitiva no por eso experimenta la mas mínima mejora, y, lejos de ello, se agrava en ocasiones. Díganlo si no esos flemones difusos de una intensidad y extension horrorosas, que sobrevienen en el curso de los padecimientos crónicos de vientre, y aún de pecho; flemones acompañados, para que no faltase el requisito de la evacuacion humoral que BROUSSAIS exige para caracterizar una completa crisis, de supuraciones espantosas. Díganlo esas erupciones erisipelatosas, ó eczematosas, que se presentan en los padecimientos crónicos de hígado ó de estómago. Díganlo en fin esos sudores, esas epistaxis abundantes, declaradas al principio de las fiebres graves ya adinámicas, ya atáxicas: esas erisipelas flemonosas, terminadas por gangrena, que estallan al mediar el curso de las mismas

fiebres; cuyos hechos todos nos demuestran que pueden presentarse excitaciones intensas, acompañadas de grandes evacuaciones, sin que por eso los estados internos se critiquen. Por el contrario, estúdiense con escrupulosa atención, como deben ser estudiadas, la marcha y las terminaciones de los males que afligen á la humanidad, y se verá cuan infundadas son tales opiniones.

En nuestra práctica hemos tenido ocasion de observar, ya una fluxion de pecho bilioso-catarral, en que los signos de hepaticacion eran manifiestos, terminarse por una rapidísima curacion á beneficio de una erisipela casi imperceptible, declarada en la region facial: ya una congestion cerebral intensa, que desapareció por medio de la reaparicion de un pequeño eczema del escroto, el cual, habiendo experimentado una *metástasis*, de la que procedió dicha congestion, se presentó segunda vez á beneficio de los esfuerzos reactivos febriles de la naturaleza, ocupando su lugar primitivo: ya una afeccion crónica abdominal, de forma melánica, curada á beneficio de la reaparicion del sudor suprimido completamente por espacio de catorce años: ya una gastralgia, en cuyo curso se habia declarado una fistula anal, curada la primera y detenidos en un todo los progresos de la segunda hace ya siete años, por la reaparicion de un herpes furfuráceo en las palmas de las manos, el cual se presenta solo en otoño y primavera, como lo hacia en su época primitiva; pero tan leve, que con trabajo recordó el enfermo su desaparicion, y que cuando en la actualidad se presenta es casi imperceptible.

Hechos iguales ó análogos á los que en general hemos indicado, y que acabamos de exponer en particular, deben haber sido observados por todos los médicos; y esos hechos nos demuestran con la mayor evidencia, que las probabilidades de una completa crisis no se infieren de la intensidad de las irritaciones secundarias que coinciden con las evacuaciones referidas; ni que tampoco podremos inferir que aquella no se presentará con sus efectos niveladores, fun-

dándonos en la pequeñez y casi nulidad de las irritaciones determinadas sobre los órganos secretorios ó exhalantes ni sobre la periferia. Sí, indudablemente; esto es lo que nos manifiesta la experiencia, sobre la cual debe apoyarse toda opinion médica; y si así no fuese, si las crisis se verificasen como quiere BROUSSAIS, nos veríamos en la necesidad de admitir las consecuencias siguientes.

Primera con-
secuencia.

Primera, que la economía humana es comparable á una balanza inerte, en la cual uno de los brazos sube exactamente tanto cuanto baja el otro; siendo así que, por el contrario, la naturaleza, que jamás se contradice, nos prueba con todos sus fenómenos que nunca está sujeta en sus operaciones á una necesidad meramente física.

Segunda con-
secuencia.

Segunda, que el médico está en disposicion de producir, cuando le plazca, una crisis saludable, puesto que no consisten éstas sino en el mayor grado que la irritacion llega á adquirir en los órganos ya dichos, siempre que vaya acompañada de las mencionadas evacuaciones: pero aun cuando se apliquen los estímulos mas poderosos y á la vez se evacue por los medios de que para ello podemos valernos, ¿se producirá por esto una crisis? No: ciertamente no. ¿Y por qué? Porque á ello se opone la *espontaneidad*, la facultad que tiene nuestra naturaleza de no ceder *constantemente* á las provocaciones exteriores, y de intervenir siempre con su actividad propia en los efectos á que da origen, modificando las causas que á su produccion la incitan; facultad que, en otras ocasiones, determina espontáneamente los mismos hechos que en ciertas circunstancias se habia negado obstinadamente á producir, á pesar de las mas enérgicas instigaciones. BROUSSAIS niega esta facultad, pues si la admitiese, no hubiera afirmado que no existen *enfermedades espontáneas*, ni hubiera creído que la vida es un efecto de la accion de los *estímulos exteriores*. Luego segun el sistema que nos ocupa, no es antilógico asegurar que el médico puede á su arbitrio hacer que se declaren las crisis.

Tercera con-
secuencia.

Tercera: si la mayor intensidad de la irritacion secunda-

ria, y las evacuaciones que la acompañan, son las *únicas circunstancias* cuya reunion constituye la crisis, ¿por qué nos afirma BOERHAAVE, autoridad que no puede ser sospechosa en esta materia, supuesto que, al tratarla, tuvo que ponerse en contradiccion con sus creencias mecánicas; por qué nos afirma, repetimos, cuando habla de los signos críticos, *que su distincion es difícil, pero que si no se saben apreciar pueden originarse gravísimos males; y que, cuando aquellos signos se equivocan con los síntomas que dimanán de la causa de la enfermedad, de la enfermedad misma, ó de la crudeza de la materia morbosa, se incide en el método de curacion mas peligroso (1)?* ¿Por qué nos dice HIPÓCRATES, con la sabiduría y profundidad del primero de los que, prestando atento oído al lenguaje de la naturaleza, han sabido, interpretándola, comprender la especial legislacion á que está sujeta en sus actos; por qué nos dice que *lo que aparece al exterior no se debe valuar por la cantidad, sino por sus cualidades y por el modo de ser tolerado por la naturaleza?* ¿Por qué nos dice tambien que *conviene dirigir á la naturaleza hácia el lugar oportuno á que ella se encamina (2)?* Porque estos dos grandes maestros del arte, como todos los que merecen el mismo título, han conocido que, en medio de aparatos sintomáticos iguales ó muy análogos, unas veces son meramente *sintomáticos* y exigen la mas prolija y cuidadosa curacion; mientras que otras, por el contrario, no necesitan sino ser favorecidos, para que las enfermedades en quienes se presentan sean llevadas á un feliz término. Y

(1) «*Horum distinctio difficilis, ignoratio damni, et periculi, plenissima.*»—«*Sæpius enim confunduntur cum symptomatibus à causa morbi, morbo, vel crudà materie morbi ortis, unde plerumque sequitur infaustissima medendi methodus.*»—BOER. Instit. par. 934 et 935.

(2) «*Quæ prodeunt, non sunt æstimanda multitudine, sed ut prodeant qualia oportet, et ferat facile.*»—«*Quæ educere oportet, quò maxime natura vergit, ed ducere, per conferentia loca.*»—Hyp. Aph. XXIII et XXI, sec. I.

conociendo lo difícil y lo necesario que es en la práctica saber distinguir estados tan diversos, nos advierten del grave peligro que corremos si no los distinguimos, y nos dan los sublimes preceptos que debemos seguir para proceder convenientemente. ¿Y por qué, como uno de esos preceptos, nos asegura el oráculo de Cos, que lo que se presenta al exterior no debe valuarse por su cantidad, sino por el modo de ser tolerado por el enfermo, y por ser lo que convenga? ¿Por qué nos impone la obligación de dirigir los esfuerzos del arte confluyendo con los de la naturaleza, siempre que sea por la vía conducente? Porque así se lo enseñó la mas sábia y reflexiva observacion; porque así se lo hizo dictar la práctica mas concienzuda.

Y no podia ser de otro modo. Tras de esas determinaciones fluxionarias orgánicas, está la fuerza que las produce, la fuerza de la vida, la causa de la unidad vital, que la inteligencia se ve obligada á admitir, so pena de negar el principio de *causalidad* que en todos sus actos la domina. ¿Y podrá la inteligencia negarse á admitir que esa fuerza tiene sus leyes primordiales, tiene sus tendencias cōngénitas, sus virtualidades potenciales; virtualidades, tendencias y leyes que, en el mayor número, en la inmensa mayoría de los casos, se encaminan al bien, á la conservacion de la existencia, valiéndose para ello de los medios mas sorprendentes é inusitados? ¿Podrá tampoco dejar de afirmar, fundándose en los hechos, que la misma fuerza, á veces desconcertada, incoherente y sin energía, consume sus esfuerzos en vano, sobreviniendo la muerte como necesario resultado, como efecto preciso de esta desarmonía? ¿Podrá, en fin, oponerse á creer que, en otras ocasiones, por vicios ya hereditarios, ya adquiridos, entra la misma fuerza en un rumbo extraviado y vicioso, con la notable circunstancia de que, apareciendo al exterior el mal solo cuando ha echado profundas raices, se precipita rápidamente hácia el mismo funesto desenlace, no sin hacer algunos esfuerzos impotentes para sacudir el enemigo que la oprime, esfuerzos que

casi siempre se convierten en medios poderosos de destruccion?

Estos diferentes estados, en que puede encontrarse la causa de la vida, son los que producen la diversidad de los resultados de las concentraciones vitales y fluxionarias sobre los órganos secretorios, sobre los exhalantes y sobre la periferia, y los que se oponen á que la cantidad de la excitacion simpática de aquellos órganos, nos pueda servir de guia para pronosticar un feliz ó terrible desenlace. En ocasiones, tras de una localizacion secundaria pequeña, casi imperceptible, se presentará la vida funcionando con el mayor vigor y lozanía; y por el contrario, en otras, una excitacion, fuerte acompañada de secreciones abundantes, terminará por la muerte, contra lo que debiera inferirse del aserto del autor de la *Medicina fisiológica*.

Pero aún nos queda otra consecuencia que deducir de la proposicion en que habla BROUSSAIS de la naturaleza de las crisis. Si su aserto fuese verdadero, en cualquier época de la enfermedad en que se verificase el hecho de la mayor excitacion de los órganos, ya tantas veces mencionada, se efectuaría una completa y pronta curacion; pero ¡qué distante está la experiencia, y con ella la razon y la autoridad, de confirmar semejante aserto! A cada paso observamos en la práctica, en esas fiebres graves por su naturaleza, mal denominadas tifoideas por la escuela que ha heredado, exagerándolas, las creencias del que ella llama, por boca de uno de sus miembros, *el Mesias de la medicina*; observamos, repetimos, que en esas fiebres, se declaran *al principio* hemorragias nasales, y abundantes y profusos sudores, los cuales, léjos de disminuir los síntomas generales, son signos de una enfermedad grave y rebelde; y dichas excreciones, cuando ya ha pasado el período que los MÉDICOS HIPOCRÁTICOS llaman con su *gefe de crudeza*, y se ha presentado el de *coccion*, se convierten con la mayor frecuencia en medios indudables de curacion ó críticos. ¿Quién no ha visto los efectos perniciosos que en la pulmonia biliosa pro-

Cuarta consecuencia.

ducen las diarreas ó los sudores abundantes, cuando sobrevienen al principio del mal, y, por el contrario, los benéficos y saludables resultados de estas mismas evacuaciones, cuando ya han pasado los períodos referidos, cuando el mal, estando ya en sazón, no espera para terminarse sino una de esas determinaciones vitales niveladoras y críticas? Mientras mas reflexionemos sobre esas determinaciones, tanto mas nos convenceremos de que no deben calcularse por su graduación, sino por la *intencionalidad final* que realizan; y de que la época en que se verifican, influye en gran manera en su resultado.

Argumento
contra las
consecuen-
cias deduci-
das de las
proposiciones
XCIV y XCV
de
BROUSSAIS.

Pero si de la observacion clínica, y del punto de vista en que solo se consultan los hechos, pasamos al terreno de la razon, pues tambien á las ciencias experimentales son aplicables, *en ciertas circunstancias*, los argumentos de esta clase; nos confirmaremos en la misma idea. Todo, en efecto, en el órden cosmológico, lo observamos regido por leyes admirablemente calculadas, para el sostenimiento de la armonía universal; todo está dispuesto con una relacion, un órden y un enlace recíproco tales, que en la constitucion del sér mas pequeño, que solo es perceptible á beneficio del microscopio, como en la del sér humano, tiene el hombre reflexivo motivos suficientes para contemplar, sobrecogido de profunda admiracion y religioso entusiasmo, la sábia y providente legislacion á que todo está sometido. ¿Y solamente las enfermedades humanas, las aberraciones del estado fisiológico del sér que en sí reúne en una sublime síntesis todas las perfecciones creadas, habian de estar exceptuadas de tal legislacion? ¿No repugna semejante hipótesis? Y si, como es indudable, las enfermedades tienen sus leyes, leyes que hacen que en las traumáticas y adventicias, ó que carecen de una raiz dinámica interior, debamos esforzarnos por conseguir su curacion y abortarlas en su principio, ¿deberemos ni podremos intentar lo mismo en las espontáneas, ó que proceden de causas internas, empenándonos, principalmente en las agudas, en producir crisis saludables en cualquier

período de ellas? De ningún modo, y la razón con la experiencia se pronuncian en contra de semejante práctica.

Pero los grandes maestros del arte, intérpretes fieles de las necesidades de la naturaleza, han sancionado con su opinion, lo que la razón y la experiencia nos obligan á admitir. BOERHAAVE, con la concisión y verdad con que se expresa en su semeiología, cuando habla de los medios de distinguir los síntomas críticos de los morbosos, nos dice: «*Los síntomas críticos sobrevienen despues de una coccion manifesta y de buena indole; los morbosos en el periodo de crudeza: los primeros se presentan en la época de la crisis; los segundos en todo el tiempo de la enfermedad, principalmente en el del aumento (1).*» Y despues, entre otros axiomas de diagnóstico y de pronóstico, establece el siguiente: *La evacuacion critica despues del periodo de coccion, siempre es buena, y antes del mismo, mala (2).* Podríamos citar infinidad de autores que afirmasen lo mismo, pero no lo creemos oportuno en atención á que nos parece que todo lector imparcial estará convencido de la falsedad de la proposición de BROUSSAIS, en que trata de las crisis.

Sin embargo, no podemos menos de indicar otro error que en tal proposición se contiene, y consiste en la poca importancia que, según ella, se le concede al aparato orgánico en el que se verifica la irritación secundaria, y la ninguna influencia que se atribuye á las cualidades del humor segregado. Y sin embargo, tanto el uno como las otras, deben fijar nuestra atención detenidamente, cuando formemos juicio de los resultados definitivos de un sacudimiento crítico, que, como sabemos, debe estar en armonía de locali-

Otro argumento.

Otro error contenido en la proposición XCIV de BROUSSAIS.

(1) «*Illa (critica) fiunt prægressà coctione suis signis manifesta, et bona reperta, hæc (morbosa) in cruditate comperta. Illa fiunt circa tempus proprium crisi, hæc omni morbi tempore, maxime in augmento.*»—BOER. inst. med. par. 936.

(2) «*Evacuatio critica post coctionem semper bona..... Erit illa (evacuatio critica) ante coctionem mala.*»—Id. id., par. 941.

zacion y los líquidos segregados deben ser apropiados, á lo que la índole del mal, y los hábitos, edad y demas circunstancias individuales exigen.

Beneficios
que ha pro-
ducido
BROUSSAIS
á la medicina.

Por lo que queda dicho del sistema de BROUSSAIS, se podrá haber formado una idea de su exageracion, y de lo erróneo que sería hacer de él una aplicacion general é inflexible. Pero no por esto se crea que no ha ejercido alguna influencia útil y ventajosa en la práctica. En medio de sus errores y exageraciones, ha llamado la atencion de los médicos sobre los estados fluxionarios é irritativos, obligándoles, aunque no fuese mas que por la acalorada polémica que con ocasion de sus escritos se suscitó, á profundizar su estudio, y, por consiguiente, á conocerlos y curarlos con mas acierto. Sus escritos tambien han hecho que se teman menos las consecuencias del método antiflogístico, y por la inversa, que estemos en una prudente reserva con los métodos tónicos, en ciertas circunstancias que por la discusion de sus principios se han conocido. BROUSSAIS, pues, ha hecho algunos servicios; pero en cambio, ¡cuántos males ha ocasionado!

Escuela
organicista
de Paris.

XII. Ya lo hemos visto; BROUSSAIS pertenecía como filósofo á la escuela de los materialistas; su tratado de la irritacion y de la locura, lo prueba en el orden psicológico y en el moral: en cuanto al médico, para un hombre que sepa comprender el sentido contenido ocultamente en una frase, no será tampoco dudoso, si reflexiona en el pensamiento siguiente, emitido en una de sus obras: *La idea de una enfermedad está representada por la de la alteracion de una funcion, DEPENDIENTE de la lesion de su instrumento ó de su órgano (1)*. Pero á pesar de esto, su materialismo estaba en sus escritos algo mas disfrazado, no tan paladinamente profesado como lo está en la actual escuela de Paris.

(1) BROUSSAIS, Curso de patología y terapéutica generales, pasaje citado de la lec. III, tom. I, pag. 33.

En ella se profesan los principios de filosofía médica que han llevado á uno de sus mas célebres profesores á establecer su sistema, llamado por él ORGANICISMO; y cuyos principios, segun se dice en un periódico científico, *forman el estado actual de la filosofía médica, y ES LO QUE SE HA LLAMADO ESCUELA DE PARIS (1).*

Exposicion de los principios de la actual escuela organista, de la escuela llamada de Paris.

En el mismo periódico, cinco renglones mas adelante, se nos define lo que debemos entender por organicismo. «Organicismo, se nos dice, es una palabra que hemos introducido en el lenguaje médico, para designar el sistema de filosofía médica que profesamos, el cual consiste en considerar la organizacion como la causa principal de todos los fenómenos vitales, sean fisiológicos ó patológicos. «Este sistema hace depender del estado de los órganos, tanto la salud como la enfermedad; considera las propiedades vitales como efectos de la organizacion, no como sus causas, á la manera que BICHAT lo hacia; ni tampoco como una fuerza, ó un poder, añadido á la organizacion, como lo piensan la mayor parte de los fisiologistas (2).»

Se exponen luego, en el mencionado periódico, los principios de este sistema de filosofía médica que su mismo autor nos ha definido, y son los siguientes:

«1.º Para el médico no existen *en el hombre* mas que »órganos y funciones.

(1) «*Ces principes forment l'état actuel de la philosophie médicale; c'EST CE QU'ON A NOMMÉ L'ECOLE DE PARIS.*»—Gazette des Hopitaux, 30 Avril 1850: n. 52, pag. 205.

(2) «Organicisme, dit M. ROSTAN, est un mot que nous avons introduit dans le langage médical pour désigner le système de philosophie médicale que nous professons, et qui consiste à considérer l'organisation comme la principale cause de tous les phénomènes vivants, tant physiologiques que pathologiques. Ce système fait dépendre de l'état des organes la santé et la maladie; il regarde les propriétés vitales elles-mêmes comme l'effet de l'organisation et non comme leur cause, ainsi que le faisait BICHAT, ou même comme une force, une puissance ajoutée à cette organisation, comme le pensent la plupart des physiologistes.»—Id. id. id.

»2.º Las funciones no son otra cosa que órganos en ejercicio; no son sino efectos.

»3.º Los órganos, en ciertas condiciones de forma, de volúmen, de consistencia, de color, de textura, de composición íntima, &c., están constituidos en el estado normal, y ejercen funciones normales: *este es el estado de salud*.

»4.º Los órganos, en otras condiciones de forma, de volúmen, de consistencia, de color, de textura, de composición, &c., están en el estado anormal, y ejercen funciones anormales: *este es el estado de enfermedad*; órganos sanos, dan por resultado funciones normales; órganos enfermos, funciones anormales. HÉ AQUÍ LA BASE DE LA MEDICINA.

»5.º Pero los órganos pueden estar enfermos de muchos modos: La naturaleza de las enfermedades es muy variada: existen enfermedades *especiales* y enfermedades *específicas*.

»6.º Los flúidos, que son ó efectos de órganos, ó elementos de órganos, pueden enfermar, ya primaria, ya secundariamente.

»7.º Todos los órganos pueden enfermar primitivamente.

»8.º En fin, la diferencia de las *fuerzas* en los individuos ha parecido que desempeña un papel de tanta importancia en las enfermedades, y que influye hasta tal punto en su terapéutica, que hemos creído deber formar para ella una proposición aparte (1).»

(1) «*Voici les propositions qui résument l'organicisme:*

1.º *Pour le médecin, il n'existe dans l'homme que des organes et des fonctions.*

2.º *Les fonctions ne sont que des organes en exercice; elles ne sont que des effets.*

3.º *Les organes, dans certaines conditions de forme, de volume, de consistance, de couleur, de texture, de composition intime, etc., sont dans l'état normal, et exercent des fonctions normales: c'est l'état de santé.*

4.º *Les organes, dans d'autres conditions de forme, de volume, de consistance, de couleur, de texture, de composition, etc., sont dans l'état anormal, et exercent des fonctions anormales: c'est l'état de maladie.*

Despues se formula esta proposicion sobre las fuerzas del modo siguiente, no sin haber hecho otra segunda reseña de sus principios, de los cuales el último es como sigue: «Las fuerzas, dice, son tan diferentes en los diversos individuos, que deben imprimir á las enfermedades un carácter diferente (1).

»La vida no es sino el resultado de la disposicion de las moléculas.

»La vida no es otra cosa sino la disposicion orgánica necesaria al movimiento (2).»

Este sistema, que, como puede conocerse fácilmente, es un puro materialismo, lo créé su autor tan fuera del alcance de toda impugnacion, que no teme exponer las objeciones que en el terreno de la medicina, y sin entrar en el de la filosofía, se le pueden dirigir. ¡Tan profundamente convencido está de su verdad!

Nosotros, que, por fortuna, no participamos de sus convicciones, nos aprovechamos del asentimiento que, de un

Objeciones
contra estos
principios;
objeciones
admitidas por
la misma es-
cuela organi-
cista.

Organes sains, fonctions saines; organes malades, fonctions malades. Voilà la base de la médecine.

5.º *Mais les organes peuvent être malades de beaucoup de manières. La nature des maladies est très variée: il existe des maladies spéciales, des maladies spécifiques.*

6.º *Les fluides, qui sont ou des effets d'organes, ou des éléments d'organes, peuvent être malades; ils peuvent l'être primitivement ou secondairement.*

7.º *Tous les organes peuvent être primitivement malades.*

8.º *Enfin, la différence des forces dans les individus a paru jouer un si grand rôle dans les maladies, et influencer à un tel point leur thérapeutique, que nous avons cru devoir en faire une proposition à part.»—Gazette des Hopitaux, 30 Avril 1850: n.º 52, pag. 205 et 206.*

(1) «Que les forces étaient si différentes chez les divers individus qu'elles doivent imprimer aux maladies un caractère différent et à la thérapeutique une direction différente.»—Id. id., 28 1850: n.º 63, pag. 250.

(2) «Elle (la vie) n'est que le résultat de l'arrangement moléculaire.... La vie n'est autre chose que la disposition organique nécessaire au mouvement.»—Id. id., pag. 222, 1.ª col.

modo expreso, presta á la verdad y legitimidad de tales objeciones: esta circunstancia nos evita el trabajo de probar que son incontestables, reales y suficientes para hacer vacilar y echar por tierra su inconsecuente sistema.

En todo el largo trozo que vamos á copiar, nos admira la lealtad, la franqueza, la buena fé que ha presidido á su redaccion, dándole la forma mas adecuada para que un adversario se pudiese aprovechar de sus propias expresiones para combatir sus doctrinas. ¡Pero estaba tan persuadido de lo incontestable de la solucion que iba á dar á las mencionadas objeciones, que no temía la hiciese vacilar ningun razonamiento contrario.

La exposicion de dichas objeciones, y la impugnacion que él les dirige se encuentran en el periódico antes citado.

«1.º Si la vida (dice el autor del organicismo) no es otra cosa que el resultado de la disposicion de las moléculas, ¿de dónde proviene que no se encuentra diferencia entre un cadáver y un cuerpo vivo?

«¿Cómo és que un huevo, que carece de todo movimiento, está, no obstante, dotado de vida?

«¿Cómo és que no se observa diferencia alguna entre un huevo fecundado y otro que no lo está?

«¿De dónde proviene que un grano de trigo, apto para la germinacion, dotado, por consiguiente, de vida, aunque privado de todo movimiento, no difiere en nada de otro grano de la misma especie impropio para germinar?

»2.º ¿Por qué existen lesiones funcionales sin lesiones orgánicas?

»3.º ¿Por qué existen lesiones orgánicas sin lesiones funcionales?

»4.º ¿Por qué existen síntomas poco intensos, con lesiones orgánicas profundas?

»5.º ¿Por qué síntomas muy intensos, con lesiones anatómicas ligeras?

»6.º ¿Por qué los mismos síntomas con lesiones anatómicas diferentes?

»7.º ¿Y por qué las mismas lesiones anatómicas con síntomas diferentes? (1)»

Todas estas objeciones, altamente significativas y lógicamente concluyentes, puesto que se fundan en la *desproporcion* existente entre los fenómenos observados y la causa presunta de los mismos, *desproporcion* que nos manifiesta á cada paso la experiencia, y que el autor de la medicina orgánica léjos de impugnar, por el contrario, confirma con su asentimiento; todas esas objeciones, decíamos, son insuficientes para conmover la fé de dicho autor en sus principios organicistas. Segun él, todas estas objeciones no prueban otra cosa sino nuestra insuficiencia. *El arte, dice, no está bastante ADELANTADO PARA PODERLAS EXPLICAR; hé ahí lo que en realidad existe. Nuestros medios de INVESTIGACION NO TIENEN TAL GRADO DE PERFECCION, que puedan explicar estos defectos APARENTES de relaciones; pero nunca estas anomalías podrán hacer admitir que hay en el organismo OTRA COSA DIFERENTE DE LA ORGANIZACION* (2).

Contestacion general que da el autor de la medicina orgánica á las objeciones referidas.

(1) «1.º Si la vie n'est que le résultat de l'arrangement moléculaire, d'où vient qu'on ne trouve pas de différence entre un cadavre et un corps vivant?

D'où vient qu'un œuf, qui n'est doué d'aucun mouvement, est cependant doué de la vie? D'où vient qu'on ne voit aucune différence entre un œuf fécondé et celui qui ne l'est pas?

D'où vient qu'un grain de blé bon à germer, bien doué de la vie, quoique sans mouvement, ne diffère en rien du grain de blé qui n'est pas propre à germer?

2.º Pourquoi existe-t-il des lésions fonctionnelles sans lésions organiques?

3.º Pourquoi existe-t-il des lésions organiques sans lésions fonctionnelles?

4.º Pourquoi des symptômes peu prononcés et des lésions anatomiques profondes?

5.º Pourquoi des symptômes très prononcés et des lésions anatomiques légères?

6.º Pourquoi les mêmes symptômes avec des lésions anatomiques différentes?

7.º Et pourquoi les mêmes lésions avec des symptômes différents?»—Gazette des Hopitaux, 28 Mai 1850: n.º 63, pag. 249.

(2) «L'art n'est point assez avancé pour s'en rendre compte;

Contestacion
que el mismo
autor da á las
objecciones
contenidas en
el número
primero.

Todas las objeciones contenidas en el número primero, las contesta, satisfecho, del mismo modo. «Si no vemos diferencia entre un cadáver y un ser vivo, es porque NO VEMOS LO QUE UN DIA VEREMOS. HOY NO SABEMOS VER. Cuando busquemos, encontraremos.

»Un huevo y un grano de trigo, aunque dotados de vida, no se mueven porque no están organizados para moverse.

»Un huevo ó un grano de trigo, ineptos para germinar, no tienen la misma organizacion que los que pueden hacerlo (1).»

Impugnacion
de estas con-
testaciones
dadas por el
autor del or-
ganicismo, y
principal-
mente de la
última.

¿Pero quién no vé que en todas estas contestaciones está invertido el método de las ciencias de observacion? ¿Quién no vé que concediendo los hechos, en vez de deducir de ellos con lógica rigurosa sus legítimas consecuencias, se les quiere hacer decir lo contrario de lo que dicen, con el objeto de que apoyen una hipótesis gratuita é insostenible? ¿Quién pudo autorizarle para afirmar que llegaría la época en que podríamos explicar por la disposicion de las moléculas de la materia, los tres fenómenos de que hemos hablado al copiar la última respuesta del autor cuyo sistema discutimos? ¿Se fundó por ventura en la experiencia? No ciertamente. Si las esperanzas de los químicos, de los microscopistas, de los anátomo-patologistas, esperanzas que tocan en lo

voilà tout. Nos moyens d'investigation ne sont pas assez parfaits pour expliquer ces défauts apparents de rapports; mais jamais ces anomalies ne pourront faire admettre qu'il y a dans l'organisme autre chose que l'organisation.—Gazette des Hôpitaux, 28 Mai 1850: n.º 63, pag. 249.

(1) «Il n'est pas vrai qu'il n'y ait pas de différence entre un cadavre et un être vivant. Si vous n'en voyez pas, vous en verrez un jour; aujourd'hui vous n'y savez pas voir. Cherchez et vous trouverez.

Un œuf, un grain de blé, sont doués de la vie, quoique sans mouvement; mais ils ne meuvent pas parce qu'ils ne sont pas organisés pour se mouvoir.

L'œuf ou le grain de blé morts sont disposés, organisés, autrement que le grain de blé ou l'œuf vivants.»—Id. id. id.

imposible, puesto que consisten nada menos que *en poseer el secreto de las leyes de la vida y de la produccion de las enfermedades* ESPONTÁNEAS; esperanzas que solo pudieron ser concebidas y alimentadas á causa del necesario desarrollo que las ideas *mecánico-cartesianas*, fecundadas despues por el sensualismo de LOCKE y CONDILLAC, habian necesariamente de llegar á adquirir: si dichas *esperanzas*, repetimos, se hubiesen realizado por completo, ó á lo menos hubiesen hecho en algun tanto avanzar la solucion de los mencionados problemas, que por medio de la aplicacion de la *física*, de la *química* y de la *anatomía patológica*, se trataban de resolver; entónces habría tenido el autor del organicismo algun motivo para invocar en su favor la experiencia, y dar á las tres objeciones precitadas la contestacion con que cree resolverlas, aunque siempre debiera haber procedido con reserva, puesto que estos progresos y descubrimientos podrían solo llegar á cierto límite, mas allá del cual le abandonasen. Pero cuando sucede todo lo contrario; cuando ni la aplicacion de la química al sér viviente, ni el uso del microscopio, ni el estudio detenido de la anatomía patológica, han conseguido el objeto que se proponian, instruyéndonos solo en hechos secundarios, que son del todo insuficientes para revelarnos lo que por dichos medios se prometian conocer sus defensores; ¿con qué apoyo puede contar, para sostener como verdaderas y satisfactorias las repetidas contestaciones, el autor del *organicismo*?

Á cualquiera que reflexione sobre tales soluciones, le parecerá que su autor *habla por inspiracion*, cuando, teniendo en cuenta que las objeciones presentadas contra el organicismo no son sino la expresion de hechos experimentales que nadie ha podido destruir, aplaza para épocas posteriores la comprobacion de su aserto, que hasta el presente no ha podido verificarse. ¿Por qué echó en olvido que no nos es dado adivinar, sino solo inducir de los hechos las leyes de la naturaleza? ¿Por qué no reflexionó que si todos los médicos hiciesen lo que él, prescindiendo de lo

Se insiste
contra las
contestacio-
nes dadas por
el autor de la
medicina or-
ganicista.

que dicta la experiencia, y aplazando la comprobacion de sus doctrinas para épocas ulteriores, habría tantas opiniones como individuos, reduciéndose la medicina á un cúmulo de contradicciones? ¿Por qué, siendo médico, y dirigiendo la enseñanza, circunstancias que con doble motivo le obligaban á observar los preceptos de filosofía natural expuestos por BACON, que con justo título se debe llamar el legislador de las ciencias experimentales, no tuvo en cuenta lo que nos dice este inimitable autor, en varios aforismos de su *Novum organum*? Dice en efecto: «Cuando el entendimiento está »familiarizado con ciertas ideas que le agradan, ya por ser »admitidas generalmente, ya por ser agradables en sí mismas, se adhiere á ellas del modo mas obstinado; todo lo »refiere á esas ideas predilectas; quiere que todo concuerde »con ellas; las erige en jueces de todo: y los hechos que »contradican estas opiniones favoritas, aunque se presenten »en gran número, no pueden conmoverlas en su espíritu, »pues ó no los echa de ver, ó los desdigna, ó se deshace de »ellos por medio de frívolas distinciones, sin sufrir jamás »que se falte al respeto á estas primeras máximas que á sí mismo se ha establecido, las cuales son para él como sagradas é inviolables. Este género de preocupaciones produce las mas fatales consecuencias (1).»

En otro lugar dice: «Pero toda verdadera interpretacion de la naturaleza no puede efectuarse sino á beneficio de

(1) «L'entendement, une fois familiarisé avec certaines idées qui lui plaisent, soit comme généralement reçues, soit comme agréables en elles-mêmes, s'y attache obstinément; il ramène tout à ces idées de prédilection; il veut que tout s'accorde avec elles; il les fait juge de tout; et les faits qui contredisent ces opinions favorites ont beau se présenter en foule, ils ne peuvent les ébranler dans son esprit; ou il n'aperçoit point ces faits, ou il les dédaigne, ou il s'en débarrasse à l'aide de quelques frivoles distinctions, ne souffrant jamais qu'on manque de respect à ces premières maximes qu'il s'est faites. Elles sont pour lui comme sacrées et inviolables; genre de préjugés qui a les plus pernicieuses conséquences.»—BACON, *Novum organum*, liv. I, aph. XLVI. Paris, edit. de la Bibliothèque-Charpentier, 1845.

»observaciones y de experimentos convenientes y apropiados al objeto: la inteligencia no debe ser juez sino de la experiencia, y solo la experiencia debe juzgar de la naturaleza de las cosas (1).»

Hablando de las indicaciones que nos deben dirigir en la interpretacion de la naturaleza, se expresa así: «En efecto, lo primero de que es necesario proveerse, es de una *historia natural y experimental* escrupulosamente escogida y bastante completa: esta es la base de todo el edificio, porque no se trata de ningun modo en este caso» (*es decir, cuando se interpreta la naturaleza*) «de IMAGINAR y de ADIVINAR, sino de descubrir, de ver lo que la naturaleza hace ó deja hacer (2).»

Y si hubiese reflexionado el autor que nos ocupa sobre las verdades contenidas en estos aforismos, ¿no hubiera modificado sus opiniones?

Pero de todas las objeciones por él establecidas, aún no ha contestado sino á las comprendidas en el número primero: con respecto á las que lo están en los restantes, contesta colectivamente del modo siguiente: «Las aparentes irregularidades de relaciones entre los síntomas y las lesiones orgánicas, dimanar de la misma ignorancia. Nuestros medios de investigacion son aún DEMASIADO IMPERFECTOS, nuestros sentidos están muy POCO EJERCITADOS, nuestras interpretaciones SON DEMASIADO FALSAS, para que podamos considerar estas discordancias como objeciones fundamen-

Contestacion dada por el autor de la medicina organica á las objeciones contenidas en los números
2.º, 3.º,
4.º, 5.º,
6.º y 7.º

(1) «*Mais toute véritable interprétation de la nature ne peut s'effectuer qu'à l'aide d'observations et d'expériences convenables et appropriées à ce dessein; le sens ne doit être fait juge que de l'expérience, et l'expérience seule doit juger de la nature de la chose même.*»—Nouvel organum, liv. I, aph. L.

(2) «*En effet, la première chose dont il faut se pourvoir, c'est une histoire naturelle et expérimentale d'un bon choix et assez complète; ce qui est la vraie base de tout l'édifice, car il ne s'agit nullement ici d'imaginer et de deviner, mais de découvrir, de voir ce que la nature fait ou laisse faire.*»—Nouvel organum, liv. II, aph. X.

»tales é irrefutables de nuestro sistemá (1).» Pero esta solución, ¿destruye acaso la fuerza de las objeciones precipitadas? Ciertamente que no.

Se sostiene
contra el or-
ganicismo la
verdad de las
objeciones de
los números
2.º y 5.º

En cuanto á las contenidas en los números 2.º y 5.º, perteneciendo con justo título á la misma clase que las tres que nos han ocupado, contenidas en el número primero, repetimos lo que hemos dicho con motivo de ellas, y queda á nuestro parecer destruida su contestacion.

Se sostiene la
verdad de las
objeciones de
los números
3.º y 4.º

Con respecto á las dos objeciones que están marcadas con los números 3.º y 4.º, es evidente que no se resuelven con la respuesta que el autor da; pues en ellas se trata de los infinitos casos que nos presenta la práctica, en que la lesion orgánica, léjos de ser problemática ó dudosa, es tan perceptible, que, en muchas ocasiones, es monstruosa; sin que coexista el aparato sintomático que, según el organicismo, debiera ser proporcionado á la extension y profundidad de aquella lesion; ni tampoco se observen las lesiones funcionales que á la alteracion de los órganos debiera ser consiguiente, sino que, por el contrario, las funciones siguen ejerciéndose en su estado normal, ó están tan levemente alteradas, que no guardan la mas remota relacion con su presunta causa. Que esto es positivo é indudable, no creemos que ningun médico pueda dudarle; y si tal sucediera, fácilmente se le convencería, probándole su obstinacion ó su ignorancia, con hechos consignados en libros de grande autoridad para un organicista, cuales son los de anatomía patológica; con otros, publicados por los periódicos científicos, y finalmente, con los contenidos en las obras de los observadores de todos los tiempos. Siendo verdaderos é ir-

(1) «*Les irrégularités apparentes de rapports entre les symptômes et les lésions organiques dérivent de la même ignorance. Nos moyens de recherches sont encore trop imparfaits, nos sens trop peu exercés, nos interprétations trop fausses, pour être autorisés à considérer ces discordances comme des objections fondamentales et irrefutables à nostre système.*»-Gazette des Hopitaux, 28 Mai 1850: n.º 63, pag. 249.

refutables los hechos en que se fundan las dos citadas objeciones, hechos que, por otra parte, son admitidos por el autor de la medicina organicista; por mucha PERFECCION que lleguen á adquirir nuestros medios de investigacion, por muy EJERCITADOS que se supongan nuestros sentidos, tal *perfeccion* y tal *ejercicio* no podrán destruir la falta de relacion de que hemos hablado, y en que se funda la fuerza de aquellas objeciones. En efecto, suponiéndose esa *perfeccion* y ese *ejercicio* en todo el grado de desarrollo que la imaginacion quiera atribuirles, conseguiríamos que, en los casos en que el *aparato sintomático funcional* aparece leve y poco intenso á nuestros ojos, observado con los medios de que actualmente disponemos, con la supuesta *perfeccion* lo percibiésemos mucho mas aumentado; y que, en aquellos en que hoy aparece nulo, se nos presentasen algunos síntomas. Pero es necesario que tengamos muy presente que, si las dos condiciones referidas produjesen ya el *aumento*, ya la *perceptibilidad* del aparato sintomático funcional, tambien servirían indispensablemente para hacer que percibiésemos *aumentadas*, y en una *misma relacion proporcional*, las alteraciones orgánicas, causas supuestas de las lesiones de funcion. Mas habiendo aumento proporcional por uno y otro concepto en la lesion anatómica y en las funcionales, creemos, y nos parece que todos estarán obligados á admitir, que subsistirá siempre igual la desproporcion de que hablan las dos objeciones de los números 3.º y 4.º Esta desproporcion, pues, destruye la contestacion dada por el autor del organicismo á las objeciones de los números 3.º y 4.º, á no ser que se demuestre la falsedad del axioma de filosofia natural, que tantas veces hemos citado: *El efecto es siempre proporcional á su causa, tanto en cantidad como en naturaleza.*

Las objeciones contenidas en los números 6.º y 7.º se fundan en la *desproporcion cualitativa* que, comparando los síntomas con las lesiones de los órganos, se observa. Con una misma lesion material, aparecen síntomas diferentes, y *vice-versa*. El autor de la medicina orgánica no niega, por-

Defensa de la
verdad de las
objeciones
marcadas con
los números
6.º y 7.º

que es imposible que se niegue, aquella desproporcion; pero se esfuerza en explicarla por los principios de su sistema.

Argumento
contenido en
las objeciones
de los núme-
ros 6.º y 7.º

Pero expongamos en breves palabras el incontestable argumento que contra el organicismo contienen en sí las precedidas objeciones. Hélo aquí: si en nuestra economía todo fuese materia, si tras de los órganos, considerados como causa, y las funciones como sus efectos, no hubiese una causa del orden metafísico que, poniendo en movimiento á aquellos, produjese las últimas, y que, interponiéndose con su actividad propia entre la lesion de los órganos y la manifestacion sintomática, hiciese que ésta se realizase, ¿sería concebible el hecho de la *desproporcion* á que se refieren las dos objeciones de que nos ocupamos? ¿Sucede esto en un reloj ó en cualquiera otra máquina movida por una causa del orden físico? Tal es el razonamiento contenido implícitamente en las mencionadas objeciones.

Impugnacion
de la
contestacion
del autor de
la medicina
organicista,
en lo relativo
á las objecio-
nes 6.º y 7.º

Á él contesta el autor de la *Medicina organicista* lo que á las dos precedentes. Pero por muy *perfeccionados* que se supongan nuestros medios de investigacion, y sea el que quiera el *ejercicio* de nuestros sentidos, creemos que nadie se atreverá á afirmar que sean suficientes á destruir la desproporcion cualitativa de que hemos hablado, y que es el fundamento de las repetidas objeciones. Y si alguno se atreviera á afirmarlo, por un argumento esencialmente igual al que anteriormente expusimos, cuando nos ocupábamos de las dos anteriores objeciones, aunque algo mas complicado, sería, á nuestro entender, victoriosamente impugnado.

Pero en la contestacion á las objeciones que en este momento fijan nuestra atencion, nos parece podrán los partidarios del organicismo recurrir á un *tercer concepto*, contenido en la respuesta colectiva que da dicho autor á las seis últimas objeciones, respuesta colectiva que ya anteriormente hemos copiado. Pueden, en efecto, recurrir á la FALSEDADE DE NUESTRAS INTERPRETACIONES; y aunque el autor no determina cuáles son, ó á qué se refieren las interpretaciones que considera como falsas, creemos que, tratando de medicina,

es indudable que habla de las que nuestra inteligencia da á los fenómenos de la naturaleza en general, ó, cuando menos, á los que nos presenta el hombre, ya en el estado *fisiológico*, ya en el *patológico*. Siendo esto así, ó aquella falsedad es *absoluta é invencible*, ó *relativa* y por consiguiente *superable ó vencible*.

Si lo primero, es necesario que reflexione en el anatema que ha fulminado contra todas las ciencias de observacion, las cuales se fundan exclusivamente en la *interpretacion* de los fenómenos; ó, por lo menos, contra la ciencia del hombre, que no se apoya sobre otros fundamentos. Segun el autor que nos ocupa, sería, pues, en este supuesto imposible la interpretacion de los fenómenos de la naturaleza en general, ó, ya que no la de todos, la de los relativos á la naturaleza humana. La humanidad, pues, está condenada á ignorar eternamente las verdades naturales, careciendo de la facultad de interpretar rectamente los fenómenos observables, aún aquellos que mas inmediatamente le interesan.

No creemos que sea ese el sentido que el autor haya querido dar á la mencionada frase, pues los progresos de las ciencias físicas hablarían bastante alto al que pusiese en duda la posibilidad de su construccion; y, por otra parte, el mismo autor cree que la de la ciencia del hombre es posible tambien, con tal que se sigan los principios de su organicismo. Luego no considera aquella falsedad de interpretaciones como *absoluta é invencible*.

Se nos hace necesario creer, por consiguiente, supuesto que entre los dos términos que hemos admitido no cabe medio, que el organicismo supone que aquella *falsedad* solo es *relativa y vencible*; y siendo así, ¿qué método se ha de poner en práctica para hacer que tal falsedad desaparezca...? No puede ser otro que seguir las reglas que los físicos han observado para llevar su ciencia al grado de perfeccion en que hoy se encuentra; observar las leyes de la filosofía inductiva ó natural. Si así lo hubiera hecho el autor del organicismo, seguramente no habría creado ni profesaría

la doctrina hipotética que defiende; y nosotros no tendríamos el disgusto de vernos obligados á citarle las reglas baccónicas que antes copiamos, y que olvidó completamente al confeccionar su sistema. Por todas partes, y quizás en Paris y en las escuelas que le siguen mas que en ninguna otra, vemos los efectos de esa filosofía que el eminente profesor LORDAT llama LATITUDINARIA ó poco escrupulosa, de esa filosofía que, despreciando las mas severas é inflexibles leyes del único método de que el hombre puede disponer, para interpretar los fenómenos naturales, antepone las hipótesis mas exageradas á las inducciones legítimas que de los hechos resultan; y, autorizando las proposiciones mas contradictorias, da márgen á que la ciencia médica se convierta en una segunda torre de Babel, como decia con tanta razon como energía el venerable profesor que poco há hemos nombrado, en una carta dirigida á MR. VICTOR COUSIN.

Y si todos tuviesen la facultad de asegurar como positivas y reales las adivinaciones hijas de su fantasía, ¿qué crédito podría ni debería tener la medicina entre las gentes sensatas? Ninguno.

Razonamientos filosóficos dirigidos contra el organicismo.

1.º Pero abandonemos por un momento el terreno de la medicina, para discutir la hipótesis organicista en el de la filosofía. ¿Cómo no echaron de ver, lo mismo el autor de esta hipótesis que la escuela organicista, que es una contradiccion admitir FUERZAS en un sistema materialista puro, como lo es el suyo? Se podrá decir que las admiten solo como efectos de la mezcla de las moléculas de la materia; pero en tal caso, que se hable *solamente* de la condicion primera de la produccion de aquellas fuerzas; de la combinacion mas ó menos íntima de las moléculas, dotando á éstas de figuras diferentes, y suponiendo que á tales combinaciones solo preside la *casualidad*; pues en sistemas como el suyo, es repugnante ver figurar una concepcion ABSTRACTA, como la de *fuerza*, junto á lo que no es sino sensible y material. DEMÓCRITO y EPICURO, y los materialistas consecuentes, no admiten fuerzas, sino en el referido concepto.

2.º ¿Cómo no ha tenido presente la escuela que profesa estas opiniones, que ellas están en completa desarmonía con las tendencias filosóficas de nuestra época, y que, como necesaria consecuencia, están heridas de muerte, y condenadas al mas completo olvido? Pero era necesario que la filosofía de CONDILLAC, que CABANIS y BROUSSAIS aplicaron á la medicina, llegase á sus últimas consecuencias: y la actual escuela organicista de Paris ha llenado esta mision.

3.º ¿Cómo no reflexiona esta escuela en que, desde EPICURO, LEUCIPO, DEMÓCRITO, ESTRATON y LUCRECIO, hasta HOBES, no nos ofrece la historia de la filosofía, en el espacio de diez y siete siglos, ningun materialista que merezca ser nombrado? Esta circunstancia prueba, á nuestro entender, cuánto repugna á la humanidad, á pesar de las ningunas dificultades de tal giro del pensamiento, plegarse á admitir el materialismo. ¿Y cómo esta circunstancia, unida á la anterior, no ha sido suficiente para hacer que la escuela médica materialista actual haya desistido ya de la tarea de defender sus hipotéticas y contradictorias ideas?

4.º Debió tambien ver que si el *materialismo* es la forma primera del *sensualismo*, el *escepticismo* sigue necesariamente á este último; mas como el médico tiene una necesidad absoluta de tener convicciones para ejercer su profesion, de aquí resulta que las opiniones materialistas, sostenidas en la escuela de Paris, se hallan próximas á una completa dissolution. Esa escuela, pues, podrá conservar su nombre; pero es indispensable que cambie de ideas si no quiere verse reducida á la nulidad.

5.º Por último, si en el sér viviente hay ya vida antes de haber verdadera organizacion, organizacion de tal modo perceptible, que, sin recurrir á ninguna hipótesis, podamos afirmar que existe; y si esa vida es incomparablemente mas activa, mas rica en resultados que en la época en que todos los aparatos, ya perfectamente contruidos, funcionan con regularidad, cuyo aserto lo comprueban hasta la evidencia la historia del desarrollo embrionario y la del fetal, com-

paradas con la de la primera infancia, y con la del adulto; es indudable, es evidente QUE LA VIDA NO ES EFECTO DE LA ORGANIZACION.

Anatomo-pa-
tologismo.

XIII. El sistema de que acabamos de hablar, para cuya defensa se hacía indispensable atormentar en todos sentidos la materia organizada, ha hecho que se perfeccione la anatomía patológica, que, en siglos anteriores al nuestro, ya se había aplicado por los BONNET, los VALSALVA, los MORGAGNI y los LIEUTAUD, al estudio de los fenómenos patológicos del sér humano; pero que en la época actual, por efecto de las tendencias que el organicismo ha desarrollado, por el exclusivismo con que se ha estudiado la *materia*, ha llegado á tomar un incremento, y un grado de perfeccion sorprendentes. Tambien, por la misma causa, se han aplicado los reactivos químicos al estudio de las modificaciones patológicas, y se ha utilizado el conocimiento de las leyes de la óptica y de la acústica para explorar, con las mayores garantías de un buen éxito, las partes sólidas y líquidas que componen el cuerpo humano, lo mismo en el estado fisiológico que en el patológico, y aún en el cadavérico.

Resultados de
los estudios
organicistas.

Á beneficio de tales medios, se ha conseguido perfeccionar del modo menos dudoso los métodos de exploracion física, y, en su consecuencia, el diagnóstico local ú orgánico ha experimentado un desarrollo proporcional; adelantos innegables, que, unidos á los que las investigaciones anatómicas, químicas y físicas de los sólidos y de los líquidos nos han proporcionado, forman un conjunto de descubrimientos y mejoras indudables, con los que la generacion actual ha enriquecido el dominio de la medicina. Pero todos estos progresos están muy distantes de haber resuelto, porque no pueden resolverse por este método, los problemas de la patogenia, del verdadero diagnóstico, ni, por consiguiente, de la terapéutica de los males humanos. Ahora, como en tiempo de MORGAGNI, se puede decir: *Es muy fácil en medicina ser engañados por aquello mismo que tiene por ob-*

jeto ilustrarnos (1), como exclamaba este ilustre escritor, padre de la anatomía patológica, al hablar de lo falaces que son los aparatos sintomáticos. ¿Y qué medios debemos poner en práctica para evitar el engañarnos, sino considerar que sobre esa causa exterior, meramente ocasional, á que el organicista atribuye el padecimiento, está la actividad de la fuerza de la vida, que, con tendencias marcadas en esta ó aquella direccion, le da sér, la anima, si es lícito explicarnos así? Tras de esa lesion local que se percibe, está el acto dinámico, la afeccion vital que la tiene bajo su dependencia; tras del método terapéutico, indicado por el resentimiento orgánico, está el que la inteligencia se ve en la imposibilidad de negar, el de la modificacion afectiva que produce y sostiene á aquél.

Pero no por eso deberémos prescindir de los conocimientos que nos da la anatomía patológica, ni despreciar la aplicacion de los medios físicos al diagnóstico de los males; pues, aun cuando por las reflexiones que hemos aducido en la discusion contra el organicismo puro y exagerado de la actual escuela de Paris, hayamos probado que no hay relacion proporcional constante entre la alteracion del órgano y los siutomas, de donde se infiere que hay algo mas que la materia en la economía de los séres vivos; no obstante, los órganos, como verdaderos *instrumentos* de que se vale la causa que dirige nuestras funciones, deben tenerse en cuenta por todo médico digno de este nombre; aun cuando las indicaciones que en el mayor número de casos nos proporciona la consideracion de la parte material, solo sean de segundo órden en las enfermedades internas.

Ventajas de los estudios organicistas.

XIV. Las ideas de BROWN han experimentado en Italia una modificacion en la escuela llamada del *contra-estímulo*,

Escuela del contra-estímulo. Exposicion de este sistema.

(1) «*Adeo in medicina facile est per ea ipsa interdum decipi, quæ facere videntur ad vitandas deceptiones.*»—MORGAGNI, De sedibus et causis morborum etc., *Epist. XX, par. 31.*

que fundó RASORI, y que despues han profesado TOMASSINI, y en la actualidad GIACOMINI; modificacion que ha hecho que aparezca el brownismo bajo nuevas formas, aunque conservando siempre sus caractéres genealógicos. En el análisis que hicimos del sistema del reformador escocés, vímos que, apoderándose de la idea de *causa*, trataba de formular las leyes que la rigen. La escuela del contra-estímulo hace lo mismo, y supone dos causas para la produccion de los fenómenos observados en el sér humano, denominadas *estímulo* y *contra-estímulo*, de cuya completa armonía resulta el estado fisiológico, en el cual están recíprocamente neutralizadas.

El estado patológico resulta del exceso de accion de una de dichas causas; la *estimulacion* es el efecto de la accion exagerada de la primera: el de la segunda se denomina *contra-estimulacion*. El objeto del médico en la curacion de los males, se reduce á conocer el estado que predomina, y á aplicar los medicamentos ya estimulantes, ya contra-estimulantes, segun las circunstancias.

Variando el sentido que á la voz *diátesis* habian asignado los clásicos, denomina así al modo de ser de las dos fuerzas que dan origen á los estados morbosos. Hay por consiguiente dos diátesis, la de *estímulo* y la de *contra-estímulo*.

Los medicamentos estimulantes son los alimentos que contienen muchos principios nutritivos, el opio, los licores alcohólicos y las sustancias aromáticas. Los contra-estimulantes se dividen en *indirectos* y *directos*. Los primeros no son *contra-estimulantes* sino por sustraccion, y en ellos se comprenden la dieta, la sangría y la accion del frio. Los directos son el antimonio, el mercurio, el hierro, la ipecacuana, la escila, el cólchico, la gutagamba, &c.

Los efectos de estos medicamentos son primarios ó fisico-químicos, y secundarios ó dinámicos, siendo estos últimos los que principalmente fijan la atencion de esta escuela; y por esta causa no cree contradictorio admitir en una misma clase medicamentos de una accion tan diversa, pues á su

entender todos obran de un modo debilitante ó *hipostenizante dinámico*, usando de la voz por ella escogida.

Con respecto á la accion secundaria de los medicamentos, GIACOMINI ha hecho dar un paso de progreso á la escuela, el cual ha consistido en clasificarlos, no de un modo general, sino segun el aparato sobre que su accion se ejerce.

La escuela que nos ocupa somete la administracion de los medicamentos contra-estimulantes á ciertas reglas sin cuya observacion no producirían sus efectos. Estas reglas son: 1.^a que solo deben administrarse cuando la estimulacion está en un grado excesivo. No producirían efecto, y aún se harían nocivos, si aquella estuviese en un grado remiso: 2.^a que es necesario administrarlos á dosis bastante altas, no sin tantear antes el grado de susceptibilidad del estómago y de los intestinos, principiando por dosis pequeñas y distantes una de otra un gran intérvalo de tiempo, cuyas dosis despues se aproximan y aumentan á medida que el médico se convence de la tolerancia *orgánica y dinámica* del individuo: 3.^a que á medida que se vence la *diátesis de estímulo*, se hace necesario disminuir ó abandonar el uso de los *contra-estimulantes*; pues como estos medicamentos solo son tolerados mientras existe aquella *diátesis*, nos expondríamos á hacer caer al enfermo en una *hipostenia* tal, que fuese despues necesario usar los medicamentos contrarios.

Es digna de fijar la atencion del médico reflexivo la enormidad de las dosis de medicamentos, aún de los mas enérgicos, que tolera nuestra economía, cuando se sigue el método que nos ocupa. Por él se han llegado á dar veinticinco ó treinta granos de emético por dia; doce de guta-gamba, de dieziseis á treinta de escamonéa; el extracto de escila, y el quermes se han administrado á dosis de un escrúpulo ó media dragma diaria; y en todos estos casos, los efectos *inmediatos* han sido mucho mas débiles que cuando estas sustancias se administran á menos dosis; mientras que los *mediatos* ó *dinámicos* han sido mas ó menos perceptibles.

Con respecto á los medicamentos que se oponen á la diátesis de contra-estímulo, su administracion está sujeta á las mismas reglas. Se ha llegado á dar á enfermos acometidos de *diabetes*, curados por este método, la enorme cantidad de mil quinientos á dos mil granos de opio en treinta y seis días, sin producir efectos narcóticos marcados (1).

Critica de la escuela del contra-estímulo.

Tales son en resúmen los principios de la doctrina del contra-estímulo. Principia por una hipótesis, cual es la admision de dos fuerzas para explicar los fenómenos vitales, cuando una es suficiente para dar razon de todos; despreciando el principio de filosofía natural que en otro lugar hemos citado, y que nos enseña que *en vano se hace por poco lo que puede hacerse por menos* (2).

Como consecuencia necesaria de este primer error, se ve en la imposibilidad de dar razon de los fenómenos que radican en la unidad, y por consiguiente de los que nos manifiestan la finalidad, los esfuerzos criticos, etc.

No reconoce los estados diatésicos en el verdadero sentido en que deben admitirse, y no tiene en cuenta sino la *estimulacion* y la *contra-estimulacion*, así como BROWN no reconocia sino la *esténia* y la *asténia*.

En tal sistema, como en el del reformador escocés, tampoco se aprecian los métodos de curacion *naturales*, los *imitadores* ni los *analíticos*; y se incurre en mil contradicciones cuando se trata de clasificar, arreglándose á sus principios, los medicamentos especiales ó que obran contra modos morbosos, de que no puede darse razón, ni puede admitir sin ser inconsecuente consigo mismo. ¿Dónde, por ejemplo, se colocará la quina, considerada como medicamento específico de la intermitencia?

No discutimos este sistema en todos estos puntos, porque ya hemos hablado de ellos cuando nos ocupamos de los

(1) GUERSENT, Dictionaire de Médecine, tom. VIII, pag. 540.

(2) *Frustra fiunt per pauca quæ fieri posunt per pauciora.*

sistemas de BROWN y de BROUSSAIS. El gran servicio que ha prestado á la ciencia, ha sido el de comprobar experimentalmente que en ciertas circunstancias, quizás aun no analizadas suficientemente, la economía humana sufre impunemente la impresion de los agentes mas activos, agentes que producirían los trastornos mas atroces en otras condiciones diferentes. ¿Y no es éste uno de los medios que nos presenta la experiencia para comprobar la *espontaneidad* de que está dotada la causa de nuestros actos vitales? Por todas partes se presentan las pruebas que confirman, poniéndolo fuera de toda duda, uno de los principales principios de la medicina HIPOCRÁTICA.

XV. Debemos ahora ocuparnos del método *hidropático*, que principia en la actualidad á llamar la atencion del público médico en España. Entramos en su discusion con cierta reserva, pues no lo hemos experimentado ni visto aplicar, y por consecuencia carecemos de hechos propios, que nos puedan servir de base para resolver los problemas que con motivo de tal método se presentan. Hidropatía.

No obstante, como el raciocinio deductivo tiene tambien su aplicacion á las ciencias experimentales, cuando, fundándose en principios incuestionables, obtenidos á beneficio del método de induccion, se deducen las consecuencias en tales principios contenidas; nos dedicaremos á manifestar nuestra opinion sobre los efectos que de dicho método se deben esperar, supuestos verdaderos ciertos principios científicos.

El método de que hablamos, tiene por fundamento la máxima siguiente: *Todas las afecciones morbosas dimanan de la alteracion de los humores, y basta para verificar la expulsion de los que están viciados, provocar un sudor conveniente por medio de una perturbacion mas ó menos violenta (1).* Exposicion del principio fundamental del método hidropático.

(1) «*La seconde méthode, ou l'hydrosupathie, repose sur ce principe fondamental, que toutes les affections morbides tirent leur*

El medio que se ha creído á propósito para producir el sudor, es la aplicacion del agua fria á la piel, en forma de baños, afusiones, paños mojados, etc.; teniendo en cuenta que despues es necesario poner en cama al enfermo, y abrigarlo con ropas secas para conseguir el efecto deseado.

Circunstancias que influyen en el éxito de este método.

La aplicacion de tal medio es imposible que deje de producir una perturbacion mas ó menos profunda y duradera, *diferente en cada individuo*. Influyen en ella necesariamente la edad; los hábitos que, con respecto á la influencia del calórico, haya contraído préviamente el enfermo; la especie de enfermedad que padezca, y el período de la misma; las medicaciones de que con anterioridad haya hecho uso; la estructura mas ó menos perspirable de su piel; las tendencias fluxionarias que de antemano existieran, ó que en el momento de la aplicacion del frio puedan desarrollarse, sin que por ningun signo anterior ni coexistente se puedan prever; finalmente y mas que todo, el *temple vital del individuo*, ya en sus *fuerzas generales* ó sea en lo que debe llamarse resistencia vital, tan variable, *primordial* ó *accidentalmente* en cada persona, ya en el modo de ser *singular* del individuo sometido á tal medicacion con respecto á la *facultad calorifica*; pues la experiencia nos comprueba que ciertos sujetos, que se juzgarían débiles por su poco desarrollo fisico y la pobreza de su organizacion, soportan no obstante el frio con una valentía increíble, y *vice-versa*. Si todas estas circunstancias, y cada una de ellas, deben ser apreciadas en su justo valor, *en cada caso determinado*, si queremos obrar dentro de la esfera de la verdadera medicina; si esto es imposible, si no en todos, cuando menos en la inmensa mayoría de los casos; si el agente que se pone en práctica en el método que nos ocupa es un perturbador

origine de l'altération des humeurs, et qu'il suffit, par une perturbation plus ou moins violente, de provoquer une sudation convenable pour opérer l'expulsion des humeurs viciés.—GOLFIN, *Etudes thérapeutiques sur la pharmacodynamie*, pag. 38. MONTPELLIER 1845.

de los mas enérgicos, y que, como causa ocasional, figura en la etiología de casi todos los males, hecho que á priori pudiera haberse establecido, atendida la naturaleza y gerarquía de la facultad que con él se conmueve, la cual á no dudar es de las mas esenciales á la vida. ¿Cómo podremos considerarnos autorizados para aplicar el frio indistintamente en todos los males é individuos?

Nosotros, pues, creemos *que las curaciones que se obtengan al presente por este medio, son hijas de la casualidad: en ellas no puede intervenir la ciencia, si solo el atrevimiento.*

Consecuencia.

La razon en que nos fundamos para asegurarlo así, es á nuestro entender indudable. Todo verdadero médico sabe que un medio que por la violenta perturbacion que produce puede originar la muerte, es tambien susceptible de producir curaciones, cuando coinciden ciertas circunstancias dinámicas, que influyen en que el individuo se salve, á pesar de la violenta agresion que experimenta: y nadie podrá tampoco ignorar que las curaciones mas maravillosas, las de las enfermedades mas rebeldes y resistentes á los métodos curativos empleados con anterioridad, se obtienen en ocasiones á beneficio de perturbaciones profundas.

Confirmacion.

Pero la terapéutica tiene su legislacion especial, por cierto muy estricta; ¡y cómo no la tendría, cuando de su buena ó mala aplicacion depende la conservacion de la salud y de la vida de los hombres! Pues bien; supuesto todo lo dicho anteriormente, y supuesto que esa legislacion quiere que no procedamos en la duda, en la oscilacion y la incertidumbre, al aplicar á un semejante nuestro los medios que componen nuestro arsenal terapéutico; sigamos la máxima establecida por un célebre autor, por BOERHAAVE, el cual, cuando sacude el yugo de sus hipótesis mecánicas y se coloca en el terreno de la pura práctica, es uno de los legisladores de nuestro arte. «Nada absolutamente debe hacerse, nada debe variarse, sino aquello que, en virtud de una indicacion clarísima, conozcamos con la mayor evidencia que debe po-

nerse en práctica» (1). Esto lo dicta la prudencia, la razon, y sobre todo la humanidad, que nos prohíbe abusar de la confianza que se deposita en nosotros, aplicando medios cuyas indicaciones no nos es dado apreciar en su justo valor.

Es posible que un día produzca la hidropatía servicios incontestables.

No obstante todo lo que queda expuesto, y á pesar de que, conforme con ello, nos parece inaplicable la hidropatía como método general de curacion en la actualidad, creemos, sin embargo, que en circunstancias escepcionales, cuando una enfermedad, rebelde á los métodos de curacion mas indicados, exige medios perturbadores, y cuando la experiencia haya establecido las reglas prácticas de la aplicacion de un agente tan agresivo como el frio; entónces solamente se podrá usar del referido medio terapéutico con grandes probabilidades de buen resultado. Pero esas reglas deben á nuestro entender fundarse tanto en la valuacion, si no exacta, á lo menos aproximada, de las circunstancias individuales de que antes hemos hablado, y que deben influir de un modo indudable en la recta aplicacion del medio que poco há nombramos, como tambien en el conocimiento de la naturaleza íntima de los males que deben ser llevados por el mismo auxilio á una feliz terminacion. Mas por desgracia hasta el presente no poseemos con una *certidumbre médica* tan indispensables datos. No pudiendo el práctico disponer de ellos, se ve en la necesidad de aplicar los medios perturbadores, el frio en su consecuencia, en los casos peligrosos y tenaces, ya crónicos, ya agudos, arreglándose á la máxima de CELSO: «Mejor es poner en práctica un medicamento cuyos resultados sean dudosos, que dejar al enfermo abandonado.» (2) Pero sin embargo, todo práctico está siempre en la necesidad de tener presente la siguiente sen-

(1) «*Nihil omnino agendo, vel mutando, nisi quod evidentissimè cognoscitur faciendum ex indicatione clarissima.*»—BOER. Inst. med., paragr. 1153.

(2) «*Satius est enim anceps auxilium experiri, quam nullum.*»—A. CORN. CELS. Medic. lib. II, paragr. X, pag. 75, edit. Argentor. anno MDCCCVI.

tencia del padre de la medicina: «Conmover nuestro organismo por evacuaciones ó repleciones, *calefacciones* ó *refrigeraciones*, ó por cualquiera otro medio usado de un modo repentino y exagerado, es peligroso. Todo lo que es extremado, es enemigo de la naturaleza. Empero lo que se hace progresivamente, no tiene malas consecuencias; principalmente cuando se pasa de unas costumbres á otras» (1).

Pero si prescindiendo de las circunstancias mencionadas, se quiere hacer una aplicacion irreflexiva del método hidroterápico á todos los casos sin escepcion, entónces estamos en el caso de repetir, con el ilustrado profesor actual de terapéutica de la facultad de medicina de MONTPELLER, Mr. GOLFIN, que *«este método se pondrá en práctica solamente por los que no temen producir males»*.

Juicio que, sobre los resultados actuales de la Hidropatia, emitimos, siguiendo al Profesor GOLFIN de MONTPELLER.

XVI. Quédanos por tratar, para tener trazado el cuadro de las opiniones médicas que, diferentes de la doctrina que profesamos, se agitan hoy entre nosotros, del método de curar llamado *homeopático*; asunto difícil y espinoso, no tanto por lo que él es en sí, como por el estado de exasperacion en que, en la actualidad, se encuentran los ánimos de los que impugnan y de los que defienden las opiniones hahnemannianas. Meros espectadores nosotros, hasta el presente, de tan encarnizada lucha, posicion que hemos podido sostener por haber sido el profesorado de esta ciudad quizás el que mas se ha resistido á dejarse arrastrar por la corriente de las ideas homeopáticas, cuya circunstancia hace sin duda su mayor elogio; muy distantes, por otra parte, de todo espíritu de sistema, nos ocuparemos en la crítica de este método, sin otro objeto que esclarecer, del

Homeopatia.

(1) «*Plurimum et repente evacuare, aut replere, aut calefacere, aut refrigerare, vel utcumque aliter corpus movere, periculosum. Et omne nimium, naturæ inimicum. Quod verò paulatim fit, tutum. Præsertim ubi quis ex altero in alterum progreditur.*»—HIP. aph. LII sec. II: edit. FRANC. VALL. COVARRUB. Compl. anno MDLXI.

modo que nos lo permitan nuestras débiles fuerzas: 1.º el valor que tiene en realidad la proposición XXVI del *Organon* de HAHNEMANN, fundamento de la homeopatía; 2.º algunas de las *contradicciones*, de los *errores é inverosimilitudes* que en ese libro hemos echado de ver; 3.º las verdades que, según nuestra opinión, en el mismo se contienen. Hecha esta salvedad, necesaria á nuestro entender; y advirtiendo además que consideramos el *Organon* de S. HAHNEMANN como el representante legítimo de las creencias homeopáticas, pasemos á ocuparnos de los extremos mencionados.

Crítica de las ideas homeopáticas. Discusión sobre la verdad de la proposición XXVI del *Organon* de HAHNEMANN.

Detengámonos un momento ante la proposición XXVI del *Organon*, ante esa proposición, que contiene la ley que es condecorada por el fundador del método de que hablamos, con los títulos de *ley natural de la homeopatía, y fundamento de toda curación verdadera*. Esa ley, ese fundamento, está formulado del modo siguiente: *Una afección dinámica, en el organismo viviente, es extinguida de un modo duradero por otra MAS FUERTE, cuando ésta, sin ser de la MISMA ESPECIE que aquella, se le ASEMEJA mucho en cuanto al modo de manifestarse (1)*.

Idea de la afección dinámica.

Para discutir cual corresponde la proposición que acabamos de copiar, se nos hace necesario ante todo fijar el sentido de lo que entendemos por AFECCION DINÁMICA. Nosotros creemos que una *afección dinámica vital*, que es de la que habla el fundador de la homeopatía en el texto citado, no es otra cosa que *una modificación preternatural de la causa que tiene bajo su dirección los fenómenos vitales*. Esta idea, en su esencia, es la misma que de la afección dinámica se había formado HAHNEMANN; supuesto que nos

(1) «*Une affection dynamique, dans l'organisme vivant, est éteinte d'une manière durable par une plus forte, lorsque celle-ci, sans être de même espèce qu'elle, lui ressemble beaucoup quant à la manière dont elle se manifeste.*»—HAHNEMANN, *Organon de l'art de guérir, prop. XXVI*.

dice en la proposicion XII: *Solo la fuerza vital DESARMONIZADA es la que produce las enfermedades (1)*; y en la XVI: *Siendo, pues, nuestra fuerza vital una potencia dinámica, la influencia nociva, ejercida sobre el organismo sano por los agentes hostiles que vienen del exterior á turbar la armonía del juego de la vida, no puede AFECTARLA sino de una manera puramente DINÁMICA (2)*. Ahora bien, consistiendo, segun HAHNEMANN, la afeccion dinámica en la DESARMONÍA, en la *modificacion preternatural* por consiguiente, de la causa de la vida; si no podemos menos de concebir separados al organismo y á la causa que lo gobierna, aunque en realidad estén unidos (3); si dicho autor siempre los considera separados en su *Organon*, ¿cómo hace radicar la afeccion dinámica, segun el texto de la ley de la homeopatía, en el *organismo viviente*? ¿Cómo se olvidó de que el *organismo no es sino el instrumento material de la vida (4)*?

Pero prescindamos de este defecto, que, á nuestro entender, pudiera calificarse de un *contrasentido dinámico*, y sigamos la discusion de la *ley natural* de la homeopatía, del *fundamento de toda curacion verdadera*. En esta *ley*, en este *fundamento*, se exigen tres circunstancias para que la *afeccion dinámica medicinal* pueda corregir á la *patológica ó morbosa*: 1.^a *que aquella sea de diferente especie que ésta*;

Tres condiciones exigidas por la ley de la homeopatía.

(1) «Il n'y a que la force vitale désaccordée qui produise les maladies.»—Organon, prop. XII.

(2) «Notre force vitale étant une puissance dynamique, l'influence nuisible sur l'organisme sain des agents hostiles qui viennent du dehors troubler l'harmonie du jeu de la vie, ne saurait donc l'affecter que d'une manière purement dynamique.»—Idem, prop. XVI.

(3) «..... Cette force (la vitale) ne peut être conçue indépendamment de l'organisme. Tous deux ne font qu'un, quoique notre esprit partage cette unité en deux idées, mais uniquement pour sa propre commodité.»—Id., prop. XV.

(4) «L'organisme est bien l'instrument matériel de la vie.»—Id. id.

- 2.^a que las manifestaciones, es decir, los fenómenos morbosos, los síntomas (1) de ambas afecciones, sean muy semejantes;
 3.^a que la afección medicinal sea mas intensa que la patológica.

Critica de la
 primera con-
 dición.

• Siguiendo las reglas dictadas por una sana lógica para establecer una CLASIFICACION NATURAL, no artificial y arbitraria, ¿nos será permitido, en el estado actual de la ciencia, admitir ESPECIES y GÉNEROS de las afecciones dinámicas, según quiere HAHNEMANN en las proposiciones XXVI y XLV? Si esos GÉNEROS y esas ESPECIES han de ser la expresión de lo que en la naturaleza humana se verifica en realidad, y no el resultado de los esfuerzos de nuestra imaginación, un proyecto de esta clase es irrealizable, es imposible. Hoy, fundándonos en la diferente patogenia de cada una de las afecciones dinámicas vitales, en su distinto aparato sintomático, en sus diversas evoluciones, en su diferente método curativo, en una palabra, en la experiencia, nos vemos obligados á afirmar que cada una de ellas es una sola individualidad, que tiene su naturaleza propia, diferente de la de todas las demás. Pero tambien estamos constituidos en la imprescindible necesidad de establecer que, aun cuando en

(1) «Les phénomènes morbides accessibles à nos sens expriment donc en même temps tout le changement interne, c'est-à-dire la totalité du désaccord de la puissance intérieure.»—Organon, prop. XII.

«De tous les changements morbides invisibles qui surviennent dans l'intérieur du corps, et dont on peut opérer la guérison, il n'en est aucun que des signes et des symptômes ne fassent reconnaître à l'observateur attentif.»—Id., prop. XIV.

«Le désaccord invisible pour nous de la force qui anime notre corps ne fait qu'un, en effet, avec l'ensemble des symptômes que cette force provoque dans l'organisme, qui frappent nos sens, et qui représentent la maladie existante.»—Id., prop. XV.

«Deux maladies que diffèrent bien l'une de l'autre quant au GENRE, mais qui se ressemblent beaucoup à l'égard de leurs manifestations et de leurs effets, c'est-à-dire des symptômes et souffrances qu'elles déterminent, s'anéantissent toujours mutuellement dès qu'elles viennent à se rencontrer dans un même organisme.»—Idem, prop. XLV.

todas ellas esté *afectada la causa de la vida tomada en CONJUNTO*, esto es, en su TOTALIDAD, ó mejor, en su UNIDAD; no obstante, cada una resulta mas especialmente de la afeccion de esta ó aquella FACULTAD SECUNDARIA de la misma causa. Si así no fuese, seria imposible explicarnos el hecho de que nos habla el fundador de la homeopatía, en la proposicion CXXIX de su *Organon* (1), repitiendo lo que todo médico ha tenido lugar de observar, no solo en la accion ejercida por los medicamentos, círculo estrecho á que en la proposicion mencionada se circunscribe el referido autor; sino tambien en la de cualquiera causa patogenética externa que obra sobre el hombre. Mas siendo ese hecho incontestable; observándose, en efecto, que hombres débiles, en el concepto de no poder resistir la accion de causas insignificantes para la mayoría de los demás individuos, son realmente fuertes en atencion á que otras causas en extremo *deletéreas* y *poderosas* para la generalidad de los hombres, son rechazadas por aquellos mismos con la mayor valentía, librándose por consiguiente de su influencia; en una palabra, no resistiendo la causa de la vida con igual grado de energía á todas las influencias patogenéticas externas, sino que, por el contrario, al paso que se pliega á la influencia de algunos modificadores que para la generalidad de los hombres, vital-

(1) «*Si une pareille dose ne produit que de faibles effets, on peut, pour rendre ceux-ci plus prononcés et plus sensibles, ajouter chaque jour quelques globules, jusqu'à ce que le changement devienne appréciable. Car un médicament n'affecte pas tout le monde avec la même force, et il règne une grande diversité à cet égard. On voit quelquefois une personne qui paraît délicate n'être presque point affectée par un médicament qu'on sait être très-énergique, et qui lui avait été donné à dose modérée, tandis qu'elle l'est assez fortement par d'autres substances bien plus faibles. De même il y a des sujets très-robustes qui éprouvent des symptômes morbides considérables de la part d'agents médicinaux doux en apparence, et qui au contraire ressentent peu les effets d'autres médicaments plus forts. Or, comme on ne sait jamais d'avance lequel de ces deux cas aura lieu, il est à propos que chacun débute par une petite dose, et qu'il l'augmente ensuite de jour en jour, si la chose est jugée nécessaire.*»—*Organon, prop. CXXIX.*

mente considerados, es insignificante, resiste á la de otros que para casi todos son en extremo influyentes y deletéreos; se infiere que *no puede calcularse de un modo absoluto el grado de resistencia vital de cada individuo.*

Reflexionando sobre esta consecuencia, resultado necesario de la atenta observacion de los hechos; y convencidos, como debemos estarlo, con HIPÓCRATES, GALENO, A. MUSA BRASAVOLO, nuestro DIVINO VALLES y otros, de la existencia de FACULTADES MÚLTIPLES (1) SUBALTERNAS DE LA CAUSA DE LA VIDA, que nos puedan dar razon de los *fenómenos diversificados* que se observan en medio de la UNIDAD *incontestable* que existe entre los actos vitales; nosotros creemos que no podemos explicarnos de ningun modo el hecho que anteriormente hemos indicado, relativo á la diferente resistencia contra las diversas especies de causas morbosas, y á la diferente disposicion á contraer esta ó aquella *afeccion*, de que es susceptible *la causa vital*, si no admitimos que esta causa, segun el *modo de ser*, la *entonacion*, el *temple* en

(1) «*Vis una et non una, qua omnia hæc et alia gubernantur. Hæc quidem ad vitam totius et partis: hæc autem ad sensum totius et partis.*»—HIP. lib. de alimento; trad. FRANC. VALL. COVARRUB.

«*Ubique vero HIPPOCRATES magnum studium habet servare formam eam quæ regit animalia potentiam. Sive igitur numero singulari potentiam dixerimus, sive plurali potentias, nil refert. Et hoc ipsum in libro De alimento HIPPOCRATES dixit, potentia una, et non una, genere quidem ostendens unam esse potentiam, species autem plures.*»—GALENI in HIP. aph. XVI, sect. II, comentarium.

«*Tamen HIPPOCRATES videtur non solum distinguere in unam et plures potentias vim intrinsecam, quæ alit, distribuit, et concoquit, sed etiam nutrimenta ipsa, id est cibos in unam genere potentiam, et plures specie partiri.*»—ANTONII MUSÆ BRASAVOLI in HIP. eumdem aph. ejusdem sect. comentarium.

«*Potentia una et non una: genere quidem ostendens unam esse potentiam, species autem plures habere. Hæc GALENUS in declarationem hujus sententiæ. Significat itaque unam esse facultatem qua nostra corpora gubernentur, genere scilicet unam: eam verò non esse specie etiam unam, et in alias species individuum, sed multis facultatibus constare.*»—FRANC. VALLESII COVARRUB. in aph. et lib. de alim. HIP., comentaria: fol. 280, pag. 2, COMPLUTI 1561.

fin de su *conjunto* y DE SUS DIVERSAS FACULTADES, tiene, unas veces *ab initio*, y otras *accidentalmente*, aptitud para afectarse en un orden de aquellas mas bien que en otro.

Siendo esto así, cada afeccion vital no solo supondrá la modificacion preternatural de la causa de los fenómenos vitales, considerada en su *conjunto*, sino mas particularmente la de *alguna ó algunas* de dichas *facultades* que cada afeccion debe interesar segun su *naturaleza propia*. Lo que constituye, pues, la *naturaleza íntima* de cada una de las afecciones de que la causa de la vida es susceptible, es, en *último resultado*, no solo la modificacion de ésta, tomada en su *unidad*, sino tambien el resentimiento de las *facultades secundarias* que cada una de las mencionadas afecciones supone. Y no estando hecho todavía el deslindamiento de esas facultades secundarias; no siéndonos dado, al presente, *conocerlas ni enumerarlas ni clasificarlas*, ¿nos será posible actualmente conocer la naturaleza íntima de las afecciones dinámicas vitales, ni tampoco establecer su clasificacion? De ningun modo. Lo que únicamente podemos hacer en la actualidad, fundándonos, no tanto en el aparato sintomático, variable al infinito en su manifestacion segun una multitud de circunstancias, como en otra porcion de antecedentes, es considerar, segun ya hemos dicho, á cada una de las mencionadas afecciones como diferente de las demás por su naturaleza. ¿Se nos podrán manifestar, en el estado actual de la ciencia, las ANALOGÍAS y las DIFERENCIAS ESENCIALES, no las *artificiales, ficticias é hipotéticas*, basadas sobre un dato tan insubsistente como el aparato sintomático; se nos podrán manifestar, repetimos, las *analogías* y las *diferencias* que existen entre el *catarro* y la *periodicidad*, entre la *policolia* y la *atáxia*, entre la *gota* y el *escorbuto*, entre cualquiera afeccion dinámica vital, en fin, y todas las demás? ¿Se nos podrá presentar, por último, una CLASIFICACION NATURAL de aquellas afecciones, clasificacion cuyos GÉNEROS y ESPECIES estén establecidos sobre las bases que para estas clasificaciones exige una lógica rigurosa? No: ni lo

uno ni lo otro es posible, pues nos faltan fundamentos científicos para ello. Se podrán, es verdad, establecer clasificaciones artificiales, fundadas en el capricho de los que las fraguan; pero una CLASIFICACION NATURAL, volvemos á decir, de las *afecciones dinámicas vitales*, no puede hacerse *al presente*, por las causas que hemos indicado.

En efecto, si solamente tenemos en cuenta, para establecer las clasificaciones de las afecciones vitales, el *aparato sintomático*, nos sucederá lo que al fundador de la homeopatía, el cual, cediendo á miras meramente hipotéticas, reduce en su proposicion LXXX (1), la afeccion CANCEROSA, la GOTOSA, la RAQUITICA y la HEMORROIDAL, á ser meras *formas* de la PSORA. ¿Quién le autorizó para ello? Y si además se reflexiona en que, en la citada proposicion, reduce tambien la MANÍA y la SUPURACION PULMONAL á ser únicamente *formas* de la misma PSORA, mientras en la XXXVIII (2) las coloca entre las afecciones de naturaleza diferente: si no se echa en olvido que, segun el mismo autor (3), la *vacuna* ha

(1) «*Cette PSORE est la seule vraie cause fondamentale et productive des innombrables formes morbides qui, sous les noms de faiblesse nerveuse, hystérie, hypochondrie, manie, mélancolie, démence, fureur, épilepsie et spasmes de toute espèce, ramollissement des os ou rachistime, scoliose et cyphose, carie, cancer, fongus hématode, tissus accidentels, goutte, hémorrhoides, jaunisse et cyanose, hydropisie, amémorrhée, gastrorrhagie, épistaxis, hémoptysie, hématurie, métrorrhagie, asthme et suppuration des poudrons, impuissance et stérilité, migraine, surdité, cataracte et amaurose, gravelle, paralysie, abolition d'un sens, douleurs de toute espèce, etc., figurent dans les pathologies comme autant de maladies propres, distinctes et indépendantes les unes des autres.*»—Organon, prop. LXXX.

(2) «*Si la maladie nouvelle, qui ne ressemble point à l'ancienne, est plus forte que cette dernière, elle la suspend jusqu'à ce qu'elle-même ait achevé son cours ou soit guérie; mais alors l'ancienne reparait..... La manie qui se déclare chez un phthisique, efface la phthisie, avec tous ses symptômes; mais la maladie du poudron renaît et tue le malade si l'aliénation mentale vient à cesser.*»—Id., prop. XXXVIII.

(3) «*La vaccine, dont le symptôme spécial est de causer un gonflement du bras, a guéri, après son éruption, un bras qui était tuméfié et à demi paralysé.*»—Id., prop. XLVI.

curado un brazo hinchado, porque el principal síntoma que ésta produce es la hinchazon; y que la *viruela* (1) ha producido la resolucion de *infartos meramente traumáticos* de los testículos, á causa de que aquella suele producirlos en ocasiones; nos convenceremos, por una parte, de lo insubsistentes que son las clasificaciones arbitrarias que solo se fundan en el aparato sintomático, y por otra, de lo desacertado que anduvo HAHNEMANN al emitir semejantes asertos. De todo lo dicho puede, á nuestro entender, inferirse lógicamente que NO NOS ES DADO, *al presente*, ESTABLECER ESPECIES NI GÉNEROS NATURALES DE LAS AFECCIONES DINÁMICAS.

Pero si del terreno de la medicina pasamos al de la lógica, para discutir en este último la segunda condicion de la ley de la homeopatía, nos convenceremos plenamente de su ninguna estabilidad. Supuesto que para HAHNEMANN las semejanzas ó desemejanzas de las *especies* de las afecciones dinámicas se fundan *únicamente* en las *manifestaciones sintomáticas* (2); supuesto que la afeccion dinámica medicinal puede diferenciarse de la morbosa no solo en ESPECIE (3), sino tambien en GÉNERO (4); ¿cómo podrá hacerse creer al

Critica de la segunda condicion exigida en la ley de la homeopatía.

(1) «Une tuméfaction, même très-considérable, des testicules, est un symptôme fréquent de la variole. Aussi a-t-on vu, suivant KLEIN, cet exanthème guérir homœopathiquement ou la intumescence volumineuse et dure du testicule gauche, qui était le résultat d'une contusion. Un engorgement analogue du testicule fut également guéri par elle, sous les yeux d'un autre observateur.»—Organon, prop. XLVI.

(2) «L'ensemble des symptômes, cette image réfléchie au dehors de l'essence intérieure de la maladie, c'est-à-dire de l'affection de la force vitale, doit être la seule chose par laquelle le mal donne à connaître le médicament dont il a besoin, la seule qui détermine le choix du remède le plus approprié. En un mot, la totalité des symptômes est la principale ou la seule chose dont le médecin doive s'occuper, dans un cas morbide individuel quelconque, la seule qu'il ait à combattre par le pouvoir de son art, afin de guérir la maladie et de la transformer en santé.»—Id., prop. VII.

(3) Id., prop. XXVI citada.

(4) Id., prop. XLV igualmente citada.

que haya estudiado lógica, que la afeccion medicinal puede desarrollar *síntomas* que sean *realmente semejantes* á los de la morbosa? La clasificacion de las afecciones no puede, en efecto, verificarse, segun el fundador de la homeopatía, sin partir del aparato sintomático: en su consecuencia, para establecer las especies tenemos que apoderarnos de las *analogías* y *semejanzas* que entre los síntomas existen, y resultarán despues tantas *especies* de aquellas afecciones, cuantas sean las referidas *semejanzas* ó *analogías*. Ahora bien, si esto es positivo; si además los *géneros* no pueden concebirse sin un trabajo intelectual en que las especies hagan el papel que, en la primera generalizacion, en la que nos habíamos hecho poseedores de las mismas *especies*, habian desempeñado los síntomas; nosotros creemos que nadie que reflexione en estos extremos podrá admitir que afecciones de *especies* y aún de *géneros diferentes*, puedan desarrollar *síntomas semejantes*, á no ser que la semejanza sea como la que existe entre la *hinchazon del brazo*, procedente de la *vacuna*, y la que ésta curó, referida en la proposicion XLVI que hemos citado; ó entre el infarto del testículo, *procedente* de una *contusion*, y el *desarrollado* por la *viruela*. ¿Qué *analogías*, qué *semejanzas* REALES pudieron existir entre los síntomas de las afecciones medicinales y las de las morbosas en estos dos casos, supuesto lo que HAHNEMANN nos dice en la proposicion VII, relativo á la manifestacion de la *esencia interior de la enfermedad*, por medio de los *síntomas*? ¿Fuéron por ventura los aparatos sintomáticos de las afecciones dinámicas, patológica y medicinal, *esencialmente* semejantes en los dos casos referidos, cuando la naturaleza de las afecciones vitales que ellos manifestaban eran tan diversas? Y porque se asemejasen en un *accidente*, ¿podríamos jamás estar autorizados para afirmar su analogía *real* y *efectiva*? No creemos que exista un solo médico que deje de estar convencido, no solo de que, si procediésemos de este modo, no habría enfermedades, por desemejantes que fuesen, entre cuyos aparatos sintomáticos no pudiésemos hallar alguna *semejanza*; sino tambien

de que, en casos como los citados por HAHNEMANN, y que acabamos de mencionar, no hay una semejanza *real*, sino solo *aparente*. ¿Y podrán ser jamás medios de curacion las *apariencias* de la *semejanza* entre los aparatos sintomáticos?

Debiera, pues, á nuestro entender, haber tenido presente el autor de la homeopatía, 1.º que, procediendo del modo que él lo hizo, juzgando solo por la exterioridad cualquier objeto, es fácil á la inteligencia, elevándose á tipos abstractos fingidos por ella, concebir analogías cuando la naturaleza de los mismos objetos es la mas opuesta; 2.º que autorizó á sus discípulos para que procediesen, en la ciencia mas grave y respetable de todas, de un modo arbitrario; á que cada uno, segun su temple intelectual, ó segun su capricho, juzgase que existen semejanzas donde *en realidad* no las hay sino de un modo aparente; 3.º en fin, debiera no haber olvidado que si las afecciones dinámicas, patológica y medicinal, se DIFERENCIAN EN ESPECIE y aún en GÉNERO (1); si el aparato sintomático es una imagen reflejada al exterior de la ESENCIA INTERIOR DE LA ENFERMEDAD (2); si los síntomas ponen la enfermedad toda entera en evidencia (3) hasta el punto de no poderse conocer de la modificacion dinámica, sino lo que ellos nos manifiestan (4), y en su consecuencia se hace necesario partir de los síntomas para verificar la *clasificacion* de las afecciones; para el que conozca el trabajo intelectual que supone toda *generalizacion*, será un absurdo concebir otras *semejanzas* que las *meramente aparentes*, entre los síntomas que proceden de aquellos dos DIFERENTES GÉNEROS supuestos de afecciones. NO PUEDE, PUES, HABER SEMEJANZAS REALES ENTRE LOS SÍNTOMAS DE LA AFECCION MEDICINAL Y LOS DE LA MORBOSA, supuesto que, segun HAHNEMANN, se diferencian estas afecciones en especie, y aún en género.

Tres circunstancias olvidadas por HAHNEMANN al establecer la segunda condicion de la ley de la homeopatía.

-
- (1) Organon, *prop.* XLV.
 - (2) Id., *prop.* VII.
 - (3) Id., *prop.* XII.
 - (4) Id., *prop.* VI.

Despues de esta consecuencia, creemos oportuno recordar á HAHNEMANN una autoridad que ciertamente no recusará, pues es la del mismo autor de la homeopatía. Dice en efecto: «Así es cómo los niños, en su simplicidad, confunden las cosas mas *esencialmente* diversas, porque apenas las conocen mas que por su exterior, no teniendo la menor idea de sus *propiedades íntimas*, ni de su *verdadero valor intrínseco*» (1).

Critica de la
tercera cir-
cunstancia de
la ley de la
homeopatía.

Pero vengamos á la tercera condicion establecida en la *ley natural* de la homeopatía. Exigiéndose en ella que la *afeccion medicinal* sea mas intensa que la *patológica*, ¿cómo no vió el autor del método que ahora discutimos, que supuesta esta tercera condicion, y lo que el mismo autor asegura en la nota primera de la proposicion XXII, es absolutamente imposible, que, hágase lo que se quiera, pueda el enfermo llegar á reconquistar su primitivo estado de salud; y que, léjos de esto, lo que legitimamente se infiere es que debe empeorarse el estado del infeliz paciente? HAHNEMANN nos afirma que «la *ciega fuerza vital* no ha sido creada mas »que para sostener la armonía en el organismo, *mientras dura la salud*, y una vez *DESARREGLADA*, no es ya *apta para restituirse al estado normal*» (2).

Que la modificacion dinámica homeopática es un desarreglo, no nos lo negará el autor del método que nos ocupa, puesto que la considera como una *enfermedad artificial* (3).

(1) «*C'est ainsi que les enfants, dans leur simplicité, confondent les choses les plus essentiellement différentes, parce qu'ils les connaissent à peine d'après leur extérieur, et qu'ils n'ont aucune idée de leurs propriétés intimes, de leur véritable valeur intrinsèque.*»—Id., *prop. CXIX, not. 1.*

(2) «*L'aveugle force vitale n'a été créée que pour entretenir l'harmonie dans l'organisme, tant que dure la santé, et, une fois DESACCORDÉE, elle n'est pas plus apte à se rétablir dans l'état normal.*»—Id., *prop. XXII, not. 1.*

(3) «*Les médicaments ne prennent le caractère de remèdes, et ne deviennent capables d'anéantir des maladies, qu'en excitant certains accidents et symptômes, ou, pour s'exprimer plus clairement,*

De donde se infiere que la modificacion dinámica curadora ú homeopática, no tendrá mas derechos para desaparecer por los esfuerzos de la NATURALEZA, que la primitiva ó morbosa; y además se deduce que el estado del enfermo empeorará, por lo menos cuantitativamente, en todo el exceso con que la homeopática se supone ser *superior* á la que se quiere destruir.

El autor de la homeopatía sin duda vió esta consecuencia que á nadie puede ocultarse, y, para destruirla, recurre á un donoso artificio, con el cual se cree fuera del alcance de dicha consecuencia, y al abrigo de toda critica. ¿Y cual es el medio que ha excogitado para ello? Oigamos sus propias palabras: «La apropiacion de un medicamento á un caso »dado de enfermedad, no se funda solamente en su eleccion »perfectamente homeopática, sino tambien en la precision, »ó mas bien en la *exigüidad* de la dosis á que se le administra. Si se da una dosis *demasiado fuerte* de un remedio, »aunque sea del todo homeopático, perjudicará infaliblemente al enfermo, á pesar de ser saludable por su naturaleza la sustancia medicinal; porque la impresion que de »ella resulta es *muy fuerte*, y tanto mas vivamente sentida, »cuanto que en virtud de su carácter homeopático, el remedio obra precisamente sobre las partes del organismo que »mas han experimentado ya los ataques de la enfermedad »natural» (1). «Esta es la razon por que un medicamento, »aunque sea homeopático, perjudica constantemente, cuando

une certaine MALADIE ARTIFICIELLE qui détruit les symptômes déjà existants, c'est-à-dire la maladie naturelle qu'on veut guérir.»—Organon, prop. XXII.

(1) «*L'appropriation d'un médicament à un cas donné de maladie ne se fonde pas seulement sur son choix parfaitement homœopathique, mais encore sur la précision ou plutôt sur l'exigüité de la dose à laquelle on le donne. Si l'on administre une dose trop forte d'un remède, même tout à fait homœopathique, elle nuira infailliblement au malade, quoique la substance médicinale soit salutaire de sa nature; car l'impresion qui en résulte est trop forte, et d'autant plus vivement sentie, qu'en vertu de son caractère homœopa-*

»se le administra á *dosis muy elevadas*, y es tanto mas nocivo, cuanto *mas fuerte* es la *dosis*» (1).

Despues dice: «La *dosis* del remedio homeopático jamás podrá ser *bastante débil* para hacerle inferior en fuerza á la enfermedad natural que puede extinguir y curar esta última, mientras conserve la energía necesaria para provocar, inmediatamente despues de haberla tomado, síntomas semejantes á los suyos y *un poco mas intensos*» (2). En otro lugar dice lo siguiente: «Examinando lo que sucede en las curaciones homeopáticas, es cierto que las *dosis* infinitamente pequeñas que bastan para vencer y destruir las enfermedades naturales, por la analogía que existe entre los síntomas de estas últimas y los de los medicamentos, dejan al principio en el organismo, despues de la extincion de la enfermedad primitiva, una ligera afeccion medicinal que sobrevive á aquella. Pero *la exigüidad de las dosis* hace esta enfermedad tan ligera, pasagera y susceptible de *disiparse por sí misma*, que el organismo no necesita desplegar contra ella una reaccion superior á la que es necesaria para elevar el estado presente al grado habitual de la salud, es decir, para restablecer completamente esta última; pues habiendo sido extinguidos todos los síntomas de

thique, le remède agit précisément sur les parties de l'organisme qui déjà ont le plus ressenti les atteintes d'une maladie naturelle.» —Organon, prop. CCLXXV.

(1) «*C'est pour cette raison qu'un médicament, même homœopathique, devient toujours nuisible quand on le donne à trop haute dose, et nuit d'autant plus que la dose est plus forte.*» —Id., prop. CCLXXVI.

(2) «*La dose du remède homœopathique ne saurait jamais être assez faible pour le rendre inférieur en force à la maladie naturelle, qu'elle peut éteindre et guérir cette dernière tant qu'elle conserve l'énergie nécessaire pour provoquer, immédiatement après avoir été prise, des symptômes pareils aux siens et un peu plus intenses.*» —Id., prop. CCLXXIX.

»la enfermedad primitiva, no necesita *grandes esfuerzos* para conseguir este objeto» (1).

El artificio, pues, de que se vale el autor de la homeopatía para hacer creíble que la afección medicinal homeopática será espontáneamente curada por la naturaleza, es, según se ve en las citas precedentes, el atenuar las dosis hasta un grado que es inconcebible. Pero atenúelas todo lo que quiera, redúzcalas á la mas mínima expresion que pueda concebirse; y aun cuando se conviertan las sustancias medicinales en sus átomos elementales, y de materiales que son, pasen al estado mas vaporoso, sutil y etéreo que quiera suponer su inteligencia germánica, todo se lo concedemos á su placer; y, sin embargo, ha caído en una injustificable contradicción.

¿Cómo no se acordó de la tercera condicion establecida por la ley natural del método que ahora discutimos? ¿No se exige en esa condicion que la *modificacion dinámica homeopática*, la enfermedad *homeopática*, como se le llama en infinitad de proposiciones del *Organon*, sea mas fuerte que la que se trata de curar? Pues bien: por muy exiguas que sean las dosis medicamentosas, si para producir efectos medicinales han de desarrollar una *enfermedad mas intensa* que la existente, que se trata de corregir; y si el autor de la homeopatía priva á la fuerza de la vida de *tendencias conservado-*

(1) «*Nous voyons, à la vérité, en examinant ce qui se passe dans les guérisons homœopathiques, que les infiniment petites doses qui suffisent pour surmonter et détruire les maladies naturelles, par l'analogie existante entre les symptômes de ces dernières et ceux des médicaments, laissent d'abord dans l'organisme, après l'extinction de la maladie primitive, une légère affection médicamenteuse qui survit à celle-ci. Mais l'exiguité des doses rend cette maladie tellement légère, passagère et susceptible de se dissiper d'elle-même, que l'organisme n'a pas besoin de déployer contre elle une réaction supérieure à celle qui est nécessaire pour élever l'état présent au degré habituel de la santé, c'est-à-dire pour rétablir complètement cette dernière. Or, tous les symptômes de la maladie primitive étant éteints, il ne lui faut pas de grands efforts pour arriver à ce but.*»—*Organon, prop. LXXVIII.*